

Un secreto en silencio



Tania Sánchez

Un Secreto En Silencio

TANIA SÁNCHEZ

Copyright © 2024 Tania Sánchez
Todos los derechos reservados.

Me fijé en ti y empecé a sentir como el amor invadía mis pensamientos y mi ser.
Me fijé en ti y es lo mayor que me esta pasando.
Me fijé en ti porque mi alma encontró en tu alma al amor de mi vida,
a mi alma gemela.
Me fijé en ti y día a día lo sigo haciendo,
deseando llegar a casa para estar juntas y así toda la vida.
Me fijé en ti y no me arrepiento.

No siempre se calla para guardar silencio, se calla para conservar la paz. A veces estar en paz es mucho mayor que tener la razón.

CAPÍTULO 1

No compartas demasiado.

La privacidad es poder.

La gente no puede arruinar lo que no conoce.

Se miró en el cristal de la puerta y pudo comprobar en su reflejo, que su ropa estaba bien planchada y bien colocada. Todavía sentía los efectos del *jet lag* en su cuerpo, pero debía ser puntual en su primer día. Siempre había pensado que la primera impresión, condicionaba a la otra persona a querer o no querer mantener una buena relación. Y ella desprendía sus mejores intenciones para esta oportunidad, para ella era importante dar esa buena impresión el primer día. Llegó hasta los ascensores y su respiración se aceleraba a cada paso, agitó los brazos e intentó desprenderse de todos sus nervios. El pitido del ascensor anunció la llegada a su destino, respiró profundo por última vez, antes de enfrentarse al día que daba comienzo a su nueva vida. Caminó decidida hacia la puerta principal y nada más entrar en la sala de redacción, descubrió en medio de la gran sala, a una chica rubia braceando y ordenando el trabajo a cada uno del resto del personal. Se detuvo durante unos segundos tras ella y la observó detenidamente, llevaba una camisa blanca y un pantalón de pinzas marrón, eran de cintura alta y desvelaba una figura muy estilizada. Volvió a avanzar, procurando que sus pasos la dirigían hasta la mujer rubia que continuaba centrada en dar órdenes casi sin respirar.

—Buenos días, soy...

—¿Crees que hay tiempo para presentaciones? — la chica rubia ni tan siquiera levantó la vista de lo que estaba haciendo — te estábamos esperando... ahí tienes esos artículos para corregir... — señaló el montón de carpetas sobre la mesa que había a tan solo unos metros de ella.

—Ya... soy...

—La becaria, lo sé — la chica rubia se incorporó y por fin la miró a los ojos — llegas tarde — dijo con un tono serio y autoritario.

La chica rubia se fijó en la profundidad de los verdes ojos de la nueva becaria que, completamente confundida, continuaba plantada frente a ella sin moverse. Ladeó la cabeza y se cruzó de brazos, esperando a que la nueva becaria reaccionase a sus órdenes.

—Mmm... ya... — la nueva becaria respiró primero y luego comenzó a hablar de nuevo — creo que primero debería pasar por recursos humanos, ¿no?

—Muy bien... — la chica rubia continuó con su trabajo sin darle más importancia — perdona... — llamó la atención de la nueva becaria antes de que se fuese — ¿tu nombre?

—Victoria... Victoria Olmedo.

—Muy bien Victoria, yo soy Renata, la redactora jefa, no tardes, tenemos mucho trabajo.

Victoria caminó con confianza por los pasillos de la redacción de uno de los periódicos con más tirada local y que, además, estaba entre los diez primeros de tirada nacional. Observó detenidamente la decoración del lugar y, a pesar de que estaba un poco anticuada, tenía su propio encanto. Pasó varias puertas hasta que llegó al despacho de recursos humanos.

—¡¡Victoria!! — exclamó con alegría Paola, la responsable de personal — te estábamos esperando...

Victoria le hizo el gesto de silencio y cerró la puerta.

—Nadie puede saber quién soy.

Caminó deprisa hasta llegar a Paola y la estrechó entre sus brazos.

—Pero... ¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! — musitó extrañada por su petición.

Victoria tomó asiento en una de las sillas frente a la gran mesa.

—Acabo de conocer a la redactora jefa del periódico...

—Renata Gaitán, es una psicópata del periodismo... pero es la mejor — confirmó Paola mientras se sentaba en su silla tras el escritorio y de frente a ella.

—Me he dado cuenta, me ha confundido con la becaria... — Paola se tapó la boca con ambas

manos.

—Déjame que hable con ella.

—¡¡No!! — la sujetó suavemente por el brazo — espera, creo que debería aprovechar la oportunidad.

—¿Qué oportunidad exactamente?

—Ser la becaria del periódico.

—¿Vas a trabajar como becaria? — preguntó sorprendida.

—Sí, tengo una idea genial, verás... — Victoria se inclinó un poco sobre la mesa de Paola — si entro y me presento como la dueña, nunca sabré los problemas reales que tiene este periódico, pero si trabajo como becaria... la cosa cambia — sonrió ante su maravillosa idea — además, es la mejor forma de aprender cómo funciona el negocio, desde abajo.

—Es una idea muy buena — dijo Paola con un tono neutro.

—¿Verdad?!

—¡¡No!! — se puso la mano en la frente — ¡¡Es una locura!!

Victoria rompió a reír.

—Piénsalo, siendo una becaria, voy a pasar desapercibida, aprenderé cómo funciona el periódico desde el primer paso y sabré los problemas que hay... La gente hablará delante de mí, sabré cuáles son sus problemas reales y, sobre todo, qué opinan todos los trabajadores sobre el funcionamiento del periódico y cómo se podría mejorar.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Tú me ayudarás... serás mi cómplice, eres la única que me conoce, así que voy a ser, Victoria Olmedo — hizo un gesto como de presentación — nadie conoce mi segundo apellido, esa será mi nueva identidad.

—Esto no puede salir bien...

Victoria volvió a su mesa después de su charla con Paola y comenzó a organizar todos los artículos sobre su mesa con el objetivo de corregirlos como le había mandado Renata. Se colocó, estratégicamente, en una de las mesas libres y, desde ahí, podía observar como todo el mundo corría de un lado a otro. Era el momento crítico de la edición, algunos tecleaban en sus ordenadores a una velocidad casi sobrehumana, otros hacían una llamada tras otra, para conseguir los datos necesarios sobre algún artículo en el que estaban trabajando. Sin embargo, Renata continuaba en su despacho, estuvo más de media mañana sentada en su silla tras una montaña de documentos. Victoria descubrió que cada vez que alguien pasaba por delante de su despacho, aceleraba el paso, era como si no quisiesen cruzarse con ella, con la temible redactora jefa de su periódico. Ella continuó archivando y corrigiendo artículos toda la mañana, no podía negar que se le pasó por la cabeza abandonar su plan de ser becaria más de una vez, pero quería hacer las cosas bien, así que continuó con su esfuerzo. Victoria buscaba encontrar todos los errores que cometió el dueño anterior, y así, conseguir una plantilla satisfecha con su trabajo y lograr que el periódico continuase manteniéndose entre los diez más vendidos del país.

Victoria había estudiado economía e inversión, pertenecía a una gran familia de empresarios, pero ella nunca quiso formar parte del gran imperio de empresas de inversión del que formaba parte muchos miembros de su familia. Hace un año, su abuela decidió repartir el fideicomiso de su herencia a cada nieto y mientras que sus primos viajaban, celebraban fiestas desorbitadas, o simplemente, se gastaban el dinero heredado en caprichos caros e innecesarios, ella decidió

invertir en un negocio para su futuro, compró el periódico. Gracias a los abogados de su padre, se enteró de que el anterior propietario, apostó por una mala inversión y eso llevó al periódico a una situación complicada. El hombre se encontraba en un callejón sin salida y a punto de someter el periódico a un concurso de acreedores, pero Victoria le hizo una oferta que no pudo rechazar, así que se lo vendió a ella. Después de concretar la compra decidió contratar a Paola como su persona de mayor confianza, sería su segunda de abordo en toda esta aventura y su más fiel confidente. Ella y Paola eran amigas desde la universidad y Victoria sabía que iba a ser su mejor mano derecha para dirigir el periódico. Durante las tres primeras semanas, fue Paola quien se tuvo que poner al mando de todo mientras Victoria terminaba de gestionar varios de los asuntos familiares, y así poder dedicarse a su nuevo negocio a tiempo completo. Pero para poder hacerlo, necesitaba zanjar su nivel de participación en todos los asuntos familiares, quería demostrarle a su padre, que era capaz de gestionar ella sola un negocio de esa magnitud sin necesidad de su ayuda.

Sin embargo, ahora mismo se encontraba corrigiendo artículos neutros y sin interés alguno, era una selección de artículos para rellenar algún hueco de las publicaciones. Una auténtica paja. Esa tarea estaba resultando ser una versión bastante alejada de lo que imaginó que sería trabajar en un periódico de esa categoría. Pero algo en su interior la empujaba a continuar, el periodismo siempre fue algo que llamó su atención, darle a conocer al mundo sobre diversos sucesos o la investigación que se lleva a cabo para poder contar una noticia y esa era la parte que más deseaba conocer. Estudió economía e inversión por una imposición implícita por parte de toda su familia, pero unos años más tarde y después de conocer todos los secretos turbios que eso conllevaba, hubiese elegido cualquier profesión más alejada de todo eso. El periódico, ahora, le daba la oportunidad de sembrar algo nuevo para intentar cosechar un futuro menos predecible del que podría tener junto a su padre.

Victoria continuaba archivando artículos ya corregidos por fechas y contenido, miró su reloj y se dio cuenta de que habían pasado cuatro horas, sorprendida sonrió a la nada. Este trabajo le estaba dando la oportunidad de cambiar las cosas. Miró a su alrededor y descubrió una especie de estrés ordenado, una redactora pegada al teléfono, otro chico corriendo por los pasillos con varias carpetas en las manos, otros dos chicos frente a una gran pizarra blanca escribiendo ideas, varios redactores escribiendo en sus ordenadores a una velocidad casi inhumana, ensanchó su sonrisa al descubrir que ese estaba siendo el principio de su nueva vida.

Tras unas horas más de trabajo eficiente, Paola apareció por el pasillo y, con un gesto disimulado, le indicó que fuese a la sala de descanso a hacerse un café con ella. Victoria esperó a que desapareciese por la puerta antes de levantarse de su silla y seguirla, su intención era no levantar sospechas el primer día.

—¿Cómo te va? — preguntó Paola en un susurro.

—Bien, estoy observando a todos y me doy cuenta del estrés en el que viven...

Paola sonrió y cuando fue a continuar con la conversación, una nueva figura apareció por la puerta de la sala de descanso.

—Contigo quería hablar... — Renata se sirvió un café en su propia taza y se colocó de frente a Paola — ¿Cuándo va a aparecer el nuevo jefe?

Paola miró disimuladamente a Victoria que hundió la mirada en su café, evitando a toda

costa, que cualquier gesto de complicidad entre ellas, la delatase.

—Pues llamó esta mañana para preguntar cómo iban las cosas... pero no ha dicho una fecha aproximada sobre su llegada...

—Estará muy ocupado paseándose con su presuntuoso yate por el mar Jónico, con dos estrellas de las pasarelas y bebiendo vinos que sus humildes empleados no podemos ni soñar... señorito estirado hijo de papá... — bebió de su café — mientras los demás trabajamos como esclavos para sacar adelante este periódico...

Victoria la observó mientras manifestaba el desdén que sentía hacía el nuevo propietario del periódico y sonrió disimuladamente. Luego desvió su mirada durante una milésima de segundo hacía Paola y descubrió que lucía la misma la sonrisa que ella. Nadie podía negar la complicidad entre ellas.

—¡Verónica! — exclamó Renata de pronto — tenemos mucho trabajo para la edición de mañana, así que termínate ese café y a trabajar.

Renata salió de allí con la misma rapidez con la que se terminó el café, dejando de nuevo a solas a Paola y a Victoria.

—¿Verónica soy yo? — preguntó Victoria con una sonrisa enorme y algo confundida.

—Imagino que sí, mi nombre casi nunca lo pronuncia... — bebió de su café — sabe que soy la única persona con el poder suficiente para despedirla — ambas rompieron a reír a carcajadas.

Victoria se despidió de su amiga guiñándole un ojo y volvió a su mesa, para descubrir que sobre su escritorio habían aparecido dos carpetas nuevas con varios artículos para corregir. Miró a su alrededor, pero nadie le indicó nada sobre esas carpetas, así que como había hecho con los demás artículos, se sentó en su silla y comenzó a corregir artículo tras artículo.

El sol comenzaba a esconderse entre los edificios de la ciudad, se acercaba la hora más clave del día, la hora del montaje de la nueva edición que saldría a primera hora de la mañana y la tensión se palpaba en el ambiente. Varios de los reporteros estaban centrados en sus ordenadores para intentar terminar a tiempo sus entrevistas, otros continuaban colgados de sus teléfonos y mientras todos se apresuraban a terminar, Renata continuaba encerrada en su despacho. El reloj negro y blanco que había sobre la pared, anunció las seis menos cinco de la tarde, tan solo faltaba media hora para la última reunión antes de la edición final para la publicación. Victoria observó a dos de los redactores detenidamente, levantaban la cabeza de sus mesas de vez en cuando y miraban fijamente hacia la puerta del despacho de Renata, sus gestos eran serios y sus rostros revelaban la llegada de una catástrofe. De pronto, el sonido del reloj anunció las seis en punto y los gritos de Renata comenzaron a escucharse desde cualquier rincón de la redacción. Dos redactores corrieron hacía su despacho aun sabiendo que no había pronunciado sus nombres correctamente. Descubrió en su primer día, que Renata no se molestaba, ni tan siquiera, en aprenderse los nombres correctamente de todos los trabajadores de la redacción. Y ese gesto molestaba a Victoria lo suficiente, tanto como para ser un tema a tratar en su primera reunión cuando comenzase con su papel de jefa, lo memorizó en su mente para intentar encontrar una

solución con Paola. Volvió su atención a los artículos, tan solo tenía un par más para corregir y su primera tarde como becaria, habría concluido.

—¡¡Laura!! — gritó Renata desde su despacho — ¡¡Laura!! — volvió a gritar con más fuerza, pero descubrió que nadie se movía ante su llamada, así que se levantó y fue en su busca — ¿Laura? — volvió a preguntar Renata colocándose junto a Victoria mientras volvió a pronunciar su nombre erróneamente.

—Me llamo Victoria — musitó sin levantar la vista de su ordenador.

—Bueno... como sea... — Renata gesticuló con su mano — necesito para ya, el artículo sobre los nuevos uniformes de las aerolíneas locales... ha fallado el del nuevo restaurante... así que colocaremos ese para rellenar...

—Dilo — Victoria dejó de hacer lo que estaba haciendo y le clavó sus verdes ojos de forma inquisidora.

Renata sintió como la intensidad de aquel verde aflojaba sus piernas, dudando de si iba a ser capaz de continuar de pie.

—¿Necesito el artículo? — preguntó incrédula ante su demanda.

—No — dijo con firmeza y se puso de pie — mi nombre — se cruzó de brazos — di mi nombre.

—Victoria — respondió con un poco de desdén en su tono.

—¿Ves? No era tan difícil... — Victoria recogió sus cosas y se colgó el bolso en su hombro — te acabo de enviar el artículo, lo debes de tener en la bandeja de entrada de tu correo — dio un paso y pasó por su lado — y ahora me voy a tomar un café, el ambiente está un poco... — gesticuló con su mano haciendo círculos en el aire — necesito respirar un poco.

Victoria pasó por su lado mientras clavaba su mirada en los ojos azules de Renata, mientras que ella continuaba sin poder moverse junto a su mesa. No detuvo sus pasos, continuó con la intención de irse de la redacción, su trabajo había terminado, o por lo menos, había sido capaz de corregir todos los artículos que contenían las carpetas que habían dejado sobre su mesa. Para ser la auténtica jefa del periódico, había superado con nota, su primer día como becaria.

Renata por su parte, solo pudo observar cómo Victoria contoneaba sus caderas a cada paso que daba alejándose de allí. Se sorprendió al descubrir como una sonrisa se abría paso entre sus labios y no fue capaz de reconocer, que aquella profunda mirada de color esmeralda removió algo en su interior que llevaba mucho tiempo dormido. Cuando Victoria desapareció por el pasillo que conducía hasta la salida, Renata consiguió recomponerse y volvió a su despacho, cerró la puerta con energía y, aquel nuevo gesto, dejó desconcertados a todos los que todavía estaban en la redacción. Era una mujer estricta y su conducta, siempre seguía los mismos pasos, pero esta vez, no se oyeron más gritos, más demandas, solo se oyó un simple y sonoro portazo, que dio paso a una tarde de trabajo en una armonía diferente al resto de días.

Victoria pasó la noche dando vueltas en la cama, sus primeros días había acumulado demasiada información y debía empezar a ordenar ideas. Sin haber descansado lo suficiente, salió de su casa y comenzó a caminar, llegó a la redacción casi de madrugada. Su intención era empezar pronto y ser eficiente para no dejar pendiente la corrección de algunos de los artículos que debía corregir durante el día. Tras descubrir el nivel de exigencia que se gastaba Renata, no iba a darle la oportunidad de menospreciar su trabajo. Sonrió elegantemente al chico de seguridad de la puerta del edificio y llegó hasta los ascensores con la suerte de que las puertas se abrieron a su llegada. Respiró profundamente varias veces mientras observaba como los números rojos cambiaban a la vez que iba ascendiendo hasta llegar a la planta del periódico. Caminó por el pasillo y, a pesar de que saludó enérgicamente a sus compañeros del turno de noche, cada uno estaba demasiado centrado en su trabajo para prestarle atención. Un poco decepcionada por un recibimiento frío, continuó hasta su mesa y antes de llegar, descubrió luz en el despacho de Renata, se detuvo y la observó a través de su puerta que se encontraba abierta. Caminó hasta llegar a su mesa y dejó el bolso sobre la silla, miró a un lado y a otro, pero no había rastro de más carpetas llenas de artículos para corregir y archivar. Todavía sin sentarse en su silla, revisó su bandeja de entrada del correo, pero tampoco encontró ningún correo que le indicase el trabajo que debía realizar, así que solo podía continuar revisando algunos de los artículos pendientes del día anterior. Qué raro. Volvió a mirar hacia el despacho de Renata inconscientemente y pensó que su tapadera como la nueva becaria, podría haber sido descubierta. El hecho de que no tuviese trabajo acumulado y que Renata estaba tan temprano en la redacción, daba indicios a pensar que ya sabía que era su nueva jefa. Su estrategia tan solo había durado un día, al fin de cuentas, hacerte pasar por otra persona, no resultaba tan sencillo como había pensado. Respiró profundo, se frotó las manos contra su pantalón y caminó casi cabizbaja hacia su sentencia. Su mente trabajaba a mil revoluciones buscando una explicación que limase asperezas entre ella y la que

resultaba ser la jefa de la redacción de su recién adquirido periódico. Pensó en varias opciones, pero después de varias conversaciones con Paola sobre la reputación de Renata, decidió que la verdad sería la única opción.

—Buenos días... — dijo Victoria casi en un susurro mientras cruzaba el umbral de la puerta de su despacho.

—¿Buenos días? — Renata levantó la cabeza y la miró confundida — ¿Qué hora es?

—Las seis y media... — dio un paso y se atrevió a adentrarse en su despacho sin ser invitada — ¿no te has ido a casa?

—No he podido... — cerró la carpeta que sostenía sobre sus manos y centró su atención en Victoria — hay muchas cosas que requieren ser solucionadas, pero como el nuevo niño pijo que ha comprado el periódico no se decide a aparecer, pues nos toca a los demás remar para mantener este barco a flote.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

Llegadas a este punto, Victoria se sintió con la confianza suficiente para sentarse en la silla frente a ella. Llevaba cinco minutos en su despacho y todavía no había habido gritos, exigencias o reproches.

—¿Sabes algo de cómo funciona un periódico? — musitó con media sonrisa.

—La verdad es que no mucho...

—Pues te voy a dar tu primera lección como becaria... — Renata se recostó sobre el respaldo de su silla — cuando el jefe resulta ser un despreocupado niño rico de papá, el periódico corre peligro de hundirse... — la miró fijamente a los ojos y guardó silencio durante unos segundos — ¿Y tú qué haces tan pronto aquí? — se levantó y caminó hacia ella — ¿Quieres ganar puntos con la jefa? — se sentó en el borde de la mesa frente a ella y lució una sonrisa enorme.

—¿Necesito ganar puntos? — Victoria ladeó la cabeza y clavó su mirada en los ojos de su jefa — no sabía que necesitaba hacer la pelota a la jefa para dejar de corregir y archivar artículos de poco interés que no han sido publicados.

—¿Crees que estás capacitada para hacer cosas más importantes?

—Estoy capacitada para hacer muchas cosas importantes.

Tras sus palabras, se inició una guerra silenciosa entre sus miradas. Ambas sabían que, la primera que renunciase al valor de mantener la cabeza alta, perdería la batalla y quizá la guerra. El ruido de dos de los redactores entrando en la sala y ocupando sus mesas de manera más brusca que delicada, obligó a Renata a desviar su mirada de aquellos ojos verdes. Observó cómo caminaban hacia sus mesas, completamente despreocupados, sin darse cuenta de la batalla que se estaba viviendo entre ellas. Tan solo hacía unos días que se habían conocido, pero si alguien les preguntase, dirían que la batalla entre ellas comenzó desde el primer segundo que se miraron. Seguramente, cada una tendría una versión diferente, pero la verdad solo era una, la química entre ellas era palpable. Y peligrosa.

—Bien... — Renata bajó de su mesa y volvió a sentarse en su silla — veamos esa capacidad de la que hablas... — rebuscó entre todos los papeles esparcidos sobre su mesa — a ver si eres capaz de hacer que este dichoso artículo, destaque sobre las nuevas técnicas de jardinería que está empleando el ayuntamiento en todos los jardines de la ciudad.

Victoria cogió el documento entre sus manos y la volvió a mirar desconcertada.

—¿En serio?

—Muy en serio... — Renata intentó disimular su sonrisa, pero sin éxito — lo escribió la anterior becaria y como te darás cuenta, no está bien redactado... a ver esa magia que dices que tienes.

Victoria se levantó sin decir nada más y caminó hasta salir de su despacho, una vez que cruzó el umbral de aquella puerta, musitó un par de improperios que tan solo ella escuchó.

Había sido un día lleno de presión y exigencias para lograr una edición competente. Era viernes y terminaba la semana laboral para Victoria, cuando cerró el ordenador, sopló profundamente para vaciar de aire sus pulmones, no estaba acostumbrada a trabajar a un ritmo tan exigente, pero consiguió adaptarse con rapidez. Durante sus primeros días, vivió varios momentos donde la idea de abandonar su farsa, invadió su mente, pero su deseo de dirigir el periódico de la mejor forma posible, era real, así que, tras unos segundos de dudas, volvía a encontrar el valor para seguir adelante. Recogió sus cosas y colgó su bolso de su hombro derecho, pero cuando levantó la vista, algo llamó su atención, descubrió como Renata discutía con Paola en su despacho sobre varias decisiones económicas que había que tomar ya, pero el nuevo dueño no daba señales de vida. A Renata no le importaba demostrar lo molesta que estaba sobre ese tema. Paola era una de las personas más competentes que Victoria conocía, sabía que no se iba a dejar amedrentar por alguien como ella. Su entereza siempre fue digna de admiración, sin embargo, tenía en su mano la llave para terminar con la discusión, simplemente, podría confesar que el jefe niño de papá rico, era ella. Pero Victoria confiaba en su destreza para salir airoso de todas las acusaciones de la jefa de redacción sin tener la necesidad de confesar la verdad. Paola era la persona ideal para guardar un secreto de esa magnitud. A pesar de que Victoria escuchó su nombre seguido de algún descalificativo laboral por parte de su nueva jefa, no lo tomó en cuenta. Renata se encontraba en un momento de nervios al descubrir que le tocaba a ella sola, dirigir el periódico y que, si daba algún paso erróneo, toda la responsabilidad sería suya.

Renata tenía una personalidad difícil, Victoria la había estado observando durante varios días, descubrió que sonreía en pocas ocasiones y la mayoría de veces, evitaba mantener una conversación trivial y personal con el resto de los trabajadores de la redacción. Imaginó todo lo que tuvo que luchar para llegar hasta ser la redactora jefa de un periódico así, siendo mujer. Teniendo en cuenta, que en la mayoría de empresas, por no decir en todas, los puestos altos de ejecutivos casi siempre están ocupados por hombres. Ella lo sabía bien, lo había vivido en varias ocasiones por la relación en las diversas empresas de su familia. Pero, aunque eso tampoco justificaba su mal comportamiento con el resto de la plantilla del periódico, ella no podía exigirle un cambio de actitud respecto a eso, llevaba tan solo unos días trabajando en el periódico y además, trabajando como becario. Ahora mismo resultaba absurdo ni planteárselo.

—Victoria... — Paola llamó su atención, mientras ella continuaba ensimismada en sus pensamientos.

—¿Sí? — respondió con rapidez.

—No te asustes por los gritos... — caminó hacia ella — es el estado natural de Renata... — se acercó a ella luciendo una sonrisa traviesa — no debe de tener suficiente sexo... — musitó en un susurro.

—Tranquila, no me asusto con facilidad — respondió sonriendo con complicidad.

—¿Ya has terminado?

—Sí, solo tengo que recoger mis cosas.

—¿Te apetece salir a tomar algo? — continuaba manteniendo su sonrisa llena de picardía.

Victoria reconoció el brillo de su mirada, cuando Paola proponía un plan así, la noche

prometía estar llena de risas y anécdotas graciosas que, después de la semana que había pasado, un poco de distracción no le vendría nada mal.

—Es el mejor plan que me han ofrecido esta semana.

El gran reloj blanco y negro que colgaba sobre la pared, acababa de dar las siete de la tarde, así que ya era libre, por lo menos, durante todo el fin de semana. Dos días completos donde podía relajarse alejada de los gritos y las exigencias, casi imposibles, de Renata. La oferta que le propuso Paola era el plan perfecto para concluir una semana bastante agobiante. Llevaba casi un mes en la ciudad y todavía no había conocido el ambiente nocturno. Le apetecía bailar, bailar hasta que le doliesen los pies y esta era la noche dónde pensaba desconectar completamente de su duro trabajo como becaria, era la noche dónde podía volver a ser ella misma después de varias semanas fingiendo ser quién no era realmente.

Victoria llevaba, relativamente, poco tiempo en la ciudad para moverse con destreza, así que su amiga le prometió que pasaría a recogerla por su casa. Primero, fueron a cenar a uno de los sitios favoritos de toda la ciudad de Paola, un restaurante de autor con exquisiteces que pocos

paladares se podían permitir. Tras una deliciosa cena donde pudieron descubrir una mezcla de sabores que nunca antes habían probado, caminaron un par de calles para llegar hasta su objetivo. Un local de copas con tanta buena reputación, que solo podían entrar las personas con una entrada exclusiva. Victoria no tardó en mover sus hilos y, a los cinco minutos de llegar a la puerta, los dos gorilas que hacían de seguridad del local, les permitieron la entrada a ella y a Paola. Era un local frecuentado por los jóvenes, por las nuevas generaciones con futuros prometedores y descendientes de las familias mejor posicionadas de la ciudad. No era el ambiente natural de Victoria, se sentía un poco insegura, sin embargo, Paola se sentía cómoda en lugares así. Eran dos chicas que sabían cómo lucir sus cuerpos y sacarles partido a sus figuras, así que llamaron la atención de dos chicos que estaban apoyados en la barra a la espera de algún buen partido. Al verlas juntas y riendo a carcajadas, se armaron de valor para acercarse a ellas con la inocente invitación de tomar una copa todos juntos.

—Necesitaré tu teléfono — le dijo a Victoria uno de los chicos.

—No lo creo — respondió fingiendo una sonrisa.

—¿Entonces cómo te llamo la próxima vez que quiera verte? — se acercó peligrosamente a ella.

—Tranquilo — le puso la mano en el pecho impidiendo que se acercase más — ya te llamaré yo... — Victoria cogió a Paola del brazo y la empujó hacia el baño de señoras.

—¡¡Pero no tienes mi teléfono!! — gritó el joven mientras veía como se alejaban.

—¡¡Sí, vale!! — respondió Victoria sin ni tan siquiera darse la vuelta.

Ella continuó con su empeño de alejarse de allí, arrastrando a su amiga también. Era un lugar bastante iluminado, decorado con muchos colores y un diseño moderno, muy contemporáneo. El local llevaba abierto apenas dos años y había logrado crearse una fama entre los jóvenes más pudientes de la ciudad y eso aseguraba el éxito cada noche. Sin embargo, había demasiada gente para el gusto de Victoria.

—No puedes culparlo... — musitó Paola mientras, mirándose al espejo, repasaba sus labios de rojo — hoy estás cañón — dijo mirando a Victoria de arriba abajo.

—¿Debo decir gracias? — fingió una sonrisa de medio lado.

—Vamos Vic... — se dio media vuelta — ahora esta es tu ciudad... nadie te va a recriminar que te diviertas un poco.

—Y pienso divertirme... — Victoria se lavó las manos — pero no con el primer chico que me invite a una copa.

—Llevas muy interiorizado el apellido de tu padre... — ambas rompieron a reír con fuerza.

Paola era una chica pelirroja despampanante, hacía mucho deporte y sus curvas daban fe de ello. Victoria la miró detenidamente mientras caminaba detrás de ella, para volver junto a la barra con la esperanza de no volver a cruzarse con los chicos de antes. Recordó, en ese momento, que su personalidad fue lo que llamó su atención desde el primer segundo cuando se conocieron en la universidad.

—¿Nos pones dos cervezas? — soltó Paola con un tono más que sugerente cuando llegaron hasta la barra.

El camarero sonrió y después de dejar las dos cervezas frente a ella, intentó coquetear un poco con Paola. Victoria sonreía al descubrir que su amiga se estaba haciendo la dura, pero que en el fondo estaba encantada con las atenciones del guapo camarero. Después de observarlos detenidamente mientras cruzaban varias frases inconexas, descubrió que su amiga había elegido ese local, porque ya se había fijado antes en el guapo camarero.

—No hablemos más de mí... — Paola intentó cambiar de tema cuando Victoria intentó un

tercer grado para que confesase la atracción que sentía por el camarero — ¿Qué tal llevas ser becaria de tu propio periódico?

—Pues está siendo más duro de lo que pensaba... — dio un largo trago a su cerveza — Renata es...

—¿Insufrible? — Victoria la miró sonriendo — ¿Molesta?... ¿Insoportable? — ambas rompieron a reír a carcajadas — sabes que tengo razón.

—Es una mujer difícil, no te lo voy a negar.

—¿Sí? No me había dado cuenta — continuaron con las risas — pero de lo que sí me he dado cuenta... — se dio media vuelta — es de ese chico que no deja de mirarte.

—¿Quién?

—Qué tonta eres cuando quieres... — se colocó a su lado y señaló disimuladamente — el chico de la camisa azul... ese.

—Parece un macarra atrapado en los años ochenta.

Victoria hizo un gesto de desagrado y volvió a beber de su cerveza mientras su amiga la miraba incrédula por su comentario.

—No te reconozco... — Paola la observó con la boca abierta, incapaz de entender la actitud de su amiga — ese chico está como un tren... — musitó con una sonrisa escapando de entre sus labios.

—¿Qué puedo decir? — se encogió de hombros y continuó bebiendo.

Victoria se podía catalogar como una chica extrovertida, pero para su vida privada siempre fue muy reservada.

De pronto, el chico que pretendía obtener su teléfono con la pobre excusa de invitarla a una copa, volvió a aparecer frente a ellas, sorprendentemente. Ellas no se percataron de su cercanía hasta que se colocó apoyándose en la barra colocándose en medio de ellas dos.

—Llevo una hora buscándote — dijo el chico luciendo una enorme sonrisa.

—Lo sé — respondió Victoria fingiendo su sonrisa — llevamos una hora escondiéndonos de ti.

—¿Qué?

—Mira... — sujetó a Paola por el brazo — ¿Conoces a mi amiga? — esperaba que fuese una maniobra de distracción que surtiese efecto.

—¡¡Oye!! — Paola se libró de su agarre de forma cómica — a mí no me metas en tus líos.

—Pues chico... — Victoria le dio dos palmaditas de consolación en la espalda — más suerte la próxima vez — se giró y miró a su amiga — ¿Nos vamos?

—Sí, salgamos de aquí.

Paola cogió sus cosas y comenzó a caminar junto a Victoria entre la gente. Las dos salieron del local esquivando con bastante destreza a los que continuaban bailando alocadamente mientras sonaba la música. Victoria siempre fue una mujer impulsiva, actuaba primero y razonaba después las consecuencias de sus actos. No se había sentido cómoda desde el primer momento que llegaron al local, a ella solo le apetecía meterse en la cama y ver alguna película lacrimógena hasta quedarse dormida. Pensó que sería buena idea, pero la noche no resultó como esperaba, aunque las risas con su mejor amiga, si fue lo que necesitó para suprimir el agotamiento de la semana más dura de su vida laboral.

CAPÍTULO 2

No tomes todo a modo personal.
La gente no piensa tanto en ti como tú crees.

Primera hora de la mañana, todos los redactores comenzaban a llegar escalonadamente, Victoria hacía más de media hora que ya estaba en su mesa lista para afrontar una nueva semana.

Se levantó a por un café doble que le ayudase a comenzar con la montaña de trabajo que descubrió nada más llegó a su mesa. Caminaba lentamente por la redacción con el café caliente entre sus manos, debatiendo entre sí necesitaba más el calor que desprendía o la cafeína corriendo por su torrente sanguíneo.

—¡¡Buenos días!! — el enérgico saludo de Renata sorprendió a Victoria de tal manera, que casi se le precipita el café de sus manos.

—Buenos días — respondió todavía con la respiración alterada.

—¿Ya tienes el artículo que te envíe esta mañana?

Renata la miró fijamente y Victoria descubrió que el color azul de sus ojos, tenía una tonalidad diferente a primera hora de la mañana.

—No, todavía no lo he terminado — confesó sin bajar la mirada.

La sonrisa que asomó entre sus labios y el brillo que lucía su mirada, anunciaba la aparición de un huracán con su firma. Se avecinaba la aparición más déspota de Renata. Victoria se golpeó mentalmente al descubrir que le había dado una oportunidad para avergonzarla, pero a pesar de eso, Renata se limitó a chasquear la lengua.

—Pues tendremos que retrasar la publicación por culpa de la nueva becaria... — se inclinó hacia ella — quiero el artículo en mi mesa en menos de una hora — sentenció.

Renata giró sobre sus talones y se marchó de allí dejando a Victoria con la palabra en la boca. Se dejó caer sobre su silla y vació sus pulmones por completo, fue en ese preciso momento, cuando se dio cuenta de todo el aire que había retenido en ellos.

—He visto lo que acaba de suceder — un susurro detrás ella la volvió a asustar.

—¡Joder! — se dio media vuelta sentada en su silla — Paola me vas a matar de un susto...

—¿Tú no crees que es hora de terminar con esta farsa?

—No.

—¿No? — se cruzó de brazos — pero... ¿A ti qué te pasa? No puedes permitir que te trate así... eres la...

—¡¡Sssshhhhh!! — Victoria se levantó de golpe y puso su dedo en los labios de su amiga — tengo un plan — confesó sonriendo.

—Vic, pero te está humillando exigiendo trabajo que debería hacer otro o incluso ella.

—Lo sé, pero lo tengo controlado... — sonrió de nuevo y señaló una carpeta sobre su mesa — tengo terminado el artículo desde hace una hora.

—Qué zorra — susurró — ¿Qué pretendes? ¿Echarle un pulso?

—Quiero saber hasta dónde es capaz de llegar, mi propósito es sacarla de sus casillas.

—Amiga... — colocó la mano sobre su hombro — esto te va a explotar en la cara.

—Ya veremos.

Victoria comenzó a escribir mientras su amiga volvía a su despacho negando con la cabeza. Paola estaba segura de que ese plan tenía más fisuras de las que Victoria había sido capaz de imaginar, pero ella solo podía advertirla, la decisión era de Victoria y mucho más ahora que además de ser su amiga, era la dueña y propietaria del periódico.

—Aquí tienes — dijo orgullosa dejando caer el artículo sobre la mesa.

—No te he oído llamar a la puerta — respondió Renata sin dejar de mirar a la pantalla de su móvil.

—Pero... ya he terminado el artículo que me pediste — Victoria se mantuvo en la misma posición.

—Y sigues sin llamar a la puerta antes de entrar.

—¿Pretendes que salga y llame a la puerta para volver a entrar?

Renata no respondió, levantó la mirada de la pantalla de su móvil y señaló con su mano la puerta, Victoria gruñó y salió de su despacho cerrando la puerta enérgicamente. Respiró alterada un par de veces antes de dar dos golpes a la puerta, luego espero impaciente la respuesta por parte de Renata.

—¿Sí? — preguntó disimulando su sonrisa apretando los labios.

—¿En serio? — volvió a gruñir — muy bien... — susurró para ella misma — te traigo el artículo que me pediste, ¿puedo pasar?

—No saldrá en esta edición, vuelve en un par de horas y le echaremos un vistazo — sonrió — ahora estoy ocupada.

—Tiene que ser una broma... — golpeó la puerta con los papeles que llevaba en la mano y volvió a gruñir, pero esta vez con más fuerza.

Tras comprobar por la cristalera de su despacho como Victoria se alejaba de su puerta visiblemente molesta, continuó con la conversación que la tenía ocupada. Llevaba casi diez minutos intentando manejar con educación la conversación mediante mensajes que mantenía con su exnovia. Ya hacía casi más de tres meses que había roto con ella, descubrió una infidelidad bastante descarada por su parte, así que decidió romper una relación de cinco años. Renata había retrasado esa conversación todo lo que pudo, todavía le resultaba doloroso recordar todas las mentiras que su ex había mantenido durante tanto tiempo.

¿Podríamos tomar un café y hablar tranquilamente?

No puedo, tengo mucho trabajo

*Vamos, eres la jefa
estoy segura de que te puedes escapar*

*Lo siento Sara
pero de verdad que no puedo*

*No mientas
di que no quieres verme*

*No miento
Yo nunca he mentado*

*No pierdes oportunidad para echármelo en cara
Como quieras, tampoco te voy a rogar
Adiós Renata.*

Tras leer las últimas palabras escritas por parte de su ex, lanzó su teléfono que chocó contra la montaña de papeles que había en el borde de su mesa. Se sujetó la cabeza entre las manos y no pudo retener las lágrimas que rodaron por su rostro sin que pudiese hacer nada para remediarlo. Todos los recuerdos vividos en los últimos meses, volvieron a su mente, golpeando con tanta fuerza que sentía que iba a desfallecer por la violencia con la que lo hacían. Se levantó y caminó, sin sentido alguno, por todo su despacho dando vueltas sin parar. Necesitaba calmar sus nervios,

estaba en medio de la nueva publicación del periódico y no se podía permitir el lujo de fallar. El periódico dependía de ella. Se detuvo junto a su gran ventanal y, con el dorso de su mano, secó el rastro que dejaron las lágrimas, miró a través del cristal y observó durante un rato a todas las personas que caminaban por la calle ajenas a su propia crisis. Necesitaba calmar su ira y observar a la gente en su día a día, siempre había funcionado para alejar todos aquellos pensamientos negativos. El periódico se encontraba en la quinta planta de un edificio céntrico de la ciudad, pero, aun así, podía distinguir a la perfección a cada una de las personas que se cruzaban por su mirada. Un señor que caminaba con la ayuda de un bastón, llamó su atención, llevaba un periódico bajo el brazo y caminó hasta llegar a un banco para sentarse y poder leer tranquilamente las noticias del día. Esa simple imagen le trajo tantos recuerdos que, sintió que era el empujón que necesitaba en ese momento para poder continuar con su día, que se había tornado más duro de lo esperado.

Tan solo tenía diez años cuando fundó una publicación semanal en su colegio, el señor Tomás, el profesor de literatura apoyó su idea y consiguió sacar una edición cada lunes con todas las novedades del colegio. Fue un propósito desinteresado, simplemente por satisfacción y pasión personal, pero se implicó tanto, que esa publicación duró hasta la universidad. El periodismo era su vocación y no cualquier periodismo, sino el periodismo de verdad. El auténtico.

Sonrió de medio lado sin apartar la mirada de aquel señor que continuaba disfrutando de su lectura, respiró profundamente dos veces y tras colocarse bien el cuello de la camisa, agitó las manos e hizo que sus dedos crujiesen. Ya estaba recompuesta para seguir. Recuperada completamente para lidiar con su trabajo del día a día y conseguir que el periódico continuase entre las diez mejores publicaciones del país. Caminó hasta la puerta de su despacho y cuando la cruzó, su mirada se fue directamente hacia la mesa donde se encontraba Victoria, fue un gesto instintivo. Inconsciente. Descubrió que la nueva becaria continuaba inmersa entre todos aquellos artículos que debía corregir y archivar posteriormente. Sin esperarlo, una sonrisa pretendía colarse entre sus labios al sentir que disfrutaba de la imagen de Victoria aplicada al cien por cien en su trabajo. Carraspeó para disuadir aquella sonrisa y recuperó la seriedad a la que tenía acostumbrado al personal de la redacción.

—¡¡Jan!! — gritó antes de llegar a la mesa del redactor — ¿Cómo va la portada?

—Casi la tenemos, jefa.

—Te doy media hora... — se dio media vuelta para buscar a la redactora de deportes.

—Qué manía tienes con poner tiempo límite a todas las entregas...

De pronto, la voz de Victoria la sorprendió por la espalda, sonrió de medio lado, pero no se movió ni un ápice, supo guardar la compostura.

—Si no fuese necesario, no lo haría — Victoria le entregó la carpeta con el artículo — espero que no haya faltas de ortografía — musitó mirándola fijamente con la carpeta en sus manos.

Victoria respondió con una mueca infantil y volvió a sentarse en su mesa, no iba a darle el placer de discutir por una tontería. Renata no movió los pies del sitio, giró su cabeza y observó, disimuladamente, como Victoria movía las caderas mientras caminaba hasta llegar a su mesa. La nueva becaria estaba resultando ser un interesante reto. Podía presumir de una experiencia de algo más de quince años trabajando en el mundo del periodismo y nunca había coincidido con una becaria tan osada.

Mientras que, Victoria por su parte, comenzaba a cansarse del mal genio de Renata. No tenía experiencia en el sector del periodismo, pero tenía claro que, el hecho de ser la jefa, no le daba derecho a tratar así al resto de los trabajadores de la redacción. Después de que esa misma

mañana, tuviese la osadía de echarla de su despacho por el simple hecho de no llamar a la puerta, pensó durante unos segundos, terminar con la farsa de ser la becaria y ponerla en su sitio. Pero la realidad era que necesitaba averiguar la opinión del resto de los trabajadores, para descubrir si Renata era una jefa déspota y despiadada, entonces no dudaría en echarla de su periódico. Su objetivo era crear un ambiente de trabajo nada tóxico y, un carácter así, dificultaba su propósito. Miró el reloj sobre la pared y aún faltaban casi dos horas para terminar su jornada, era el momento perfecto para un buen café. No podía negar que existía un ambiente de dictadura en la redacción, pero debía reconocer que el café era de una calidad suprema.

Paola descubrió que, la persona que caminaba al final de la calle, era su amiga, así que decidió esperarla en la puerta del edificio para subir juntas a la redacción. Victoria llevaba unas botas altas estilizando sus piernas, lucía un abrigo largo que cubría casi todo su cuerpo y Paola sonrió al imaginarse el modelito que debía esconder bajo aquella tela. La conocía bien y sabía que cuando se lo proponía, era capaz de sacarse todo el partido posible.

—Buenos días — dijo sonriendo Victoria cuando llegó a su altura.

—Buenos días — ladeó su cabeza — llegas tarde.

—Lo sé, pero debía solucionar algunos trámites del fideicomiso de mi abuela...

—Pero eres la becaria del periódico.

Entraron juntas al edificio y caminaron hasta llegar a los ascensores.

—Tú también llegas tarde y no te digo nada... — sonrió de medio lado — y tú... — la señaló con el dedo — sí que sabes que soy tu jefa.

—Yo vengo de solucionar lo de la firma del pago de las nóminas en el banco... — se cruzó de brazos — además, tú llegas dos horas tarde siendo la becaria.

—Tranquila... — sonrió al entrar en el ascensor — te echaré la culpa a ti y tendrás que lidiar con la ira de Renata.

—¿Hasta cuándo durará toda esta farsa?

—Hasta que sepa todo lo que debo saber.

Las puertas del ascensor se abrieron cuando llegaron a la quinta planta y ambas recobraron la compostura. Victoria salió primero y mientras caminaba hacía su mesa, se quitó el abrigo descubriendo toda una sorpresa llena de intenciones bajo aquella tela. Paola se detuvo antes de girar por el pasillo que conducía hasta su despacho, para observar desde su posición, que no había errado en su suposición. Sonrió ampliamente al descubrir el vestido ajustado que hacía justicia a cada curva del cuerpo de su amiga. Victoria ignoró las miradas de sus compañeros y continuó con su rutina como cada día, dejó el bolso sobre su mesa, encendió el ordenador, colgó su abrigo en el respaldo de la silla y caminó hasta la sala de descanso a por su merecidísimo café diario. Ella, sin ser consciente del efecto que estaba causando en el resto de la gente, sonreía educadamente con quién se cruzaba en su camino. Sus compañeros no eran repelentes, pero tampoco eran muy amables, estaba recibiendo tantas sonrisas que pensó en que alguien podría haber descubierto o, como mínimo sospechar, de quién era en realidad. Ella continuó como si nada, entró en la sala de descanso y cogió su taza favorita, era de color azul eléctrico y tenía varias nubes dibujadas con unicornios por encima. Cualquiera podía describir su taza como una taza infantil, pero ella la eligió por la alegría que transmitía. Se apoyó sobre la encimera junto a la cafetera y centró su mirada en un punto perdido frente a ella, su intención era disfrutar del delicioso café, pero su cabeza continuaba trabajando a mil revoluciones.

—Victoria... — una de las redactoras entró en la sala de descanso — la bruja me ha dicho que fueses a su despacho cuando llegases.

—De acuerdo — sonrió con la taza cerca de su boca — gracias, ahora mismo voy.

Bebió lentamente de su taza, dando pequeños sorbos y, esta vez, el café le supo a gloria. Después de haber lidiado a primera hora con su familia para solventar todos los trámites del fideicomiso de su abuela, no era capaz de enfrentarse a Renata sin su dosis de cafeína diaria recorriendo por su torrente sanguíneo.

—¿Me habías llamado? — dijo al aparecer por la puerta de su despacho.

—Sí — Renata ni tan siquiera levantó la vista — entra... cierra la puerta.

Victoria sonrió maliciosamente, una idea pasó por su mente y decidió hacerlo. ¿Qué podía pasar? Dio un pequeño portazo a propósito, ya que Renata ni tan siquiera había tenido la

educación de mirarla para saludarla. Al escuchar el ruido, levantó la mirada del documento que estaba leyendo y su respiración desapareció súbitamente, su cerebro colapsó y su boca se secó. No fue capaz de apartar la mirada de cada paso que daba Victoria mientras se acercaba a su mesa. El vestido que llevaba, se ajustaba demasiado bien a cada curva de su cuerpo. Tragó saliva con dificultad, su centro advirtió que llevaba demasiado tiempo sin sexo e intentó recobrar su cordura, pero le estaba resultando imposible ser fuerte con quién se había convertido en su debilidad.

—Dime, ¿para qué me has llamado?

Victoria se sentó en la silla frente a ella y cruzó sus piernas con una sensualidad tan natural, que Renata sintió la necesidad de sentarse sobre sus manos para no ser delatada por su impulso más primitivo. Desvió su mirada y se centró en sus labios, descubriendo los rosados y apetecibles que resultaban desde primera hora de la mañana.

—Eh... verás... — le estaba costando más de lo normal, ordenar las ideas en su cabeza — necesito recuperar... — imágenes de sus manos recorriendo su piel, comenzaron a golpear su mente — un artículo... sí, eso es, el artículo que no se publicó sobre las remodelaciones del ayuntamiento de hace tres años...

Una sonrisa forzada salió entre sus labios, su mente continuaba trabajando a mil revoluciones intentando alejar de su cabeza todas aquellas imaginaciones de sus labios sobre su cuerpo.

—¿En serio? — Victoria se cruzó de brazos — ¿Quieres que busque un artículo que se archivó hace tres años?... ¿Ese va a ser mi trabajo hoy?

—No, claro que no — sonrió de medio lado, se recostó sobre el respaldo de su silla y ladeó la cabeza — te he llamado para que confirmes la edición de la portada, para que hables con los publicistas y para que seas capaz de corregir los artículos principales antes de la edición...

—Lo de ser tan borde conmigo... — se inclinó hacia adelante y le clavó su mirada de manera desafiante — ¿te sale de forma natural o lo haces a posta?

—Ya sabes lo que necesito... — imitó su postura y se inclinó sobre la mesa — avísame si cambias de excusa o de actitud.

Victoria volvió a apoyar su espalda sobre el respaldo de su silla y se cruzó de brazos, no apartó su mirada ni por un segundo de aquel mar que contenía sus ojos. La postura que había tomado sentada en su silla, dejaba al descubierto un escote bastante pecaminoso, no lo estaba haciendo a posta, pero tampoco le preocupó liberar una tentación así frente a ella. Renata no era capaz de apartar la mirada, respiró profundamente varias veces en un intento fallido de recuperar la normalidad y lo último que necesitaba era que Victoria fuese capaz de darse cuenta de que excitaba su crueldad.

Victoria salía de la sala de archivos cargada con dos grandes carpetas y antes de llegar a su mesa, tropezó con Paola.

—¿De verdad te compensa continuar con todo esto? — preguntó al ver como su amiga hacía malabarismos para ser capaz de sostener las dos grandes carpetas entre sus manos.

—Joder... — musitó logrando mantener el equilibrio — no voy a rendirme... — miró hacia el despacho de Renata — esa bruja no va a poder conmigo.

Entrecerró los ojos al descubrir que Renata estaba manteniendo una conversación bastante enérgica con otra mujer. Las formas en la que aquella mujer se permitía dirigirse a Renata, llamó su atención. ¿Quién era ella para poder dirigirse a Renata de esas formas, sin que la propia Renata la invitase a abandonar su despacho?

—¿Quién es esa mujer? — preguntó curiosa.

Paola desvió su atención hacia donde miraba su amiga. Ladeó la cabeza e intentó distinguir su figura.

—Creo que es Sara Sanz... — se fijó detenidamente en ella — es una de las mejores fotografías de la ciudad.

—¿Trabaja con nosotros?

—No, es *freelance*... — se encogió de hombros — Renata jamás ha querido trabajar con ella.

—¿Y qué hace aquí?

—Ni idea... — se cruzó de brazos y sonrió — ¿por qué no vas allí y le preguntas?

Victoria respondió con una sonrisa similar a la de su amiga y cuando ella desapareció por el pasillo que llevaba hasta el despacho de recursos humanos, dejó las carpetas sobre su mesa y se apresuró para encontrar el dichoso artículo sobre la nueva remodelación del ayuntamiento. De vez en cuando levantaba la mirada para comprobar que aquella mujer continuaba en el despacho de Renata, mientras ella caminaba dando círculos visiblemente nerviosa. La curiosidad de Victoria aumentaba con cada minuto que esa mujer permanecía en el despacho de Renata y ella no hacía nada para terminar con la discusión.

Renata frenó sus pasos y miró, a través del cristal de su despacho, como el personal del periódico continuaba centrado con sus artículos. A pesar de que ella había hecho un parón para mantener la odiosa conversación que tenía pendiente con Sara, pudo comprobar que la redacción continuaba funcionando sin su supervisión. Colocó los brazos cruzados sobre su pecho y se dio media vuelta para prestar atención a las palabras de Sara, a quién le parecía no importarle donde se encontraban.

—¿Cómo era eso que decías siempre?... — Sara entrecerró los ojos — *comer con hambre, beber con sed y follar con ganas*...

—Me parece tan raro que seas capaz de pronunciar la palabra follar... — respondió con media sonrisa.

—¿Estás diciendo que no follábamos por mi culpa? — levantó la voz un par de tonos.

—No creo que sea necesario buscar culpables — caminó hasta colocarse de nuevo detrás de su escritorio.

Renata sabía que tenían pendiente una conversación, pero obligarla a mantenerla en su propio despacho, delante de todos sus compañeros de la redacción, no era más que una encerrona por su parte. Y ella odiaba las encerronas.

—¿No vas a decir nada más? — Sara le exigía una respuesta mientras Renata solo respondía con evasivas — solo sabes quedarte callada...

—No sé qué quieres que diga — se encogió de hombros.

—¡¡Renata!! — Sara se apoyó sobre su mesa — hemos estado siete años juntas... tendrás algo que decir — volvió a levantar su voz varios tonos y agitó sus brazos visiblemente exasperada.

—Y en todos esos años... no fui suficiente para ti... — la miró fijamente — te recuerdo que te liaste con varios modelos.

—¡¡Joder!! No pierdes la ocasión para echármelo en cara.

—No te lo echo en cara, simplemente te recuerdo porque se terminó la relación.

—No me puedo creer que me hagas responsable solo a mí.

—¿No debería? — preguntó sorprendida.

—¿Te recuerdo las largas noches que pasaba sola en casa porque tú te encerrabas en tu despacho para sacar una edición perfecta? — dio dos pasos, cada vez estaba más exasperada — ¿O las veces que me has dejado plantada en un restaurante porque la portada no estaba finalizada?

Renata levantó las manos y negó con la cabeza.

—No quiero volver a mantener la misma conversación una y otra vez.

—¿Tienes miedo de que la gente de esta redacción descubra que tienes sentimientos?

—Sara... — susurró en modo de aviso.

—Eres un auténtico témpano de hielo... — dijo con los dientes apretados y los ojos incendiados de una ira acumulada durante mucho tiempo.

—Renata, perdón... — Victoria entró en el despacho sin tocar a la puerta — no sabía que estabas ocupada... yo...

—No es momento — respondió Renata dedicándole una mirada inquisidora.

Victoria bajó la mirada y dio media vuelta para salir del despacho.

—¡¡Espera!! — gritó Sara — Eres la nueva becaria, ¿verdad?

Victoria miró primero a Renata y después desvió su atención hacía Sara y asintió sin pronunciar palabra alguna.

—Sí — afirmó finalmente con un tono neutro.

—¿Me podrías responder algo? — se dio media vuelta y miró fijamente a la becaria que continuaba plantada junto a la puerta — ¿Cuántas veces ha sido capaz de felicitarte por tu trabajo? — señaló a Renata sin dejar de mirar a Victoria.

Ella miró a Renata y descubrió en su mirada un brillo que gritaba socorro. Respiró profundo varias veces, cerró los ojos un segundo y desvió su mirada de nuevo hacia la mujer que amenazaba con hacer daño a Renata simplemente con su actitud desafiante.

—Más de las que crees... — le respondió con una sonrisa altiva y desvió su atención hacía Renata — y menos de las que merezco.

Renata sonrió ante aquellas palabras, la nueva becaria había sido capaz de poner en su sitio a Sara con una respuesta tan sencilla, pero también a ella.

Victoria se dio por satisfecha, así que dio media vuelta y salió del despacho. Se fue directa a su mesa y se refugió tras la pantalla de su ordenador, estaba claro que a Renata le unía una relación más personal que profesional con la tal Sara, la fotógrafa que se permitía el derecho a gritarle a una de las más temibles jefas de redacción de la ciudad.

CAPÍTULO 3

Somos una casualidad llena de intención.

Victoria levantó la mirada de la pantalla de su ordenador cuando sintió una presencia junto a

ella.

—A pesar de tus múltiples defectos y escasas virtudes para el periodismo... — Renata no desvió la mirada de aquellos ojos verdes — da gracias de que no te pueda despedir.

—¿Y por qué me ibas a despedir?

—Por entrar en el despacho de tu jefa sin llamar a la puerta.

—¿Es eso lo que en realidad te molesta? — sonrió de medio lado y se apoyó en el respaldo de su silla.

—¿A qué te refieres? — se cruzó de brazos.

—A que haya interrumpido la conversación con esa tal fotógrafa... Sara Sanz...

—Veo que te has informado... — sonrió de medio lado — mucho interés ¿no?

—Simple curiosidad... — intentó mostrar desinterés — resulta que la redactora jefa más temible de la ciudad... permite que le grite una fotógrafa mediocre.

—Sara no es una fotógrafa mediocre, de hecho, es una de las mejores de la ciudad... y yo no le permito que me grite... solo manteníamos una conversación llena de intensidad.

—Si es de las mejores de la ciudad... ¿Por qué nunca ha trabajado para el periódico? — clavó su mirada en los profundos ojos azules de Renata.

—¡Vaya! Ahora resulta que la becaria es quién decide las contrataciones de los colaboradores externos... — ensanchó su sonrisa y miró alrededor mientras intentaba normalizar su respiración — ¿Tienes el artículo que te pedí?

—Sí... — se lo entregó de malas formas — es lo que iba a entregarte cuando entré en tu despacho.

—Muy bien, la próxima vez llama a la puerta... — revisó el artículo — aunque con un comportamiento tan altivo, no creo que tengas un futuro prometedor en este periódico.

Al día siguiente, Victoria llegó veinte minutos antes de su hora de entrada, pero el ambiente no había cambiado mucho. El resto de redactores continuaban concentrados en sus trabajos y ella caminaba entre sus mesas sin que nadie se percatase de su presencia. Algunas mañanas se sentía como un bicho raro, ya que, a fin de cuentas, ella era quién les pagaba las nóminas y ellos, en realidad, trabajaban para ella. Sus pies, como cada mañana, la llevaron hasta la sala de descanso, ese café a primera hora, era sagrado y la única motivación que encontraba a esa hora para empezar el día. Las imágenes de Renata discutiendo con la tal fotógrafa Sara Sanz, golpeaban su mente, todavía no era capaz de entender como Renata podía consentir un comportamiento así.

—Buenos días — Paola apareció por sorpresa detrás de ella y dio un respingo ante la inesperada presencia.

—¡¡Joder que susto!! — musitó con la mano en el pecho — Buenos días.

—¿Puedo preguntarte si hoy tienes mucho trabajo? — dijo mientras movía con energía varios documentos que llevaba en la mano.

—La verdad... — suspiró — es que sí, tengo mucho trabajo.

—Pues creo que soy portadora de malas noticias — dijo luciendo una sonrisa maliciosa, pero divertida — me tienes que firmar varios documentos para poder hacer movimientos en el banco.

—¿Y no me puedes llamar a tu despacho? — Victoria miró a su alrededor asegurándose de que nadie las escuchaba.

—Si te llamo a mi despacho, luego tengo que darle explicaciones a Renata...

—¿Renata?

—Claro, se cree la dueña de todo esto... — señaló alrededor para darle más énfasis a su explicación — incluso de ti.

—Espera — sujetó a su amiga del brazo — ¿te pregunta por mí?

—Por las dos versiones de ti — comenzó a reír.

—Paola... — susurró a modo de advertencia.

—Pregunta por la llegada del niño pijo de papá que debe estar de fiesta en fiesta, en su lujoso yate, navegando por algún mar caribeño, en vez de estar al pie de la dirección del periódico... No conoce al nuevo dueño y ya lo odia... Si supiese que su jefe es en realidad la becaria que tiene a pocos metros de su despacho...

—Ssshhh — le tapó la boca con su mano — no quiero que nadie te escuche.

—Y también me pregunta si tengo alguna orden para contratar a más gente, te quiere en la plantilla — le guiñó un ojo.

—¡Mierda! — Victoria se sujetó la cabeza con ambas manos, la situación se complicaba y sabía que tenía que decir quién era en realidad o luego sería más difícil hacerlo.

Paola negaba con la cabeza mostrando su desaprobación a todo el plan de hacerse pasar por la becaria, ella pensaba que al decir la verdad después de haber trabajado con el resto de la plantilla, algunos se lo podrían tomar como una ofensa.

—Bueno... ¿Me puedes firmar las autorizaciones? — Paola dejó sobre su escritorio los documentos.

—¡Qué difícil eres de encontrar!

La voz de Renata tras ellas provocó que ambas diesen un respingo por el susto, Victoria tuvo el rápido reflejo de esconder el sobre con el sello del banco bajo algunos documentos que había esparcidos sobre su escritorio.

—Ya me has encontrado — respondió Paola — ¿Qué necesitas?

Renata miró fijamente la mano de Paola que descansaba sobre el hombro de Victoria. Su atención viajaba desde la mirada inquisidora que lucía Paola hasta la mirada perdida de Victoria. Sin reconocer de dónde nacía esa fuerza, sentía que esa confianza entre ellas, removía algo en su interior.

—Un jefe — señaló con el dedo — eso es lo que necesito.

—Tú eres la jefa — le respondió.

Le guiñó un ojo disimuladamente a Victoria, luego emprendió sus pasos para huir de allí y refugiarse en la soledad de su despacho.

—Pues entonces tomaré las decisiones que yo crea conveniente — respondió con un tono desafiante mientras observaba como su objetivo se alejaba de ella.

—Suerte con eso — musitó Paola sin detener sus pasos.

Renata remugó al no conseguir la atención que esperaba de Paola y cuando la vio desaparecer por el pasillo, desvió toda su atención hacia Victoria que continuaba sentada sin decir nada.

—¿Cómo llevas los artículos que te pedí? — preguntó con un tono de voz diferente al que había usado con Paola.

—Pues casi los tengo, antes de irme a casa los tendrás en tu mesa — respondió con seguridad.

—Bien, alguien eficiente en la redacción... — respiró profundamente varias veces.

Miró hacia todos los lados sin fijar sus ojos en nada en concreto, sin embargo, su cuerpo no se movía ni un ápice, mientras que Victoria la continuaba mirando fijamente esperando su próximo movimiento.

—Bueno... — taconeó en el suelo con su pie derecho — espero esos artículos hoy — sonrió de medio lado y depositó su mirada en los ojos verdes de Victoria — siento si antes he sido inoportuna.

—¿Cómo? —ladeó su cabeza — ¿A qué te refieres?

—Tengo la sensación de que he interrumpido algo entre vosotras.

—¿Con Paola? —sonrió — tranquila, solo hablábamos.

—Ya... — se quedó en silencio durante unos segundos sin apartar su mirada — Bien... Espero esos artículos — Victoria asintió y sin decir nada más, Renata giró sobre sus talones y se marchó de allí.

Regresó a su despacho y cerró la puerta para tener la intimidad que necesitaba después de lo sucedido, pero su cabeza continuaba pareciendo un avispero. ¿Por qué le molestaba la cercanía entre ellas? Estaba claro que Paola era la única persona con poder suficiente para rebatir sus decisiones, que a pesar de que nunca lo había hecho, ese poder superior siempre estaba presente entre ellas. Y Victoria, era la becaria de la redacción que había llegado hacía varias semanas, pero que, desde el primer día, supo integrarse con el resto del equipo. Comenzó a pensar en su trabajo y se dio cuenta de que no había fallado todavía, aun siendo una becaria novata. Un sentimiento de rabia injustificado se instaló en su pecho. No era lógico, pero pensó que tampoco necesitaba encontrar una explicación a todo, ya tenía bastante con lidiar con su día a día sin un jefe que hiciese acto de presencia.

—Pero qué coño... — Victoria observó sorprendida su bandeja de entrada de correos — será hija de puta... — susurró.

Renata le había enviado la corrección de seis artículos más y los quería para mañana por la mañana. Su día comenzaba a ser un caos. Miró alrededor suyo comprobando que toda la redacción comenzaba a correr, señal de que Renata había subido su nivel de exigencia. Era algo que sucedía cuando estaba de mal humor y, los seis interminables artículos en su bandeja de entrada, era una muestra de ello.

En la redacción reinaba un silencio casi congelado, cuando Renata se encerraba en su despacho, todos sabían que iba a ser una edición al límite. Los redactores trabajaban por encima de los límites humanos para intentar llegar a las exigencias de ese día. A pesar de tanto esfuerzo, sabían que Renata era la mejor en su trabajo y que el periódico iba subiendo poco a poco para llegar a ser el mejor de la ciudad y estar entre los cinco mejores del país.

Las horas pasaron más deprisa de lo esperado, Victoria había podido avanzar bastante en los artículos y continuaba concentrada en su trabajo cuando vio a Paola paseando por la redacción. Con un disimulado gesto, llamó la atención de Victoria para que fuese a la sala de descanso con ella.

—La insufrible Renata Gaitán, ¿es la redactora jefa de este periódico desde hace mucho tiempo? — preguntó a su amiga con un susurro cuando comprobó que eran las únicas en la sala de descanso.

Victoria pensó que debía haberse informado sobre la plantilla que componían el personal del periódico antes de comprarlo. La falta de información se podía convertir en un problema. Reconoció que no había estado muy interesada en el estado real de su funcionamiento. Sencillamente, se dejó llevar por la ilusión de dirigir una publicación propia a nivel nacional. Ahora le parecía absurdo haber comprado un periódico de esa envergadura sin conocer el mercado en particular. Si tenía en cuenta que su formación era sobre inversiones, quizá se había precipitado, pero el periodismo era una pasión desde niña. Y cabría destacar, que tan solo hacía poco más de un par de meses, que jamás hubiese imaginado tener un periódico propio.

—Pues lleva trabajando en este periódico poco más de tres años... — aclaró Paola — pero en

su currículum aparecen varias firmas de publicaciones importantes de la ciudad...

—¿Y por qué termina en un periódico de tercera?

—Supongo que, si quiere llegar lejos, tendrá que empezar desde abajo.

—Sí, puede ser...

En algún momento de la conversación con Paola, Victoria se dio cuenta de que sería difícil revelar su verdadera posición dentro del periódico si continuaba más tiempo como becaria. Aunque no podía negar que estaba disfrutando de su nuevo trabajo, aprendiendo desde el principio como funcionaba una publicación desde lo más sencillo hasta lo más complicado. De cierta manera, la situación le recordaba a las primeras clases en la universidad, cuando los trabajos y los apuntes, ocupaban el mayor tiempo de sus días.

—Bueno, yo creo que deberías obtener la mayor información posible en unos días y salir de tu disfraz de becaria cuanto antes, o se complicará todo.

Paola intentó explicarle las cosas más importantes que, supuestamente, debería saber, pero su mente dudaba sinceramente de poder retener tanta información en tan poco tiempo. Honestamente, Victoria no pensó en todo lo que debía aprender en un tiempo récord, hizo un esfuerzo sobrehumano para no olvidar lo que su amiga le explicaba sobre el funcionamiento de su propio periódico. Lo único que le unía a esa publicación, era que recordaba a su abuelo y a su padre, leer el periódico cada mañana en el desayuno. Las pocas semanas que llevaba en la redacción trabajando como la nueva becaria, descubrió que el personal del periódico era eficiente y muy competente, así que había detalles que quizá no debía saber. Podía confiar en los trabajadores de su nuevo periódico. A pesar de su carácter, Renata era una jefa exigente hasta con ella misma y la redacción trabajaba bajo una presión que hacía que todo saliese bien y a tiempo. Así que, realmente no tenía que preocuparse mucho.

—Victoria... — Paola bajó varios tonos su voz — necesito que dejes de ser la becaria, mientras no asumas tu puesto de dueña, yo tengo el doble de trabajo.

—No veo que te quejes por el sueldo — respondió Victoria justo antes de dar un sorbo a su café — eso sí te parece bien...

Paola sonrió y le guiñó un ojo, no podía negar que estaba encantada con su nuevo puesto, ser la mano derecha de un periódico con esas características, le daba la libertad de ejercer su poder como considerase oportuno y, además, el sueldo no estaba nada mal. Tenía razón, no podía quejarse.

Victoria dio un paso en silencio y observó por la ventana de la sala de descanso, las increíbles vistas que le regalaba la posición del edificio. Estaba situado en una de las avenidas más importantes de la ciudad, así que siempre había mucho tránsito y gente caminando por las aceras. No podía quejarse, la localización era casi perfecta. Tuvo un extraño sentimiento, desde la misma posición, observó al resto de compañeros trabajar en completa armonía y llegó a pensar que, quizá, la pieza maestra era Renata. Sonrió y apretó sus labios contra el borde de la taza, pensando que había acertado al comprar, con el fideicomiso de su abuela, el periódico. Era una publicación que ya funcionaba bien.

Al día siguiente, Victoria continuaba en la misma posición como cada mañana, sumergida entre varios artículos. Casi le resultaba imposible creer que el tiempo pasase rápido, cada día era capaz de abordar más trabajo sin encontrarse agotada por ello. Entre el trabajo que le mandaba Renata y alguna ayuda que le pedía alguno de los redactores del periódico, acumulaba cada vez más trabajo y, a pesar de ser demasiadas cosas, conseguía terminar siempre a tiempo. Experimentaba un sentimiento realmente satisfactorio y estresante al mismo nivel. Pero ella había elegido esta vida, estaba más que dispuesta a pagar las consecuencias de desligarse del apellido de su padre para formarse un futuro por ella misma.

Tras varias horas centrada en su mesa, miró hacia el despacho de Renata, intentando descubrir, desde su posición, si era un buen momento para entregarle los artículos que ya tenía corregidos. Desvió la mirada hacía el enorme reloj colgado de la pared, comprobando que era casi media tarde, un momento de mucha tensión, Renata debía ultimar la publicación y el estrés se respiraba en el ambiente.

—Renata... —dijo antes de cruzar el umbral de su puerta— ¿Tienes un momento?

—Victoria... —miró hacía ella momentáneamente y un segundo después, volvió a los documentos entre sus manos— ahora mismo, no me viene bien hacerte caso...

—De acuerdo —dio media vuelta— volveré más tarde.

—¿Sabes algo sobre leyes?

La repentina pregunta de Renata pilló por sorpresa a Victoria que volvió a darse media vuelta y mirar fijamente a su jefa. Frunció el ceño y volvió a entrar en su despacho.

—¿De leyes? —Renata asintió y esperó respuesta a su pregunta— algo entiendo, sí.

—Entonces, quizá puedas ayudarme con esto —señaló varios artículos que había sobre su mesa.

—¿Yo?

—¿Ves a alguien más en este despacho? —le señaló la silla frente a ella y le hizo un ademán para que tomase asiento— el departamento jurídico, son muy lentos... y a cada consulta que les

hago, me desesperan.

Victoria se quedó mirándola fijamente sin tener muy claro que hacer o que decir, pero si le había pedido ayuda, lo último que podía hacer era ignorarla.

—Mira tenemos un artículo sobre los nuevos cambios en la ley de la vivienda... — le entregó un par de hojas sin dejar de hablar — pero creo que está mal explicado, puede llegar a confundir a nuestros lectores, así que... lo que busco es una sintaxis que sea capaz de entender hasta un niño de seis años...

—Pero solo soy la becaria... — a Victoria le invadieron varias dudas sobre su capacidad — quizá no esté cualificada...

—¿Ves esa planta de ahí? — señaló a la planta que había en una de las esquinas de su despacho — pues está más cualificada que algunos de los redactores de ahí fuera.

Pasaban las seis de la tarde, Victoria había revisado cada frase sobre el artículo de la nueva ley de la vivienda y en ese momento, sería capaz de matar por un café. Pero le asustaba pedirle a Renata un descanso, se le veía más estresada de lo normal y había descubierto, en varias ocasiones, como se esforzaba para no levantar la voz e intentar responder lo más cordialmente que su estado le permitía.

—Victoria — Renata llamó su atención sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo.

—Dime — respondió con algo de nerviosismo, conocía a Renata en ese estado y temía su reacción.

—¿Qué querías cuando has venido antes?

—Nada importante... — quiso quitarle importancia, su nuevo propósito era terminar cuanto antes y salir de allí, alejarse del peligro — los artículos corregidos...

—¿Cómo llevas el trabajo?

Esa pregunta le sorprendió más de lo esperado.

—Bueno... va por días.

—¿Y de qué depende?

—Pues de ti — casi le costaba hablar — hay días que me das artículos para corregir por encima de mis posibilidades... y, además, algunos redactores me piden ayuda y eso dificulta ser eficiente en mi trabajo...

Renata suspiró, detestaba descubrir que algunos de los redactores se aprovechaban de la becaria para librarse del trabajo más odioso.

—Entonces les diré que no pueden ordenarte más trabajo... —ladeó la cabeza — debes hacer lo que yo te digo...

—Tampoco quiero ganarme enemigos en la redacción — levantó la cabeza y la miró — si sales ahí fuera y les dices que no pueden mandarme el trabajo que les corresponde a ellos, pasaré a ser la chivata y ni me saludarán.

Renata la miró en silencio, parecía que su mente estaba trabajando en ser capaz de gestionar lo que Victoria acababa de decir y tenía sentido. Si era sincera, sabía que la redacción se pondría en su contra, ella misma lo haría si alguien superior, salía en defensa de la becaria. Miró el reloj de su muñeca y descubrió sorprendida que era casi la hora de ultimar la publicación.

—No nos queda mucho tiempo — musitó mientras volvió a la lectura de su artículo.

—Pues manos a la obra... — respondió Victoria imitando a su jefa — entre las dos, terminaremos a tiempo.

Renata conocía los comentarios que rodaban por la redacción, no la incomodaban, pero tampoco resolvían sus dudas. Se había fijado como todos miraban a Victoria, algunos de ellos incluso destilaban deseo en sus miradas atrevidas. Ella estaba siendo fría y distante con la nueva becaria, sabía que, si bajaba sus defensas, corría el peligro de buscar su consideración y perderse en el camino. Renata estaba muy lejos de ser la mujer lesbiana estereotipada que todos pensaban. Era femenina, sexy y sensual de forma natural, siempre llevaba tacones y la mayoría de veces, vestía con camisa ajustada y americana hecha a medida. Sin embargo, Victoria era seductora por naturaleza y la cabeza de Renata parecía un avispero cada vez que estaba cerca de ella. ¿Qué tenía la becaria que agitaba su respiración con su simple presencia? Siempre resultaba ser amable con el resto de compañeros, era resolutiva en su trabajo, por más que la pusiese a prueba. Su sangre hervía al descubrir que no cometía imprudencias. Victoria era natural, sin dobleces y Renata continuaba observándola desde su despacho, sin reconocer lo que comenzaba a remover en su interior. Fijó su mirada en los documentos que había sobre su escritorio y sonrió tímidamente al pensar en los labios de Victoria. Dos golpes en su puerta, la sacaron de sus pensamientos.

—Vete — dijo al descubrir con sorpresa a la persona plantada en su puerta.

—Solo quiero hablar — respondió Sara con las manos en alto en señal de paz — no respondes a mis mensajes.

—Y te has plantado en mi puerta, porque no has pillado la indirecta.

—No me has dejado otro remedio...

Sara continuaba plantada en la puerta, quería ser prudente antes de entrar y darle un motivo para echarla.

—Vete... — levantó la mirada de los documentos sobre su mesa — no me obligues a llamar a seguridad.

—Por favor... — hizo un puchero infantil — dame dos minutos.

—De acuerdo... — cerró la carpeta y le hizo una señal para que entrase en su despacho — dos minutos.

Sara dio dos pasos y cerró la puerta con cautela, debía pensar bien cada paso que daba, quería aprovechar la oportunidad que Renata le acababa de conceder.

—Habla.

Sara dio un respingo al escuchar la voz ordenante de Renata.

—¿Así?

—El tiempo pasa...

Sara caminó deprisa hasta la silla frente a ella y se sentó sin decir nada, simplemente fijó sus ojos en Renata.

—Vale, vale... — carraspeó y buscó las palabras correctas — No dejo de pensar en tus manos... — se inclinó hacia delante — en tus besos...

—¿Dónde quieres llegar? — se apoyó en su respaldo y se cruzó de brazos.

—No te he olvidado Renata — dijo sin titubeos.

—¡¡Vaya!! — soltó varias carcajadas — no me hagas reír...

—Hablo en serio.

—¿Cómo también hablabas en serio con las fulanas con las que te acostabas?

—Ninguna ha sido como tú.

—De eso, estoy segura — volvió a reír.

—Nada ha cambiado en mí — intentó acercarse a ella, pero el gesto de Renata frenó sus intenciones.

—Todo ha cambiado.
—¿Has conocido a alguien?
—Tus dos minutos han terminado — señaló la puerta — te agradecería que te marchases.
—¿Quién es ella?
—Eso no es de tu incumbencia.
—¡¡Claro que lo es!!
—Sal de mi despacho... — se puso de pie — ¡¡Ya!!

Victoria se quedó estática al escuchar los gritos que salían del despacho de Renata, se aferró a la carpeta que llevaba entre sus manos y miró con temor hacia su destino, quedándose a tan solo dos metros de llegar. Renata abrió la puerta de su despacho con más ímpetu de lo normal y, sin dejar de mirar a Sara, le hizo varios gestos para que se fuese. La fotógrafa salió remugando y musitando varios insultos mirando fijamente a Renata, pasó junto a Victoria sin ni tan siquiera darse cuenta de su presencia, ella se quedó inmóvil en medio del pasillo y fue testigo de cómo Sara abandonó la redacción hecha una fiera. Pero en ese preciso momento, Renata desvió su atención y descubrió a Victoria plantada en medio del pasillo. Se fijó en sus ojos y su mirada se clavó en el verde esmeralda de los ojos de la becaria, ambas se quedaron fijamente mirándose sin mediar palabra. Victoria sintió como un escalofrío recorrió su espalda sacudiendo su conciencia, el brillo que lucía Renata en su mirada, activó sus alarmas, esos gritos escondían una historia más profunda de lo que parecía a primera vista. Tragó saliva decidida a avanzar hasta alcanzar el despacho de Renata, fue capaz de dar cuatro pasos antes de que ella cerrase la puerta con bastante ímpetu. El ruido que hizo su puerta, dejaba claro que no quería que nadie la molestase. A Victoria no le quedó más remedio que girar sobre sus talones y volver a su mesa. Quizá probaría suerte más tarde.

Para Victoria era la primera vez que ocultaba su verdadera identidad, pero le estaba gustando más de lo esperado. Durante sus años en la universidad, disfrutó de alguno de los privilegios que iban ligados a su apellido y lo aprovechó en muchas ocasiones. Ella sonreía mientras sus pasos la acercaban, cada vez más, al edificio donde se encontraba la redacción del periódico. Esa mañana se acordó de su abuela, sabía que no estaría nada de acuerdo con la decisión de ser la becaria de su propio periódico, ella diría que sería una traición a un apellido como el suyo. Pero para ella, esto estaba siendo un sueño hecho realidad.

Se encontraba a tan solo unos metros de la entrada al edificio y, desde su posición, descubrió como Renata bajaba de un taxi y caminaba hacia la entrada. Victoria detuvo sus pasos y esperó a que ella entrase primero y así poder evitar el primer encontronazo del día. No se sentía capaz de lidiar con ella sin su primer café sagrado. Una vez que Renata desapareció de su campo de visión, aceleró sus pasos y cuando cruzó la enorme puerta de cristal, saludó muy educadamente

al portero como cada mañana. Sin dejar de sonreír, continuó sus pasos hasta llegar a los ascensores y, de reojo, observó como Renata estaba hablando con dos hombres vestidos con trajes a medida a un lado de los ascensores. Victoria apresuró sus pasos para entrar en el ascensor, era el momento perfecto para escabullirse entre la gente que entraba y salía sin que Renata se percatase de su presencia. Respiró profundo cuando se sintió a salvo en el interior del cubículo, presionó varias veces el botón con una insistencia absurda, por más veces que presionase el botón, el ascensor no iba a aumentar su velocidad. Taconeo por su impaciencia y se sujetó a su bolso con más fuerza, el día anterior había sido agotador, así que, hoy necesitaba su café más que nunca. De repente, escuchó unos tacones que se aproximaban a ella, sin duda era Renata acercándose al ascensor. Ella se colocó estratégicamente detrás de un señor mayor con sombrero y fingió no verla. Renata sonrió al descubrir que ni tan siquiera sabía disimular, dio un paso a la derecha y se colocó junto a ella, pero no dijo nada. Ambas podían jugar al mismo juego. El ruido de las puertas del ascensor abriéndose en su planta, fue lo único que rompió el silencio que se instaló entre ellas. La primera en entrar en la redacción fue Victoria, caminó hasta el final del pasillo y giró sobre sus talones dando media vuelta, pero para su sorpresa, se quedó de frente a tan solo unos centímetros de Renata, que había seguido sus pasos con sigilo. La fortuna hizo que no estuviesen a solas en el ascensor, aunque ninguna estaba segura de si eso era algo bueno o malo.

—¿No vas a saludarme? — musitó Renata con una sonrisa llena de picardía.

—¿Depende? — Victoria se cruzó de brazos marcando la distancia entre ellas — ¿Estás de mejor humor que ayer?

—¿Qué tiene que ver eso para ser educada?

—Nada en realidad... — Victoria puso los ojos en blanco — pero sospecho que necesito una doble ración de café para lidiar con tus exigencias tan pronto.

El silencio reinó entre ellas, hasta que Victoria emprendió su camino y pasó por su lado desprendiendo arrogancia. Renata ensanchó su sonrisa ante el descaro de la becaria, nadie podía negarle su valentía al no dejarse amedrentar por su propia jefa. Aprovechó su posición para observar la silueta de la nueva becaria mientras se alejaba hacia la sala de descanso, debía reconocer que no estaba nada mal. Varias ideas, casi perversas, golpearon su mente, su sonrisa se hizo tan pícara que le resultó casi imposible ocultarla. Sin embargo, Victoria se centró en sus pasos para intentar calmar su respiración, haber tenido a Renata tan cerca, solo había provocado un sentimiento de tensión y alerta. No confiaba en sus buenas intenciones, sabía que, en cualquier momento, abriría la boca y desataría una tormenta que la torturaría todo el día. Así que cada una tomo su camino, quizá por diferentes razones, pero con el mismo objetivo, que su humor no cambiase tan temprano.

Victoria estaba concentrada en dos artículos que le había pedido Renata para esa misma edición, según ella eran de carácter urgente. Ya casi había terminado, pero buscó varios artículos sobre leyes para comprobar que los datos que describía eran los correctos. Lo último que necesitaba era una lección de como escribir. Estaba tan centrada en su lectura que no escuchó como una redactora llamaba su atención.

—Tierra llamando a Victoria — la redactora le golpeó suavemente en su hombro — ¿Hola?

—Perdona... — sonrió — estaba muy concentrada.

—Ya lo veo — le entregó unos documentos — estos son dos artículos que salen para la edición de esta tarde, ¿se los puedes entregar a Renata? — sonrió — yo tengo que salir a cubrir

una noticia.

—Claro, yo me apaño.

—¿Segura? — ensanchó su sonrisa — ¿Podrás manejar a la redactora jefa o es demasiado intimidante con la nueva becaria?

—Podré manejarla — respondió con seguridad — confía en mí, sabré como manejar a la bruja de la jefa.

Victoria se levantó de su mesa y caminó hacia el despacho de Renata, el primer impulso fue abrir sin llamar, pero pensar en la respuesta que podría obtener por culpa de su carácter, frenó su intención. Levantó la mano para golpear la puerta, pero antes de que fuese capaz de hacerlo, la puerta se abrió.

—¿Victoria? — Renata se sorprendió al verla plantada en su puerta — ¿Querías algo?

—¿Eh? — dio un paso atrás — no, solo quería hablar del tiempo con alguien — dijo con notas de desdén.

—¿Qué quieres? — se cruzó de brazos.

—Entregarte los artículos — le mostró los documentos que llevaba en la mano.

Renata dio un paso atrás y le hizo varios gestos para que entrase a su despacho. Victoria entró y al pasar junto a ella, todos sus sentidos se intensificaron, sería capaz de reconocer su perfume entre otros. Renata se quedó quieta en el mismo sitio, tan solo se movió para cerrar la puerta y desde su posición, observó como Victoria caminó hasta su mesa, el movimiento de sus caderas despertó varias alertas en su interior. Sonrió al sentir un deseo instantáneo por la becaria. Era una situación tan tentadora como pecaminosa. Su parte más primitiva, formaba imágenes muy tentadoras en su mente, pero su parte racional le recordaba que no podía ser.

—Una de las redactoras me ha dado este artículo... — lo dejó sobre la mesa antes de sentarse en una de las sillas — y aquí tienes los dos artículos corregidos que me pediste esta mañana.

—Un momento... — se colocó frente a ella apoyada en su mesa — ¿Por qué una redactora te da un artículo a ti?

—Sabía que tenía que entregarte estos también...

—Pero eres mi becaria... no la de las redactoras de ahí fuera.

—No soy tú nada... — se levantó — soy la becaria del periódico.

—Pero soy tu jefa y harás lo que yo te diga.

Victoria apretó la mandíbula, tuvo que hacer un sobreesfuerzo para no revelar la verdad ahí mismo, pero en el fondo no quería. No podía revelar la verdad sobre su situación en medio de una discusión, la tensión del momento se extendería durante el resto de la relación y así no iba a poder dirigir el periódico. No dijo nada más, por miedo a que su subconsciente la traicionase, salió de su despacho sin mediar palabra.

CAPÍTULO 4

La falta de comunicación
puede acabar con una relación.

Victoria se escapó al despacho de Paola, necesitaba huir de la redacción por unos minutos y su amiga era la mejor opción. Entró y cerró la puerta con pestillo, esta vez necesitaba de verdad un momento a solas con su mejor amiga.

—¿Esto es una llamada de socorro? —preguntó Paola sin apartar la mirada de la pantalla de su ordenador.

—Solo necesitaba un momento alejada de la bruja...

Victoria caminó lentamente hasta llegar a la silla que había frente a su amiga, la movió y no se sentó, literalmente, se dejó caer. Gesto que no pasó desapercibido para Paola que, desvió su atención, y se fijó en el lenguaje corporal de su amiga.

—Termina ya con toda esta farsa.

—No quiero — hizo una mueca infantil — se ha convertido en todo un reto para mí.

—Esto no puede acabar bien... — la miró fijamente — lo sabes, ¿verdad?

—Yo lo único que sé... — se inclinó hacia delante — es que esta noche tú y yo, saldremos de fiesta.

—¿Y qué te hace pensar que aceptaré ese plan?

—Porque tengo entradas VIP para el local ese que tanto te gusta — sonrió ampliamente.

—Bien... — cerró su agenda y miró fijamente a su amiga — pero pagarás todas las copas.

—Todas.

Ambas sonrieron. Trabajar juntas después de los años que estudiaron en la universidad, les daba la oportunidad de volver a disfrutar de la amistad que las unía tantos años después.

Paola y Victoria se conocieron el fin de semana después de que Victoria rompiera con su novio Julián, un compañero de instituto que conoció con tan solo dieciséis años y el primer año de universidad, se dio cuenta de que era una relación condenada al fracaso. Paola fue su apoyo durante todo ese tiempo y le enseñó que debía ser fiel a sí misma. Años después, tuvo la valentía de dejar atrás ese sentimiento de encontrarse enjaulada mientras vivía bajo el yugo del apellido de su familia y Paola era la compañera perfecta para un viaje así.

—Vamos Victoria, esta noche solo existe tiempo para la diversión — dijo Paola cuando bajaron del coche en la puerta del club.

Victoria asintió y lució su mejor sonrisa, su amiga tenía razón, la noche les pertenecía y debía aprovecharla.

—Este local está de moda y viene lo mejorcito de cada casa... — Paola arrastró a Victoria hasta la entrada — seguro que está lleno de chicos que nos alegraran la noche — ambas sonrieron y entraron contoneando las caderas de manera muy intencionada.

El local estaba abarrotado de gente joven luciendo sus mejores galas, todos bailaban al ritmo de las últimas novedades musicales y con una intención clara de seducir con cada uno de sus movimientos. Por alguna extraña razón, para Victoria era un ambiente intenso y nada apetecible.

—¿Podemos beber y bailar? — preguntó a su amiga — sin ningún tipo de expectativa...

—¿Quién eres tú y dónde está mi amiga?

—Soy la que necesita una sesión de risas y bailes con mi amiga... — miró a su alrededor — no me apetece que ligan con alguien y me dejes sola...

—¿Por qué crees que voy a ser yo quién ligue? — Paola le hizo un disimulado gesto con la cabeza — ese chico de ahí, no ha dejado de mirarte desde que hemos entrado.

—No es mi tipo — respondió Victoria antes de beber de su copa sin ni tan siquiera mirar al chico.

—Ya... — sonrió ante el desdén de su amiga — busquemos una mejor opción...

Paola se apoyó en la barra y sus ojos recorrieron el lugar en busca de algún galán que encajase con las exigencias de su amiga. De vez en cuando, señalaba a algún chico para molestar a Victoria, la noche fue transcurriendo entre bromas y risas. A pesar de que la idea inicial era divertirse y salir a bailar, la conversación animada entre ellas, las llevó a quedarse junto a la barra y reírse de las tonterías más absurdas. Sin embargo, a pesar de su indiferencia por el resto de las personas que estaban en el club, no las libraba de algún chico insistente en conocerlas

invitándolas a tomar algo.

—¿Por qué no entienden las indirectas? — musitó Victoria cuando consiguió alejar al sexto chico que preguntaba por su nombre.

—No los puedes culpar... — Paola la miró de arriba abajo — llevas un vestido que grita las ganas que tienes de follar.

—En eso no estoy de acuerdo — intentó disimular sin mucho éxito su sonrisa — este vestido solo resalta mi cuerpo trabajado... son ellos los que salen con la intención de follar a toda costa... — bebió de su copa — ya no se trabajan ni el discurso para ligar.

—¿En serio? — Paola entrecerró los ojos — ¿Qué te pasa?

—A mí, nada... — se dio media vuelta y observó a la gente que bailaba en medio de la pista — estoy cansada de escuchar siempre lo mismo... de los mismos halagos vacíos... de las mismas intenciones de llevarme a la cama y luego si te he visto no me acuerdo... ya sabes a lo que me refiero — volvió a beber de su copa sin dejar su mirada en un punto fijo.

—Siempre sé a lo que te refieres... pero estás irreconocible.

—Quiero una vida diferente, eso es todo.

—Tú has conocido a alguien — exclamó con sorpresa.

Victoria no se molestó ni en afirmar o desmentir la conclusión a la que había llegado Paola, simplemente, volvió a beber de su copa y sonrió mirando hacia el lado opuesto evitando, a toda costa, que su amiga fuese capaz de descubrir el brillo que la delataba en su mirada.

Victoria apresuró sus pasos, esos cinco minutos más desperezándose en la cama después de sonar la alarma, la retrasaron más de lo que pensó. Era un día lluvioso y lo último que le apetecía era salir de la cama. El tráfico era un caos, siempre sucedía en los días lluviosos, cruzó la calle corriendo a pesar de que el semáforo parpadeaba, necesitaba recuperar algunos minutos para no llegar tarde. Un señor con gabardina abrió la puerta y Victoria se coló con rapidez agradeciéndole el gesto, por fin podía resguardarse de la lluvia. Continuó caminando deprisa hasta llegar al ascensor, apretó el botón y cuando las puertas se abrieron, se llevó la primera sorpresa del día.

—¡Buenos días! — Renata saludó con bastante ímpetu.

—Buenos días... — respondió intentando recuperar su respiración normal.

—Señorita becaria... — miró su reloj — se nos han pegado las sábanas...

—Yo podría decir lo mismo de usted — Victoria entró y se colocó a su lado.

Renata la miró de arriba abajo y observó que su ropa estaba empapada, sonrió porque por su mente pasó una idea algo arriesgada. Apretó el botón de emergencia y detuvo el ascensor, dio un paso y eliminó la mitad de la distancia que existía entre ellas.

—Señorita Olmedo, ¿qué le hace pensar que me puede desafiar cómo lo hace?

Victoria la miró fijamente a los ojos, volvió a descubrir una tonalidad nueva de aquel azul que la tenía tan ensimismada. Guardó silencio durante unos segundos, intentando descifrar las intenciones de su jefa, ya que le sorprendió que fuese capaz de recordar su apellido, cuando ni tan siquiera acertaba su nombre dos veces el mismo día.

—¿Le parece un desafío? — dio otro paso acortando un poco la distancia entre ellas.

—No me busque señorita Olmedo... — se acercó un poco más — no le interesa encontrarme.

—Pues yo creo que quien me busca es usted a mí — Victoria dio un paso más y ambas sintieron como sus alientos se mezclaban por la cercanía.

Renata enarboló una sonrisa ardiendo en picardía y sus ojos comenzaron a oscurecerse, su corazón se saltó algún latido y su conciencia comenzaba a advertir que estaba en peligro. Se

inclinó un poco más y observó como el pecho de Victoria comenzaba a subir y bajar de forma violenta. ¡Perfecto! Estaba causando el efecto que buscaba en ella, era capaz de ponerla nerviosa. Estiró el brazo y volvió a apretar el botón de emergencias y, así, poner el ascensor en marcha. Victoria se quedó completamente estática cuando sintió el calor que desprendía el cuerpo de Renata tan cerca del suyo, estaba tan concentrada en mantener sus cinco sentidos en alerta, que no fue capaz de percibir como se movía el ascensor de nuevo.

—Señorita, debería cambiarse de ropa o cogerá un buen resfriado — susurró cerca de ella.

—¿Ahora está preocupada por mi salud?

—Me preocupo por las bajas de mi periódico.

Y tras esas palabras, Renata salió del ascensor cuando se abrieron las puertas, Victoria necesitó unos segundos para recuperarse. ¿Qué demonios tenía esa mujer que la ponía tan nerviosa? Dio los pasos necesarios hasta llegar a su mesa y dejar sus cosas, inconscientemente, miró hacia el despacho de Renata para comprobar que todo lo que había sucedido no era una fantasía. Se fue directa hacia la sala de descanso, esperaba encontrar alguna prenda de publicidad que le sirviese para salvar el día. Recordó que, en una de las cajas sobre la estantería, había varias camisetas estampadas con la publicidad del periódico para una carrera benéfica. Su camisa continuaba adherida a su cuerpo, de tal manera que se transparentaba su ropa interior. Cuando desabrochó el último botón, oyó como la puerta se abrió y por inercia se dio media vuelta para encontrarse cara a cara con Renata. Ella al descubrir el cuerpo de Victoria semidesnudo, cerró la puerta y se apoyó en ella para impedir que alguien más pudiese verla en esa tesitura. El silencio reinó en la sala durante varios segundos, Renata se relamió los labios al ver semejante imagen frente a ella. Victoria se quitó la camisa sin bajar la mirada, era una clara declaración de intenciones y Renata era capaz de declararse adicta de aquellas curvas. La sensualidad con la que Victoria fue capaz de quitarse la camisa completamente empapada con una lentitud violenta, hizo que la necesidad que sintió en el ascensor minutos antes, creciese de forma exponencial. Los instintos primarios de su organismo dominaban su cuerpo y Renata era incapaz de moverse ni un ápice, sentía en su interior una necesidad en estado puro que hacía mil años que nadie provocaba.

—Si has venido a exigirme que ordene, corrija y archive más artículos...

—Solo he venido a por un café... — miró hacia la cafetera — eso... mi café.

Caminó dos pasos y se dio media vuelta, necesitaba desviar su atención del cuerpo de Victoria o no podría responder por sus actos.

—Hoy te ves... — musitó Victoria acercándose un poco a ella de forma intencionada — diferente... no has gritado todavía... ¿Has dormido bien?

—Se llama calma... — Renata miró de arriba abajo a Victoria que, aunque ya estaba vestida, su mente era capaz de recordar a la perfección su cuerpo semidesnudo — y me ha costado varias tormentas conseguirla.

Le guiñó un ojo y salió de la sala de descanso apresurando sus pasos, sintiendo la necesidad de refugiarse en su despacho.

—Victoria, te estaba buscando... — Renata llegó hasta su mesa con varias hojas en su mano — necesito que revises estos artículos... los quiero para la edición de esta tarde — los dejó caer

sobre su mesa.

Victoria observó aquel montón de hojas sobre su mesa y desvió su mirada hacía Renata completamente sorprendida.

—Pero... — sujetó el montón de folios — son muchísimos... no creo que tenga tiempo material para revisarlos todos...

—Solucíonallo — respondió Renata con un tono tajante y autoritario.

Renata giró sobre sus talones y caminó recorriendo el mismo camino que la había llevado hasta su mesa. Victoria se quedó moviendo la boca como un pez, ni tan siquiera le permitió negociar algo más de tiempo para poder revisarlos todos. No dijo nada más, solo la miró hasta que desapareció de su campo de visión, esa mujer tenía algo que la exasperaba, pero al mismo tiempo, la cautivaba. Gruñó de rabia, cogió el montón de folios entre sus manos y siguió los mismos pasos que había dado Renata para llegar hasta su despacho.

—¡Adelante! — dijo Renata al escuchar como alguien golpeaba en su puerta.

—Renata... — Victoria entró decidida a hacerla entender que no podía disponer del tiempo suficiente para entregar todos aquellos artículos corregidos para la edición de esa misma tarde — creo que no eres consciente de la cantidad de artículos que me acabas de entregar...

—No hace falta que me los enseñes... — la miró fijamente — conozco todos esos artículos.

—Entonces, te habrás dado cuenta de que es imposible corregir esta cantidad de artículos para esta misma tarde.

—Pues habrá que hacerlo, esto no es negociable.

La actitud intransigente de Renata comenzaba a irritar a Victoria, tuvo que respirar tres veces antes de volver a hablar para no enzarzarse en una discusión.

—No hay tiempo material para entregar todo esto, esta misma tarde — Victoria dejó el montón de folios sobre la mesa de Renata — las prisas pueden jugarme una mala pasada y publicar algo con errores...

—Pues habrá que encontrar una solución... es muy importante publicar sin errores.

Victoria observó detenidamente los gestos de Renata y a pesar de su altanería, su mirada reflejaba algo que la desconcertaba. Su actitud de mujer empoderada y segura de sí misma, batallaba con una mirada inocente y un brillo que parecía que gritaba socorro. Sin saber por qué, Victoria bajó las armas y cedió ante la descabellada petición de su jefa.

—¿Tienes tiempo ahora para que, entre las dos, veamos cómo solucionarlo? — el tono de Victoria bajó dos tonos y sonaba conciliador con destellos dulces. Algo la removió por dentro.

—Sí... — Renata guardó varias carpetas que había sobre su mesa y le indicó con la mano que tomase asiento frente a ella — ¿por dónde quieres empezar?

—Podríamos seleccionar los más interesantes y empezar a corregir por ahí... — levantó la mirada y se fijó en la profundidad de sus ojos — así nos aseguramos que en la edición de hoy salgan los más importantes y el resto los puedo corregir mañana a primera hora...

—De acuerdo... — Renata lució una sonrisa de medio lado, no fue capaz de continuar con su actitud intransigente ante la dulzura de Victoria.

Por su parte, Victoria se fijó en el característico brillo de su mirada, podía fingir con sus palabras y con sus actos, pero ese brillo no podía mentir. El periodismo era su fascinación y ella tuvo claro que le estaba prestando toda la atención sobre sus ideas de cada artículo.

Renata sentía que cada palabra que Victoria pronunciaba, describía una parábola casi perfecta hecha con sus labios. La sensualidad de su voz, la tenía cautivaba y sentía que era incapaz de prestar más atención a su voz que a sus gestos. Su respiración se cortaba cuando su corazón se olvidaba de latir cada vez que sus dedos se rozaban mientras compartían el mismo artículo.

Guardó silencio y la miró a los ojos, descubriendo un mar vasto de calma y sus labios dibujaron un atisbo de sonrisa. Su cordura le gritaba tiempo muerto porque todo su sistema nervioso amenazaba con colapsar. Así que, de repente, le pidió que se marchase de su despacho y que fuese ella misma quién decidiese que artículos publicar para la edición de ese mismo día. Renata sintió vértigo al sentir como todo su organismo al completo, comenzaba a descontrolarse por la simple presencia de tener a Victoria tan cerca.

—Lo siento, pero tengo que hacer varias llamadas... — hacía gestos descoordinados sin ningún sentido — tendrás que seguir tú sola y espero que lleguen a tiempo para la publicación.

—Eres insufrible... — renegó Victoria mientras recogía todos los artículos visiblemente molesta.

Renata no pronuncio ni una palabra, se limitó a quedarse inmóvil en su silla y a observar como Victoria salía de su despacho completamente endemoniada.

—¡Mierda! — susurró maldiciendo su incapacidad por dominar sus sentimientos.

Pasaron varias horas antes de que se atreviese a salir de su despacho, tuvo que respirar varias veces antes de poder girar el picaporte de su puerta. Nunca le había resultado todo un reto salir a la redacción. Miró de reojo hacia la mesa de Victoria y no la vio sentada en su sitio, hizo un gesto de sorpresa y la buscó con la mirada por toda la redacción, pero al no encontrarla por ningún lado, pensó enseguida donde podría encontrarla.

—Estás aquí... — dijo al entrar en la sala de descanso y descubrirla apoyada sobre la mesa y bebiendo de su café — necesito que aclaremos el tema de los artículos...

—Tranquila... — dio un largo sorbo a su café — te manejas bien en la incertidumbre...

—¿Eso ha sido una manera educada de decir que te da igual? — preguntó curiosa, pero divertida.

—Chica lista — fingió una sonrisa y salió de la sala de descanso.

—Victoria — llamó su atención para que se detuviese — si te cargo de trabajo es porque considero que eres capaz — su tono cambió y su voz ya no vacilaba

—Esa cantidad de artículos no es una carga... — se dio media vuelta y la miró fijamente — es un castigo.

—¡Vaya! Esperaba que no lo vieses así... — la observó de reojo y descubrió con qué suavidad se mordió el labio inferior — te voy a dar dos días más para poder terminar...

—No quiero ningún tipo de favoritismo.

—¿Por qué iba a tener favoritismo hacia ti?

Victoria fue a pronunciar las palabras que la delatarían por completo frente a Renata, pero su cordura la frenó a tiempo antes de meter la pata. Así que, no dijo nada y simplemente se quedó callada. Bajó la mirada e ignoró si Renata deseaba continuar con la conversación, estuvo a punto de desenmascararse ella misma, así que no le convenía continuar hablando. Renata ladeó la cabeza y pensó que su silencio era desafiante como mínimo, pero tampoco le interesaba otra pelea con ella, giró sobre sus talones y decidió volver a su despacho.

Como cada mañana, comenzaron a llegar todos los redactores, a ninguno le sorprendió descubrir que la luz del despacho de Renata, estaba encendida. Entre ellos murmuraban que era como si no tuviese casa, que vivía en el periódico, incluso, las malas lenguas, comentaban que ni tan siquiera dormía. Parecía ser descendiente de los vampiros. Victoria llegó quince minutos más tarde de su hora de entrada, la noche había sido más larga de lo normal, pero ese detalle no pasó desapercibido para Renata.

—¡¡Victoria!!

Ella levantó la cabeza de su mesa al escuchar como gritaba su nombre y miró hacia el despacho de su jefa, pero lo último que le apetecía era una bronca a primera hora de la mañana. Se levantó e hizo algo contra todo pronóstico, ignoró el grito de su nombre y caminó hacia la sala de descanso, necesitaba urgentemente su dosis de café antes de soportar el mal humor de Renata.

—Te he llamado — dijo Renata cuando entró en la sala de descanso — ¿no me has oído?

—Claro que te he oído... — bebió de su café sin apartar sus ojos del punto fijo donde miraba — toda la redacción te ha oído.

—¿Entonces?

—Entonces, necesitaba mi dosis de café para soportarte tan temprano.

Renata sonrió, se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—Muy bien.

—¿No quieres café? — Victoria señaló la taza de café — te vendría bien para apaciguar ese carácter tan... tan...

—¿Amable? — respondió con una sonrisa.

—Eres muchas cosas, pero amable lo que menos.

—Para ser una simple becaria... eres demasiado...

—¿Inteligente? ¿Divertida? ¿Guapa? ¿Increíble?

—Sí, todas esas cosas y además eres bastante prepotente... — cambió de postura — quiero corregido el artículo sobre el concejal en mi mesa antes de media tarde — giró sobre sus talones y salió de la sala de descanso.

—Contigo he descubierto la larga distancia que hay entre nosotras cuando te tengo al lado... — musitó sobre el borde de su taza de café mientras observaba como se alejaba de ella.

—Vale chicos... — Renata cogió el rotulador y empezó a hacer un esquema en la pizarra sobre la repartición de artículos — en la portada saldrá la foto del concejal Rivera saliendo del restaurante donde tuvo una supuesta reunión secreta con el empresario de dudosa reputación...

— continuaba escribiendo — dentro pondremos las fotos de archivo que tenemos de él en su despacho y la entrevista del empresario con quien se supone que mantiene negocios turbios...

—¿Pondremos una foto de él también? — preguntó uno de los periodistas.

—No, no quiero parecer una publicación amarillista...

La risa de Victoria interrumpió su explicación, Renata se dio media vuelta y le dedicó su mirada más inquisidora. Nunca nadie se había atrevido a desafiarla de esa manera.

—¿Tienes algo que decir? — le preguntó directamente y con una actitud desafiante.

—Si pones la entrevista del empresario y las fotos del concejal Rivera, das por hecho que esos supuestos negocios, son ciertos y te enfrentarás a una demanda contra un político de primera categoría y un empresario con muchos contactos y recursos.

Renata dejó el rotulador y caminó hasta donde estaba Victoria plantada, la sujetó del brazo y la condujo, empujándola suavemente, hasta llegar al almacén que había justo detrás de ellas.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo? — musitó Renata con los dientes apretados una vez se quedaron a solas en la intimidad del almacén.

—Solo estaba dando mi opinión... — dijo Victoria con la cabeza bien alta.

—¿Tu opinión? — comenzó a reír fuerte — ¿y debo hacer caso a la experiencia de una becaria? ¡Vamos! No me hagas reír...

—A ti... — Victoria la señaló con el dedo — lo que te pasa, es que no consientes que te lleven la contraria — continuaba golpeando el pecho de Renata con su dedo a cada palabra — y jamás vas a reconocer que estás equivocada.

—Es gracioso escuchar eso de una simple becaria.

Victoria comenzó a elevar su nivel de enfado.

—Nunca pensé que un periódico de esta categoría podría estar dirigido por una tirana como tú.

—¿Tirana? — Renata dio un paso más, eliminando un poco más la distancia que había entre ellas — todavía no has visto todo mi poder.

Sus ojos azules se fueron transformando en color oscuro a medida que Victoria continuaba pronunciando cada palabra. La intensidad de sus miradas era electrificante. Una batalla de poder estaba naciendo entre ellas, pero ahora había que definir las estrategias de cada una para liderar la guerra.

—Adelante — Victoria dio un paso más y eliminó tanto la distancia entre ellas, que sus alientos se mezclaban — no te tengo miedo.

Renata movió sus labios como un pez, pero no salió de ellos ningún sonido. Era capaz de sentir el calor que desprendía su cuerpo y, entonces, en ese preciso momento, fue consciente de la poca distancia que existía entre ellas. Victoria continuaba en la misma posición, la discusión había llegado muy lejos y ahora no iba a retroceder ni un paso. Un silencio tenso las envolvió durante unos segundos donde ninguna de las dos hizo ningún gesto, tan solo se miraban fijamente. De repente, Renata se inclinó como si una fuerza irrefrenable la empujase hasta sus labios, fundiéndose en un apasionado beso. Era como si las dos lo desearan desde hace tiempo, así que ninguna rechazó el impulso y se dejaron llevar. Las manos de Renata se posaron sobre su cadera y acercó su cuerpo todo lo que pudo al suyo. El cuerpo de Victoria se estremeció al sentir su calor de tan cerca, sus piernas se tambalearon ligeramente y ella rodeó su cuello con los brazos en busca de estabilidad. No podía arriesgarse a perder el equilibrio y terminar con un beso como ese. Todo lo que sucedía a su alrededor desapareció, Victoria podía jurar que, durante los instantes que duró el beso, su mente era incapaz de recordar ni su nombre. Todos sus sentidos se bloquearon, su cordura abandonó su cuerpo y su mente cayó en un estado irracional

descubriendo que no era dueña de su cuerpo. Su piel solo obedecía bajo el tacto de las manos de Renata, sintió como sus dedos eran capaces de llevarla a un limbo con solo recorrer suavemente su piel. La guerra entre sus bocas tenía un sabor agridulce, la suavidad de sus labios era una sensación nueva, pero la intensidad de su lengua para doblegarla ante sus deseos, era indescriptible.

—No creas que esto cambia las cosas... — musitó sobre sus labios cuando se separaron por la falta de aire — la jefa sigo siendo yo — volvió a besarla — no me vuelvas a desafiar.

Renata giró sobre sus talones y se marchó de allí sin decir nada más. Victoria necesitó unos minutos más para calmar el huracán de sensaciones que revolucionaba su interior de una forma violenta. Jamás pensó que una mujer fuese capaz de hacerle sentir tanto, así que su cabeza parecía un avispero intentando gestionar, de la manera más correcta, todo lo que se estaba despertando en ella. Salió de allí con la mirada baja, en un intento desesperado por disimular el color rojo que teñía sus mejillas. El calor se había apropiado de su cuerpo después de vivir un momento tan intenso como ese. Durante un buen rato, no fue capaz de concentrarse en nada más y cuando sintió la frustración por no poder adelantar su trabajo, fue directa a buscar refugio en su única aliada en el periódico.

CAPÍTULO 5

Cualquiera puede regalarte flores,
pero no cualquier puede hacerte florecer.

—¿Qué me estás contando, Victoria? — Paola se quedó completamente sorprendida ante la confesión de su beso con Renata — ¿Te has enamorado de Renata?

Victoria la había arrastrado hasta las escaleras para poder tener intimidad y que nadie las descubriese hablando sobre lo sucedido.

—Paola, no digas tonterías... — Victoria miraba por la ventana que daba a la calle

completamente despistada — te recuerdo que soy hetero, o ¿ya has olvidado mi lista de conquistas?

—No, no la he olvidado, pero jamás me has hablado de un hombre con tanta pasión como lo has hecho de un simple beso con Renata.

—No sé qué coño me pasa... — intentó ordenar sus pensamientos — pero cuando estoy con ella siento muchas cosas...

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas solo para adultos.

Victoria desvió su atención hacia su amiga y la miró fijamente, se quedó pensativa en sus propias palabras. Debía gestionar lo que acababa de confesar en voz alta. Si bien no era una revelación transcendental, sí que resultaba ser una confesión que escondía muchas connotaciones que aportaban complicaciones a su plan.

—Solo hay una forma de averiguar qué me está pasando... — musitó Victoria sin dejar de mirar a su amiga.

—¿En qué estás pensando?

—En la solución para resolver todo este caos — se acercó a ella y dejó un beso en su mejilla — y tú me vas a ayudar.

Victoria abrió la puerta de las escaleras y antes de salir, miró hacia los dos lados para comprobar que nadie la veía. Se alejó a paso ligero y volvió a refugiarse en su mesa entre artículos para corregir y archivar. Miró el gran reloj colgado en la pared y contó el tiempo que faltaba para salir, necesitaba con cierta urgencia, poner en marcha su plan para averiguar qué era lo que estaba sucediendo en su interior.

Faltaban cinco minutos para finalizar la jornada, un chico bien vestido, con el pelo peinado hacia atrás y media botella de algún perfume caro sobre su piel, hizo su aparición en la entrada de la redacción. El chico no pasó desapercibido para nadie, ya que todas las miradas cayeron sobre él, y algunas de ellas, escondían intenciones lascivas. Victoria recogió sus cosas y luciendo su mejor sonrisa, caminó hasta el despacho de Renata.

—Yo he terminado... — se apoyó sobre el marco de la puerta — si no necesitas nada más, me voy, ¿de acuerdo?

—Muy bien, hasta mañana — Renata hizo un gesto mal disimulado pretendiendo parecer poco interesada en ella.

Victoria ensanchó su sonrisa y caminó hacia el chico que continuaba plantado en el mismo sitio desde que llegó. Lo saludó de forma muy cariñosa, sin ser consciente de que Renata estaba siendo testigo desde su despacho. Ver a Victoria colgada del brazo de ese chico, provocó que su torrente sanguíneo subiese de temperatura.

Victoria salió de allí acompañada del guapo chico y antes de subir al ascensor, echó la vista atrás, comprobando satisfactoriamente que Renata la observaba curiosa. Su plan había funcionado. Ahora tocaba la parte más complicada del plan, averiguar que nombre debía ponerle al huracán que provocaba un caos en su interior.

Victoria llegó a la redacción como cada mañana, todavía faltaban veinte minutos para que la gente llegase a su puesto de trabajo. Le gustaba el silencio a esa hora de la mañana, era el ambiente perfecto para disfrutar de su café, pero esa mañana no lo estaba disfrutando como solía hacerlo. Las imágenes de la noche anterior bombardeaban su mente confundiéndola todavía más. Adrián, el chico que la recogió en la redacción la tarde anterior, casi era el chico perfecto, durante los dos últimos años, se había convertido como el amante eterno. Se veían en días

esporádicos, salían juntos a cenar y luego tenían una noche de sexo sin compromiso, pero anoche no fue así. Anoche fue muy diferente. Ni tan siquiera fue capaz de besarla como había hecho en otras ocasiones. Adrián tuvo el detalle de llevarla a su restaurante favorito, pero cuando pasó la mano por encima de la mesa para acariciar la suya, Victoria la quitó con tanta rapidez que pareció que le había dado un calambre. Su graciosa conversación, ya no le resultaba graciosa a Victoria, su apariencia de escultura griega, ya no le parecía tan deseable y sus labios ya no eran tan apetecibles. Victoria le dio una terrible excusa que no se hubiese creído ni un niño de cinco años y después de la cena se fue a casa. Cayó en los brazos de Morfeo por agotamiento casi de madrugada, se pasó varias horas observando como las sombras que entraban de la calle, iban cambiando de forma mientras se reflejaban en el techo. Solo una pregunta invadía su mente, ¿por qué deseaba que fuese Renata quién le cogiese de la mano por encima de la mesa?

Después de disfrutar de su café, miró el reloj que colgaba sobre la pared y descubrió que ya era la hora indicada, volvió a su mesa y no pudo evitar mirar hacia el despacho de Renata antes de sentarse. Descubrió que la luz estaba encendida y se preguntó si ya había luz cuando ella entró o era porque ella acababa de llegar. Respiró profundo vaciando sus pulmones por completo, no tenía muy claro cómo iba a gestionar el día que tenía por delante, quizá ya era hora de terminar con esta experiencia y ocupar el lugar que le correspondía, pero entonces ya no trabajaría codo con codo con Renata y eso era lo único que tenía claro que quería hacer ahora mismo. Quería seguir a su lado.

—¡¡Victoria!! — Renata la llamó desde su despacho.

Victoria levantó la vista de todos los artículos que tenía esparcidos sobre la mesa y observó como Renata estaba plantada junto a su puerta a la espera de que ella respondiese a su llamada. Se levantó de su silla y tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar la sonrisa que amenazaba con escaparse de entre sus labios. Entró en su despacho en silencio y se sentó en la silla frente a su escritorio. Renata cerró la puerta y pasó el pestillo con tanta delicadeza que apenas hizo ruido, luego bajó la persiana, consiguiendo así un ambiente de intimidad en el interior de su despacho. Se permitió el lujo de observar detenidamente a Victoria, comprobando que la belleza que desprendía en sus recuerdos durante toda la noche anterior, no eran de ciencia ficción. Eran reales. Mientras ella, continuaba a la espera de que fuese Renata quien rompiese el silencio, pero no era así y, la gran cantidad de paciencia que habitaba en su interior, resultaba ser de gran ayuda en estos casos.

—Bueno... tú dirás — Victoria se mostraba indiferente y eso era demasiado para Renata después de lo que había pasado entre ellas tan solo veinticuatro horas antes.

—¿Estás en condiciones de trabajar hoy? — preguntó colocándose detrás de Victoria.

—¿Disculpa? — se dio media vuelta para enfrentarla, hasta ese día había sido dura con ella, pero jamás había cuestionado su capacidad para el trabajo.

—Te vi cómo te ibas muy bien acompañada ayer... — Renata caminó hasta su silla y se sentó frente a ella — si necesitas el día libre para descansar...

—No gracias — se recostó sobre el respaldo muy molesta por sus insinuaciones — estoy completamente capacitada para desempeñar mi trabajo — se puso de pie con la intención de salir de su despacho.

—Espera, no hemos terminado — señaló la silla invitándola a sentarse de nuevo.

—Dime entonces — dijo con algo de desdén en su voz.

—Hoy sale la edición especial sobre moda... — comenzó a rebuscar entre los papeles sobre su escritorio — además tenemos el homenaje al entrenador de la selección de fútbol...

—¿En serio? — preguntó con media sonrisa llena de arrogancia — no creo que sea eso de lo

que quieres hablar.

—¿No? — Renata dejó los documentos y la miró — ¿y de qué piensas que quiero hablarte?

Victoria se inclinó sobre la mesa y con una mano, lanzó todos esos documentos hacía un lado para tener más espacio y poder inclinarse más sobre ella, eliminando casi por completo la distancia entre ellas.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que has cerrado la puerta con pestillo?

Renata sonrió y su mirada ardía en picardía al ser descubierta.

—Solo pretendía que nadie nos interrumpiese — se encogió de hombros.

—Ya... — Victoria ensanchó su sonrisa — pues entonces... — se pasó la lengua por su labio inferior — voy a volver al trabajo... tengo una jefa muy exigente.

Su respiración comenzó a agitarse y los gemidos ahogados que se escapaban entre cada una de sus palabras, provocó que el deseo de Renata aumentase de manera violenta. Los ojos de Renata se desviaron hacía su escote, en la postura en la que se encontraba Victoria, era imposible no fijarse en esa tentación. Victoria vestía una camisa blanca de cuello alto y bien almidonado, una falda negra de tubo por encima de las rodillas y unos zapatos de estilo italiano con unos tacones de vértigo, Renata no encontró el valor para alejarse ante tanta tentación.

De repente, el teléfono de Renata comenzó a sonar y sus miradas se desviaron hacia el pequeño dispositivo que descansaba sobre la mesa, tan solo desvió un segundo la mirada para comprobar de quién se trataba, pero al volver su atención a Victoria, descubrió una mirada suplicante para no responder. Pero ante todo pronóstico, Renata respondió al teléfono, así que, Victoria tomó ese gesto como un desafío. Sonrió mientras se volvía a poner de pie y sus miradas continuaban en una rivalidad por declarar a una vencedora, así que ninguna de las dos iba a dar un pie en falso. Renata continuaba con su conversación telefónica como si la despampanante imagen que tenía frente a ella, no le afectase ni lo más mínimo. Victoria se cruzó de brazos, visiblemente molesta por su mala educación, giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia la puerta, pero cuando su mano iba a coger el picaporte, el cuerpo de Renata se coló entre ella y la puerta. La miró sorprendida y ella mostró su sonrisa encantadora, pero para decepción de Victoria, todavía continuaba con el teléfono pegado a la oreja.

—Si claro Mendieta... — Renata pasó su dedo índice por el escote de Victoria mientras continuaba hablando por teléfono — podemos vernos la semana que viene... — desabrochó el primer botón de su camisa — el lunes me resultará imposible... — desabrochó otro botón mientras Victoria continuaba estática permitiendo que Renata continuase con su propósito de desnudarla sin dejar su teléfono — ¿qué te parece si almorzamos el miércoles? — desabrochó otro botón y le guiñó un ojo a Victoria — de acuerdo, reserva donde tú quieras... — desabrochó el último botón y abrió la camisa, dejando al descubierto un bonito sujetador de tela de encaje — de acuerdo, nos vemos el miércoles Mendieta — por fin colgó el teléfono — ¿por dónde íbamos? — guardó el teléfono en su bolsillo trasero del pantalón y colocó sus manos a cada lado de la cadera de Victoria.

—Tú acabas de quedar el próximo miércoles con un tal Mendieta... — colocó sus manos sobre la puerta, una a cada lado de la cabeza de Renata, asegurándose que se quedaba atrapada entre sus brazos — y yo tengo que terminar un artículo... — se acercó, peligrosamente, un poco más a sus labios — que la bruja de mi jefa me ha pedido para dentro de una hora.

Renata sonrió ante una descripción tan descarada sobre ella. Sus miradas vacilaban retándose como lo habían hecho ciento de veces en estas últimas semanas. Victoria mantuvo su postura, una actitud firme y segura, que acabó por reducir la valentía de Renata. Se dio cuenta de que, la mujer que tenía frente a ella, a escasos centímetros, era un rival a su altura. Ensanchó su sonrisa

y pensó que era el momento de atacar, de obedecer a sus instintos más primitivos y devorar esa boca por la que se bebía los vientos en los últimos días. Se humedeció los labios y comenzó a disminuir la distancia que existía entre ellas, observó que Victoria no se movió ni un milímetro y ella lo tomó como una invitación a hacerlo, pero cuando sus alientos se mezclaron, dos fuertes golpes en la puerta, detuvo todas sus intenciones.

—¿¿Qué quieres?!! — gritó con un tono molesto.

—Tenemos que revisar las fotos sobre la nueva ministra de igualdad... — dijo una voz al otro lado de la puerta.

Victoria se apresuró a abrocharse los botones de su camisa y a recolocar su ropa como si nada hubiese pasado.

—Ahora estoy ocupada...

—Pero las tengo que enviar antes de...

—¿De acuerdo!! — interrumpió Renata — en cinco minutos voy a tu mesa.

Victoria ensanchó su sonrisa y se cruzó de brazos, dio un paso hacia atrás, esperando el próximo movimiento de Renata, sin embargo, ella continuaba apoyada en la puerta impidiendo su salida. Renata fijó la mirada al suelo, de repente, sus zapatos eran más interesantes que enfrentar una conversación incómoda con la becaria del periódico. Su plan no había salido como esperaba, así que abrió el pestillo sin levantar la mirada del suelo y Victoria entendió el significado de ese gesto. Ensanchó su sonrisa y dio dos pasos hasta quedarse junto a ella, colocó dos dedos sobre su barbilla y la obligó a levantar la cara para poder mirarla a los ojos. Renata, tímidamente, la miró en silencio y su respiración desapareció cuando Victoria se inclinó y dejó un beso casto, pero lleno de intenciones, sobre sus labios.

—Si quieres besarme... hazlo — susurró sobre sus labios.

Y después de esa declaración de intenciones, abrió la puerta y salió de su despacho contoneando sus caderas de una manera demasiado sugerente. Renata sonrió y descubrió, en ese preciso momento, que la becaria ejercía un poder sobre ella que sería incapaz de controlar.

Victoria se fue directa a la sala de descanso, después de vivir un momento tan intenso con Renata, necesitaba su dosis de café para apaciguar sus nervios. Solo la cafeína podía devolverle el temple que necesitaba para poder continuar con su jornada laboral.

—Menuda cara tienes.

—¡Joder! Paola, casi me matas del susto — se colocó la mano en el pecho de una manera dramática.

—Qué susceptible estás... — rompió a reír mientras se servía su propio café — veo que esa reunión privada que has tenido con la jefa en su despacho... — bebió de su taza — te ha dejado muy sensible.

—No sabes cuanto...

Paola comenzó a reír a carcajadas, pero de pronto, el silencio reinó entre ellas, Renata apareció por sorpresa en la sala de descanso.

—Hola... — saludó mientras fue directa a la cafetera — no voy a necesitar tu artículo, no saldrá en la edición de hoy — miró a Victoria intensamente — así que tranquila, me lo puedes entregar mañana a primera hora.

—De acuerdo — respondió Victoria y notó como sus mejillas se teñían de un leve carmesí.

Renata salió de la sala con la misma rapidez con la que había entrado y Paola observó la reacción de su amiga ante la presencia de la redactora jefa, ese rubor en sus mejillas, desvelaba muchas cosas.

—¿Te estás acostando con Renata? — preguntó Paola entrecerrando los ojos.

—No — bebió de su café — no me estoy acostando con Renata.

—No te estoy juzgando — bebió de su café y miró a la lejanía hasta encontrar a su objetivo — es una mujer muy sensual... con unas curvas de vértigo... sus ojos son cautivadores — volvió a beber de su café — y tiene muy buen culo... nadie podría culparte por ello...

—No me estoy acostando con Renata, pero empiezo a pensar que tú sí — dijo con una sonrisa.

Ambas amigas rompieron a reír en carcajadas, sus risas eran tan fuertes, que su sonido se coló por toda la redacción.

Victoria cruzó la puerta de la entrada y salió a la calle mirando el cielo, era demasiado pronto para volver a casa. Todavía sentía una revolución en su interior por culpa de la tensión vivida en el despacho de Renata. Sonrió y respiró profundo varias veces, el día solo podía terminar de una forma, quizá con alguna copa corriendo por su torrente sanguíneo y con algún baile que calmase sus nervios. Caminó sin un rumbo definido y, al girar en una esquina, al final de la calle, descubrió un cartel luminoso y varias personas de su misma edad entrando en el local. Era el sitio indicado.

El chico de la entrada, le sonrió mientras abría educadamente la puerta, ella sonrió en agradecimiento y al entrar, descubrió un ambiente divertido. Varios grupos de personas que pertenecían a una escuela profesional de baile, habían montado una fiesta para celebrar el aniversario del grupo. Era perfecto, música, baile y copas, el final del día mejoraba. Se sentó en la barra y pidió amablemente al camarero una copa, desde su posición, podía observar cómo se movía dando pasos casi perfectos que formaban una combinación dando como resultado el baile más sensual que había visto en su vida. Disfrutó durante un par de horas de un espectáculo bien coordinado entre los alumnos de la escuela de baile, efectivamente, estaba siendo una distracción para su cordura. Sin darse cuenta, a esta altura de la noche, llevaba alguna copa de más, el alcohol viajaba rápido por su torrente sanguíneo, su psique no estuvo atento cuando fue el

momento de enviar la señal para dejar de beber y ahora ya era tarde. Con la mala suerte de que su mente volvía a proyectar una y otra vez la imagen de Renata a escasos centímetros de su boca.

—Vamos a bailar, princesa — dijo un chico sujetándola por la cintura con ambas manos.

Victoria le apartó las manos bruscamente y se tambaleó, su impulsividad por beber esa noche, estaba pasando factura.

—¿Princesa? Claro que soy una princesa... — Victoria arrastraba las palabras — pero no de tu cuento... — señaló al chico mientras intentaba mantener el equilibrio — yo... yo no necesito que me rescates... — se apoyó en una de las mesas que tenía al lado — yo no busco un príncipe azul... — se acercó al chico y le empujó con una mano — no te confundas...

Victoria cogió su bolso y, con algo de dificultad, consiguió salir del local. Cruzó la calle y se apoyó en la pared en busca del equilibrio que necesitaba para serenarse. Buscó su teléfono revolviendo su bolso y cuando lo encontró, le resultó fácil encontrar el botón para poder mandar un audio.

Eres puta y mala, he podido bailar con un chico muy guapo y majísimo... y yo solo podía pensar en tus labios... mi cuerpo tiembla cada vez que recuerdo cómo me has desabrochado la camisa esta mañana... no puedes provocarme así y dejarme a medias... tengo expectativas muy elevadas... no me decepciones.

Victoria se levantó con un dolor de cabeza horrible, se sujetó la frente cuando puso los dos pies en el suelo y decidió continuar sentada al borde de la cama, hasta que su equilibrio se estabilizase. Sentía como su estómago se balanceaba y las náuseas dominaban su cuerpo. Una ducha más larga de lo habitual, fue la única estrategia que tenía a mano para recuperar algún tipo de estabilidad.

Llegó a la redacción con las gafas de sol puestas, hasta ese día, nunca antes había sido consciente de la intensidad de la luz que alumbraba toda la redacción. Saludó sin mucho énfasis, a un par de compañeros con los que se cruzó en su camino, sus pasos continuaban hacia su mesa. Pero antes de que fuese capaz de llegar, Renata que estaba apoyada en el marco de la puerta de su despacho, llamó su atención con un tono más alto de lo que era capaz de soportar. Victoria levantó la mirada y descubrió que la jefa de la redacción, lucía una sonrisa pícaro, su semblante era simpático, aunque su mirada, escondía algo turbio.

—¡¡Victoria!! — gritó y cuando consiguió su atención, le hizo señas con el dedo para que fuese hasta su despacho.

Ella dejó caer su bolso sobre su escritorio con fuerza, con la resaca que todavía dominaba su cuerpo, lo último que le apetecía era soportar las impertinencias de Renata, antes de ser capaz de tomar su café sagrado. Respiró profundo dos veces y caminó resignada hasta su despacho. Renata continuaba esperándola apoyada sobre el marco de la puerta y no perdió detalle de cada uno de sus movimientos.

—Buenos días... — Renata hizo un gesto con la mano, invitándola a pasar a su despacho — tenemos que hablar.

—Allá vamos — susurró cuando pasó por su lado.

Victoria entró y fue directa a sentarse en la silla que había frente al impresionante escritorio de Renata, mientras ella cerró la puerta y la observó detenidamente desde su posición. Sonrió al descubrir que todavía había restos en su cuerpo del alcohol que ingirió durante la noche anterior. Algunos de sus movimientos no terminaban de estar del todo coordinados.

—Tú dirás — musitó con desdén cuando Renata pasó por su lado y se sentó sobre el borde de la mesa, quedando de frente y muy cerca de ella.

—Quiero que escuches una cosa... — Renata sacó su móvil y después de activar el audio, lo dejó sobre la mesa.

Eres puta y mala, he podido bailar con un chico muy guapo y majísimo... y yo solo podía pensar en tus labios... mi cuerpo tiembla cada vez que recuerdo cómo me has desabrochado la camisa esta mañana... no puedes provocarme así y dejarme a medias... tengo expectativas muy elevadas... no me decepciones.

Victoria se tapó la boca sorprendida. No era capaz de recordar en qué momento de la noche, envió el audio, pero esa era su voz, no había duda.

—Esto tiene una explicación... — se apresuró a decir mientras sentía como sus mejillas cambiaban de color.

—Me muero por saber los detalles como jamás antes... — sonrió maliciosamente — y estoy segura de que como nunca después... — rompió a reír.

—Bueno... — se cruzó de brazos — me gusta ver que te lo has tomado bien.

—Solo hay dos opciones... — se inclinó hacia adelante — tomármelo bien... o denunciarte por acoso.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad?

—No puedo negarlo — abrió los brazos en cruz sin dejar de reír.

—Eres un ser sin alma — Victoria intentó sonar seria, pero su semblante la delató.

—Sin oscuridad jamás podríamos apreciar la luz en todo su esplendor — musitó muy cerca de su rostro.

—Te sientes muy victoriosa, ¿verdad? — se puso de pie — ¿Sabes? Solo los niños y los borrachos... — colocó una mano a cada lado del escritorio y la encerró entre sus brazos — dicen la verdad... — se pasó la lengua por su labio inferior — ahora tendrás que estar a la altura y esforzarte... no querrás decepcionarme.

Renata eliminó la poca distancia que había entre ellas y se lanzó a devorar sus labios. Fue un beso casi violento, dominante, pero estaba resultando una batalla bastante equilibrada, así que cada una debía sacar sus armas. Renata la sujetó por la cintura y la pegó a su cuerpo con fuerza, sus manos se amoldaban a sus curvas a la perfección y, sentirla así, provocaba que su excitación aumentase a una velocidad de vértigo. Victoria rodeó su cuello con los brazos y profundizó más el beso, varios gemidos ahogados se estrellaron en su garganta y ella sonrió. Había ganado una batalla, pero no la guerra. Renata la empujó contra la pared que tenía más cerca y la aprisionó contra ella con su propio cuerpo, sonrió al descubrir que la fuerza que ejercía era suficiente para que no fuese capaz de huir.

—Te tengo... — susurró sobre sus labios.

Sus respiraciones estaban tan agitadas que sus cuerpos se estremecían intentando conseguir la máxima cantidad de oxígeno. Sus ojos se encontraron, y no fue por casualidad, Victoria buscaba su reflejo en el azul oscuro de su mirada y cuando se reconoció en el reflejo, enarboló una sonrisa ardiendo en picardía. Pensó en la mejor estrategia para conseguir su objetivo y ejerció la fuerza suficiente para intercambiar las posiciones.

—No te confíes... — Victoria pasó la lengua por su labio — solo me tendrás si yo quiero que me tengas...

Renata sonrió y cuando iba a atacar de nuevo, dos golpes en su puerta, la interrumpió.

—¡¡¿Qué pasa?!! — gritó sin apartar los ojos de los labios de Victoria.

—Tenemos que repasar la entrevista del concejal Rivera antes de enviarla a edición — respondió una de las reporteras del periódico al otro lado de la puerta.

—No podrá ser esta vez... — susurró en su oído mientras acariciaba uno de sus pechos descaradamente y volvió a besarla — ¡¡Entra!! — gritó al mismo tiempo que se separaba de Victoria con una rapidez pasmosa.

Victoria la miró, entrecerró los ojos y en su mirada se podía descifrar más de un reclamo. Renata se hizo la desinteresada y centró toda su atención en la redactora que entraba con precaución en el despacho. La chica observaba la presencia de Victoria y no entendía qué podría haber sucedido entre ellas, porque a pesar de la distancia entre ellas, la tensión continuaba en el aire. Al salir del despacho, Victoria dio un portazo más fuerte de lo normal, dejando clara su frustración por culpa de la interrupción.

CAPÍTULO 6

Imagina encontrar paz
en quien te vuelve loca.

Paola le propuso a Victoria salir de la redacción para ir a comer juntas y ella aceptó encantada. Necesitaba alejarse de la tentación que era tener a Renata a solo unos pocos metros de su mesa. Durante la mañana, fue como si las horas no pasaran y su atención se dividía entre la

pantalla de su ordenador y el despacho de Renata. Todo su interés se centraba en encontrar una mirada clandestina, algún gesto que le confirmase que ella estaba igual de alterada. Que el incendio de su interior continuaba activo. Estar tan cerca de ella y no poder hacer lo que su cuerpo le gritaba, estaba resultando ser una tortura.

Victoria abrió la puerta y con un gesto de cortesía, permitió que Paola entrase primero. Caminaron detrás del camarero que les ofreció una mesa en un sitio privilegiado y antes de que ojeasen la carta, Victoria pidió que, por favor, les trajese una botella de vino mientras se decidían a pedir la comida.

—Estás un poco rara hoy... — musitó Paola mientras abría la carta en busca de algún plato delicioso.

—Anoche le envié un audio a Renata, completamente borracha... — soltó mientras ojeaba la carta.

Paola levantó la mirada por encima de la carta y la observó detenidamente.

—¿Qué clase de audio? — preguntó entrecerrando los ojos.

—De esos que tú jamás me dejarías enviar — respondió intentando disimular la sonrisa que se escapaba entre sus labios.

Paola rompió a reír a carcajadas, conocía tan bien a su amiga, que se imaginaba por donde iban los tiros.

—¿Qué le decías?

—Pues... — bebió de su copa — prácticamente... — miró a su amiga y sonrió — que quiero que me folle.

Paola casi escupe el vino que acababa de beber de su copa, las palabras que había pronunciado no eran propias de su amiga.

—No te creo... — dijo entre risas.

—Pues créelo — se tapó la cara con ambas manos.

—Vamos... — estiró la mano por encima de la mesa y acarició con suavidad su brazo — no puede ser tan malo.

—Hoy nada más llegar a la redacción, me ha llamado a su despacho...

—Ya me imagino para que... — volvió a reír fuerte.

—Sí, pero no... — también rompió a reír contagiada por la risa de su amiga — no ha pasado nada...

—¡¿Nada?! — preguntó extrañada.

—Hemos empezado a hablar... y la conversación ha terminado en una rivalidad de poder.

—Te podrías ahorrar ese tipo de discusiones, si dejas de fingir que eres la becaria cuando en realidad eres la dueña de todo.

—No creo que después de enviarle un mensaje diciéndole que quiero que me folle, sea lo más correcto decirle, *“por cierto, soy tu jefa y la dueña de todo esto”* — le hizo un guiño y bebió de su copa — simplemente, le he mostrado quien tiene el control de esta situación.

—¿Cómo?

—Me ha intentado acorralar antes de salir de su despacho, pero yo la he empujado contra la pared para demostrarle quién es la que tiene el control.

—¿Y ella qué ha hecho?

—Nada, se ha reído.

—Querida... — Paola sonrió — si la pones contra la pared y se ríe... — alzó su copa — créeme, no eres tú quien tiene el control — y bebió.

Tras un par de horas de risas, deliciosa comida y un buen vino, Victoria y Paola entraron

juntas al edificio del periódico. Caminaban juntas hacia los ascensores, riéndose mientras recordaban alguna que otra gamberrada en la universidad, tan solo el sonido del ascensor avisando de su llegada, se interpuso entre sus risas. Las puertas se abrieron y las cesaron de golpe, descubrieron a Renata plantada en medio del cubículo, con un aspecto serio y rígido, que todavía llevaba las gafas de sol puestas, a pesar de estar en el ascensor. Paola y Victoria se quedaron inmóviles durante unos segundos, dudando de si subir al ascensor o esperar al siguiente. Renata echó un vistazo a las dos mujeres por encima de sus gafas y enarboló su sonrisa picaresca.

—Hacerse amiga de la responsable de recursos humanos siendo la becaria del periódico... — hablaba mientras ellas se decidieron a entrar en el ascensor — se podría traducir como una ambición peligrosa.

—Se cree el ladrón, que todos son de su condición... — musitó Victoria colocándose delante de Renata y dándole la espalda.

—Espero que Paola no haya sido una mala influencia y hayas bebido agua durante la comida...

—¿Pero qué opinión tan injusta tienes de mí? — Paola dio media vuelta y le preguntó sonriendo con un tono más que irónico.

—No te hagas la ofendida que nos conocemos... — Renata respondió a su sonrisa de la misma manera — Victoria... — desvió su atención hacía la becaria que continuaba delante de ella — en la edición de hoy, tiene que salir el artículo sobre los ganadores de las estrellas Michelin... — Victoria continuaba mirando al frente, concentrada en los números rojos que anunciaban los pisos — quiero el artículo esta tarde en mi mesa... ¿Victoria?! ¿Me estás escuchando?

—Qué sí... claro... el artículo... en tu mesa... esta tarde...

—Muy bien.

El sonido del ascensor avisó de la llegada al piso indicado, se abrieron las puertas y Renata se adelantó a salir del ascensor, pasó entre ellas y salió la primera. Se alejó de allí contoneando las caderas intencionadamente y con la esperanza de ganarse toda la atención de la becaria.

—Menudo culo tiene — susurró Paola antes de romper a carcajadas.

—Cállate — respondió Victoria también entre carcajadas.

Renata caminaba por medio de la redacción ojeando varios documentos que llevaba entre sus manos, se detuvo junto al redactor de deportes y le dejó varios documentos sobre su mesa. Caminó hasta la mesa de unas de las redactoras de política, dejó varios documentos sobre la mesa y le indicó varias correcciones sobre el artículo que debía salir sobre el concejal Rivera. Cuando terminó la conversación sobre los cambios que debía realizar, sus ojos hicieron un recorrido por toda la redacción hasta que su atención se centró en Victoria. Tras un par de intentos por llamar su atención, consiguió el contacto visual que buscaba, le hizo un gesto brusco señalando su despacho y ella entendió que debía seguirla hasta su despacho para una reunión privada.

—Me debes algo — sentenció Renata cuando Victoria cerró la puerta.

Victoria gruñó casi en un susurro, ni tan siquiera le había dado tiempo a sentarse y no tuvo el detalle de preguntar o, simplemente, saludar como es debido. La jefa del periódico resultaba ser muy frustrante. Sin embargo, por su parte, Renata tuvo que aguantar la respiración durante unos segundos, no podía negar que la apertura por el escote de la blusa que lucía Victoria, era una peligrosa tentación. Se sorprendió a ella misma, imaginándose cada curva que escondía la fina tela y sentía como su pulso se aceleraba con cada proyección en su mente. Sus ojos se desviaron hasta toparse con los labios de Victoria, recordando la suavidad que desprendían en cada caricia, su psique generaba, una y otra vez, la necesidad de volver a probarlos. Resultando una necesidad casi violenta.

—¿Has probado alguna vez la amabilidad? — Victoria se inclinó con una actitud retadora.

—¿Qué quieres decir?

—Que podrías ser amable... tratarme con más respeto — apoyó las dos manos sobre la mesa y se inclinó, consiguiendo su objetivo.

Los ojos de Renata se fueron directamente al provocativo escote de Victoria. Su postura permitía que la tela se deslizase con cautela, dejando visible la fina tela de encaje en color vino que lucía en su interior. Renata sintió como la boca se le hacía agua con el simple hecho de imaginar esa tela cerca de su boca.

—No creo que quieras eso... — consiguió musitar con la boca seca.

—¿No?

Victoria se incorporó, retrocedió en su postura y sonrió al descubrir la decepción en sus ojos al no permitirle continuar con el dulce espectáculo de la sensualidad que desprendía su ropa interior. Renata tragó saliva con dificultad y no pasó desapercibido para Victoria.

—Tratarte de otra forma, no daría los resultados esperados.

—Ser educada no mermará tu capacidad para dirigir este periódico.

—¿Qué quieres de mí entonces?

—No quiero nada de ti — Victoria intentó sonar convincente.

—¿Estás segura? — Renata se levantó y caminó lentamente hasta colocarse frente a ella.

Se sentó sobre el borde de su propia mesa y, desde ese lugar, volvía a recuperar una vista privilegiada sobre su escote. Sonrió de medio lado, sin importarle dejar al descubierto sus intenciones. Llegado este momento, a Renata no le importaba disimular lo más mínimo, su nivel de excitación cada vez que se encontraba con ella a solas. Nadie era capaz de mirar así o de sonreír así, si no deseara volver a besarla.

—Muy segura — Victoria miró su reloj y escondió la sonrisa que amenazaba con salir — bueno... me voy, tengo mucho trabajo...

—De ninguna manera.

Renata impidió que Victoria se levantara, colocó sus pies a cada lado de la silla, dejándola

atrapada entre sus piernas.

—Llevo mucho rato aquí... — se cruzó de brazos — la gente sospechará...

—No me importa.

—Estás por encima de todos, ¿verdad?... — la señaló con el dedo, provocando que Renata rompiese a reír a carcajadas — te crees la dueña del lugar.

—Lo soy — rompió a reír también.

—No, no lo eres... — continuó riendo — tengo que irme, todavía tengo mucho trabajo y resulta que mi jefa es una bruja.

Renata se inclinó, quedando peligrosamente cerca de los labios de Victoria.

—Bueno... — susurró — entonces dame lo que quiero... y dejo que te vayas a trabajar.

—No — se echó hacia atrás — tendré que ir a recursos humanos a ponerte una queja.

—Sí... — sonrió sobre sus labios — hazlo, por favor — y la besó.

A pesar de la negación inicial por parte de Victoria, no se pudo resistir cuando sintió la suavidad de sus labios sobre los suyos propios y respondió al beso. Renata enredó sus dedos en el fino pelo de su nuca y presionó suavemente para intensificar el beso. Victoria colocó las manos sobre sus muslos y comenzó a acariciarlos con una fuerza contenida y cuando la excitación subió varios niveles, se puso de pie para continuar el beso con la intensidad correspondiente. Renata sonrió dentro del beso y se dejó llevar, coló una de sus manos por debajo de su blusa y subió hasta acunar su pecho en su mano. De pronto, Renata detuvo el beso, se separó de ella y se volvió a colocar detrás de su escritorio, Victoria la observó sin entender por qué había detenido el beso en ese momento tan preciso.

—Todavía no me has entregado el artículo sobre los ganadores de las estrellas Michelin.

—¿En serio? — se cruzó de brazos visiblemente molesta — te odio un poco...

—Mientras solo sea un poco... — la miró fijamente y ensanchó su sonrisa — podré vivir con ello.

—No me puedes dejar así.

—Créeme si te digo que ha sido más duro para mí que para ti.

—No te entiendo... — se apoyó con ambas manos sobre la mesa — me provocas... me pones cachon...

—¡¡Pasa!! — gritó de pronto Renata, sin dejarla terminar la frase.

—Tenemos que ultimar las fotos para el artículo sobre la nueva aprobación de la ley de la vivienda... — dijo desde la puerta uno de los reporteros.

Victoria no fue capaz de darse la vuelta, continuó en la misma posición sintiendo como el rubor teñía su rostro.

—Dame cinco minutos y voy.

—De acuerdo — dijo el reportero y volvió a cerrar la puerta.

—Lo he visto levantarse y caminar hacia aquí... — Renata ordenaba los documentos sobre su mesa — jamás pienses que soy tan despiadada como para no protegerte.

Victoria la miró fijamente en silencio, intentaba gestionar las intenciones que escondían aquellas palabras, ¿cómo podía resultar tan cercana y tan lejana al mismo tiempo?

—Cuando termine de corregir el artículo, te lo entregaré — en su tono de voz todavía se podía distinguir la frustración que sentía en su interior.

—Gracias... — levantó la mirada y sonrió — y por lo del artículo también.

Faltaban casi dos horas para terminar la jornada, Victoria comenzaba a sentir el cansancio en su cuerpo. Después del intenso momento vivido entre ella y Renata en su despacho, su jefa no volvió a dedicarle ni una simple mirada, e hizo todo lo posible para no coincidir con ella. Su mente trabajaba a mil revoluciones, intentando entender su actitud después de confesarle que siempre la protegería. Aunque no existía otra forma de hacerlo, Victoria sabía que la situación se complicaba cada día que pasaba y no contaba la verdad. Su respiración comenzó a acelerarse y decidió tomarse un respiro. Entró en la zona de descanso en busca de su deseado café, allí coincidió con dos chicas de la redacción y se colocó junto a ellas. Las chicas continuaban inmersas en su conversación mientras Victoria simplemente disfrutaba de su café. Sus pensamientos se centraban en cómo afrontar la manera de hacer las cosas bien, Renata la protegía y ocultaba, porque era la becaria del periódico y no era correcto gritar lo que sucedía entre ellas. Sin embargo, ella era su jefa y no sabía cómo decirle la verdad. De pronto, la conversación de las dos chicas llamó su atención y la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué hace Sara Sanz otra vez aquí? — preguntó una de las chicas.

—Se rumorea que están juntas... — respondió la otra chica.

—¿Trabajando en algún artículo? — preguntó Victoria inocentemente.

Las dos chicas rompieron a reír.

—No... — bajó el tono de voz — saliendo juntas.

—¿No me digas que no sabes que la jefa es lesbiana?

Victoria sintió como sus mejillas subían de tono.

—No... bueno... no sé...

—Pues que sepas que ha sido un secreto a voces... — comenta la otra chica — pero no sé yo... porque es la segunda vez que está aquí en pocos días...

—¿No puede ser que vaya a trabajar en algún artículo para el periódico? — preguntó Victoria.

—No lo creo, la última vez se gritaron cosas muy feas...

—Sí, esa discusión se escuchó en toda la redacción... — musitó con la taza en sus labios.

—¿Será hoy la reconciliación? — dijo la otra chica.

—Ojalá... a ver si dulcifica su carácter...

Las chicas continuaban deliberando las posibles opciones sobre la nueva aparición de Sara Sanz en la redacción. Victoria se centró en continuar disfrutando de su café, mientras escuchaba atenta a las dos redactoras.

Después de escuchar sobre la relación que mantuvieron Renata y Sara Sanz, ahora podía entender la actitud que tuvo Renata con ella cuando las interrumpió en el despacho el día que discutían acaloradamente. Tras los últimos acontecimientos vividos entre ellas y después de saber la relación que existía entre Renata y la fotógrafa, Victoria comenzó a repetir en su interior, como si de un mantra se tratase, que entre ellas no podía suceder nada más. Demasiadas implicaciones controvertidas. Se despidió de las dos redactoras y volvió a su mesa, por primera vez, desde que había llegado al periódico, el café no recompuso su estado de ánimo. Su cabeza trabajaba a mil revoluciones y ningún pensamiento tenía que ver con los artículos que estaba corrigiendo. Casi de manera inconsciente, su atención se desviaba, cada pocos minutos, hacia el despacho de Renata y sintió como un pellizco en el estómago al descubrir la puerta cerrada, mientras la fotógrafa esa continuaba dentro con total impunidad. Su presencia tan seguida, parecía una declaración de intenciones muy evidente.

—¿Estás bien? — le preguntó una de las chicas después de abandonar la sala de descanso y pasar por su lado.

—Soy la becaria de uno de los periódicos más exigentes de la ciudad y tengo la sensación de que todavía me faltan unos cincuenta artículos por corregir... — fingió su sonrisa — claro que no estoy bien... estoy derrotada...

La chica le sonrió en forma de apoyo y tras una leve caricia en el hombro, ambas chicas se marcharon, dejándola sola con su montaña de artículos y sus pensamientos. ¿Qué se supone que debía hacer a partir de ahora? Tan solo había pasado un par de horas desde que Reneta se insinuó de una manera demasiado descarada, sin embargo, acababa de descubrir que tenía pareja. ¿Quién era ella para exigirle una explicación? Lo más simple era poner distancia entre ellas y quizá fuese el momento de presentarse como la dueña del periódico y dejar de ser la becaria.

Por primera vez desde que llegó a la redacción, la máquina de café no funcionaba y su desesperación comenzaba a estar muy presente. Resultaba ser el peor día para no obtener su dosis diaria de cafeína. Su paciencia era la mínima que necesitaba para pasar el día. No había conseguido pegar ojo en toda la noche, su mente no dejaba de hacerse todas las preguntas posibles sobre la actitud de Renata. Estaba claro que entre ellas había habido más que una simple mirada clandestina o una caricia escondida, pero todo eso no era más que una falta de lealtad a su pareja, la dichosa Sara Sanz. Esa mañana se levantó pensando que había llegado el momento perfecto para descubrir su verdadera identidad, sin embargo, cuando entró en la redacción a primera hora, descubrió a Renata centrada en su despacho con algún artículo. Su aspecto revelaba que había pasado la noche en su despacho y, por alguna extraña razón, toda su valentía para decir la verdad de una vez, se esfumó.

—Victoria... — la voz de Paola la sacó de sus pensamientos — estás horrible...

—Gracias — respondió mirando a su amiga.

—¿Todo bien?

—La bendita máquina... — comenzó a tocar el botón impulsivamente — que se niega a darme mi dosis de cafeína.

—¿Me dejas probar? — Paola señaló la máquina y ella se echó a un lado para dejar pasar a su amiga.

Tras varios minutos comprobando las posibles opciones, al final descubrió una cápsula atascada.

—Ya está — dijo con un gesto de reverencia.

—Gracias.

Paola asintió satisfecha y permitió que Victoria se hiciese su café primero, a primera vista, su amiga lo necesitaba más que ella. Sabía que algo rondaba su cabeza, la conocía bien y con un vistazo rápido a sus gestos, descubrió el poco brillo que había en su mirada.

—¿Vas a ir a la cena de los empresarios? — preguntó Paola.

A pesar de su interés por saber qué le sucedía a Victoria, quiso ser cautelosa.

—¿Qué cena? — preguntó ella frunciendo el ceño.

—La cena que se celebra este fin de semana... — sonrió al ver la cara de desconcierto de Victoria — recibiste la invitación hace dos semanas y la escondiste en mi despacho, ¿no te acuerdas?

Si era honesta, debía responder que ni se acordaba de esa dichosa invitación y mucho menos con el avispero que invadía su mente últimamente.

—Se me había ido de la mente.

—Ya veo... — bebió de su taza — ¿Dónde tendrás la cabeza últimamente?

—Más lejos de lo que imaginas — confesó.

Por más entereza que intentase demostrar, no podía apartar a Renata de su mente y su amiga lo sabía.

—Bueno, por lo menos sabes dónde la tienes, ya es un paso... — se acercó a ella para volver a susurrarle — entonces... ¿Vas a ir a la cena?

—No creo que sea lo más conveniente... — volvió a beber de su taza de café caliente — te recuerdo que soy la becaria del periódico.

—No, no lo eres.

Victoria la miró con un gesto casi infantil y ladeó la cabeza.

—¿Y según tú que debo hacer? — se colocó frente a ella — llegar allí frente a Renata y gritar “¡¡Sorpresa!! Soy tu jefa”... Sería una catástrofe...

—Esa revelación tiene que llegar en algún momento...

—Pero no hace falta que sea en una cena con todos los grandes empresarios de la ciudad... prefiero hacerlo en la intimidad de un despacho.

—Ya no sé si seguimos hablando de confesar la verdad... — Paola sonrió con picardía — o de disfrutar de la intimidad que os da su despacho...

—Con esa mente... — golpeó la frente de su amiga con el dedo índice — diría que te hace falta una buena sesión de sexo.

—Tampoco sé si estamos hablando de mí o de ti.

Paola dejó la taza sobre la mesa frente a ella y salió de la sala de descanso sin darle la oportunidad a Victoria para réplica.

CAPÍTULO 7

Si te centras en lo que dejas atrás,
no puedes ver lo que tienes delante

Miró su reloj para comprobar que pasaban casi veinte minutos de la hora exacta a la que solía llegar a la redacción cada día. Nunca imaginó que la redacción del deseado periódico, se podía convertir en un castigo, pero ahora debía encontrar la fortaleza suficiente para no tirar todo su

proyecto a la basura. Había comprado el periódico para conseguir que fuese uno de los mejores del país y se convirtiese en su porvenir sin la presión del apellido de su familia y eso es lo que iba a hacer. Había pasado la noche entera despierta intentando encontrar una solución, pero el sentimiento que revolucionaba todo su interior cada vez que su mente proyectaba la imagen de Renata, bloqueaba su cordura y se sentía incapaz de pensar con coherencia.

Subió al ascensor y presionó el botón que la llevaría a la redacción, sus movimientos eran automáticos. Su conciencia se encontraba en un estado de letargo consecuencia del insomnio durante toda la noche. El pitido que anunció la llegaba al piso correcto, la hizo sobresaltarse un poco, las puertas se abrieron y la fuerte luz que alumbraba la redacción, la obligó a parpadear varias veces para acostumbrarse. Caminó entre las mesas para llegar hasta la suya, pero sus pasos se detuvieron cuando descubrió que la luz del despacho de Renata estaba encendida, algo presionó su interior y desvió sus pies hasta el único refugio que conocía. Se permitió el atrevimiento de entrar sin dar dos golpes en la puerta que anunciase su presencia.

—Buenos días, Victoria... — saludó luciendo una sonrisa encantadora.

—Creo que me voy a volver loca.

—Bien siéntate — Paola se levantó de su silla y le hizo un gesto para que ocupase la silla frente a ella — sabía que este momento iba a llegar.

—No puedo ser la eterna becaria de mi propio periódico...

—No voy a decir que te lo dije... — dijo con un gesto cómico.

—Pero lo vas a hacer, ¿no?

Paola miró a su amiga y descubrió en su cara el agobio que la invadía, al descubrir la dificultad de decir la verdad después de todo lo sucedido en las últimas semanas.

—No.... — caminó hasta su lado y la envolvió entre sus brazos, ofreciéndole un abrazo cálido — ¿Vas a hablar con ella?

—Debería hacerlo, ¿verdad? — preguntó poco convencida ante su pensamiento, lo último que le apetecía era estar con Renata a solas.

—Yo creo que le debes una explicación, piensa que ahora mismo la jefa es ella, deberías sacar todo lo que llevas dentro antes de que averigüe que la verdadera jefa eres tú.

Victoria miró a su amiga detenidamente, sabía que tenía razón, no podía huir para siempre de la verdad.

—Si... tendré que hacerlo.

Después de intentar calmar sus nervios con Paola, volvió a su mesa, se dejó caer sobre su silla y el gruñido que se escapó de su garganta, describía a la perfección como se sentía por dentro. Nunca pudo imaginar que, en las últimas semanas, su vida diese un giro tan radical. Ella llegó con una idea clara para hacer prosperar el periódico y, demostrar a todo el mundo, que no necesitaba cobijarse bajo el apellido de su sufrido padre. Su cabeza continuaba trabajando a mil revoluciones, así que la única forma de relajarse que encontró, se centró en corregir todos los artículos que tenía sobre la mesa.

—Victoria — una de las redactoras llamó su atención — cuando le entregues las correcciones a la bruja, por favor entrégale esta carpeta de artículos archivados.

—¿Yo?

—Claro, yo ya me he llevado una bronca a primera hora... — dijo entregándole una carpeta — ahora le toca a la becaria.

—Imagino que no tengo más opciones... — musitó con resignación.

—Eso, no tienes más opciones — respondió con un tono casi escalofriante.

Aunque en las palabras no se podía distinguir, en su actitud se veía a la perfección la vileza

que escondía su petición, pero para Victoria era indiferente, ahora mismo tenía batallas más importantes que resolver.

—De acuerdo — respondió un poco aturdida.

—Tiene que ser antes de la hora de la comida... por favor no lo demores — le advirtió mientras se alejaba de su mesa luciendo una perversa sonrisa.

Un pequeño dolor se instaló en su cabeza, pensar en volver a estar a solas con ella, le provocaba un poco de vértigo. Respiró varias veces antes de encontrar el valor para caminar hasta el despacho de Renata, ¿por qué le afectaba tanto el hecho de que Renata tuviese novia? Para ser honesta, solo se habían besado una vez. Abrió y cerró las manos varias veces, consiguió así controlar su pulso y pudo recorrer la distancia que la separaba del despacho de su jefa. Renata llevaba varias horas encerrada en su despacho, significaba que estaba estresada por algo y que no era buena idea molestarla, pero ya se encontraba plantada frente a su puerta. Dio dos fuertes golpes y sin esperar a la invitación, entró.

—Pasa... — dijo Renata sin levantar la cabeza de los documentos que tenía sobre la mesa — no te cortes.

—Te traigo los artículos corregidos y esta carpeta de artículos que me ha dado una redactora, porque ella ha tenido que irse.

Victoria caminó hacia ella ignorando sus palabras y dejó caer, con muy poca delicadeza, la carpeta sobre la mesa.

—He cambiado de opinión... — dejó el lápiz que estaba usando a un lado y miró fijamente a Victoria — estos artículos no saldrán en esta edición... los dejaremos para...

—¿Esta forma de joderme, es personal?

Renata sonrió de medio lado y se levantó hasta colocarse frente a ella.

—Es personal — Victoria se cruzó de brazos visiblemente molesta por su respuesta — pero no te estoy jodiendo... — cogió uno de los artículos que ella había dejado sobre la mesa y se lo mostró — el artículo sobre la nueva delegada de la federación de natación femenina, hay que ampliarlo, ya que esta tarde la van a nombrar presidenta de la federación autonómica... — la miró a los ojos — si lo publicamos así, no estaría completo y la competencia nos adelantará con la noticia.

Victoria sintió un alivio enorme, aquella sencilla explicación le aclaró algunas dudas sobre su actitud hacia ella.

—¿Esta es la carpeta de artículos archivados que debía entregarme Belén? — preguntó mirando la carpeta sobre su mesa.

—Sí.

—¿Por qué la traes tú y no ella?

—Porque dice que ya le has echado la bronca esta mañana y no quería arriesgarse a recibir otra...

—Si hiciese su trabajo bien, yo no le pegaría ninguna bronca... — volvió a mirarla y enarboló una encantadora sonrisa — ¿y te manda a ti para librarse?... no sabe lo que ha hecho... eres mi becaria, no la de ella.

—No soy la becaria de nadie, soy la becaria del periódico.

El tono que utilizó Victoria, dejó claro que no iba a dejarse amedrentar por nadie y mucho menos por ella.

—Me gusta que marques tu territorio — Renata se inclinó hacia ella.

Acarició sus brazos con suavidad, mientras que ella continuaba en la misma postura desafiante. Renata comenzó a suavizar sus gestos, intentaba alcanzar una tregua entre ellas que

les permitiese volver a vivir un momento de intimidad.

—¿Por qué esa tal Sara Sanz viene a tu despacho tan a menudo?

Victoria pronunció cada una de las palabras, sin dejar de mirarla fijamente. Renata se incorporó sorprendida por su interés, ladeó la cabeza y ensanchó su sonrisa.

—Es una fotógrafa reputada y esto es un periódico.

—Nunca ha trabajado para esta firma — contraatacó.

—Vaya, para ser una simple becaria... estás muy informada.

—No me has respondido.

—No, no lo he hecho.

—¿Y piensas hacerlo?

—No tengo por qué hacerlo, es un tema personal.

—¿Estás con ella?

La pregunta pilló por sorpresa a Renata que, la miró fijamente sin saber muy bien que responder. Era un tema demasiado personal para no tener una conversación previa sobre el asunto.

—¿Por qué lo preguntas?

—No es mi asunto, tienes razón — Victoria se incorporó y caminó hacia la puerta.

—¡Espera! — la sujetó del brazo antes de que le diese tiempo a llegar — ¿Es curiosidad o preocupación?

Giró sobre sus talones y la miró a los ojos, era un momento para ser sincera y no andarse con rodeos.

—Después de ser testigo de cómo te habla o mejor dicho... de cómo te grita... es preocupación.

—Puedes estar tranquila... — sonrió dulcemente — estoy bien.

—Renata Gaitán permitiendo que una simple fotógrafa le grite en su propio despacho.

—Sara no es una simple fotógrafa... — rio irónicamente — es una de las mejores del país.

—¿Y les grita a todos los redactores jefes de los periódicos? — cambió de postura, volviendo a una postura de defensa — sí que tiene que ser buena para permitirse.

—Imagino que conmigo se comporta diferente al resto... — reveló con una sonrisa picaresca — el hecho de habernos visto desnudas en el pasado, puede que le dé algo de derecho para hacerlo...

—¿De verdad crees eso? — preguntó al sorprenderle que su respuesta le resultaba la opción más lógica.

—Supongo que es la confianza... — musitó y se encogió de hombros.

La seguridad que desprendían sus palabras, provocó un escalofrío en Victoria que sacudió toda su columna. La escena que ella presenció, fue testigo de muchas cosas, menos de confianza entre ellas. Más bien derrochaban rencor.

—Renata, no puedes permitir que te hable así.

—Me sorprende que me defiendas así... — dijo extrañada, Victoria manifestó una defensa inesperada por ella — después de cómo te he tratado en algunas ocasiones, no me extrañaría que pidieses terminar tus prácticas en otro periódico...

La sinceridad en sus palabras, consiguieron sacar una sonrisa preciosa en los labios de Victoria y ella sintió como algo en su interior se aceleraba.

—De momento, no has resultado tan insufrible.

—¿Segura? — enarboló una sonrisa en respuesta — ¿no quieres ser la becaria de otro periódico?

Victoria se acercó peligrosamente a ella sin dejar de lucir su enorme sonrisa y con un brillo en sus ojos verdes que delataba sus intenciones.

—Es algo que no se me ha pasado por la cabeza... — respondió fascinada por su boca, era casi hipnótico el deseo que desprendían sus labios.

—Genial... — rodeó su cintura con sus manos y la atrajo suavemente hacía ella — porque la idea de no verte cada mañana... no me entusiasma mucho...

Renata no estaba segura de haber pensado bien dos veces en sus palabras antes de decirlas, pero era lo que en realidad sentía y tampoco le apetecía hablar con rodeos cuando se encontraba a solas con Victoria.

—Así que... — Victoria rodeó el cuello de Renata con sus brazos y colocó su cuerpo entre sus piernas — te gusta verme por las mañanas...

—Sí — respondió con una enorme sonrisa — y me gustaría verte también cenando en algún restaurante... — dejó un beso en la parte interna de su brazo — ¿Te apetece que vayamos a cenar?

Debía reconocer que supo usar sus armas de persuasión de una forma casi perfecta y que no dejaba de sorprenderla. Últimamente, tenía una extraña necesidad de estar cerca de ella, aunque solo fuese haciendo el papel de becaria sufrida, porque en realidad le gustaría estar dando saltos de alegría después de un beso tan tierno.

—¿Este fin de semana? — preguntó cerca de sus labios.

—No, este fin de semana no podrá ser — se atrevió a dejar un tierno beso en sus labios antes de continuar — es la cena de los empresarios del año...

Victoria hizo un sobreesfuerzo al deducir que era la misma cena a la que ella había sido invitada.

—¿Estás invitada? — debía obtener toda la información sobre sus intenciones.

—Sí, claro — la estrechó un poco más contra su cuerpo — invitan a la prensa para que se hable bien de toda la plana mayor... — besó su cuello — odio esos eventos...

—¿No te gusta beber y comer gratis?

—Lo que no me gusta es fingir que pertenezco a ese mundo.

Esas últimas palabras generaron algo de confusión en Victoria. No se podía negar la animadversión que sentía hacía la clase alta de la ciudad.

—Entonces... — besó sus labios de nuevo — este fin de semana no podemos salir a cenar porque estarás ocupada...

—Yo no he dicho eso — sonrió — yo no voy a estar ocupada.

—¿A no?

—No — la estrechó contra su cuerpo con más fuerza — pero tu sí.

—¿Yo? — frunció el ceño, completamente confundida.

—Yo no voy a ir a la cena... — la besó con más intensidad que las veces anteriores — pero tú sí.

Victoria dio un paso hacia atrás sorprendida, su corazón se saltó varios latidos, necesitaba poner la distancia suficiente para mirarla a los ojos. ¿Cómo podía saber ella sobre la invitación que había recibido para esa misma cena?

—¿Cómo que yo? — dijo con un hilo de voz y conteniendo la respiración.

—Claro — sonrió y la volvió a estrechar contra su cuerpo — ¿No quieres evolucionar en el periodismo?

Victoria intentó disimular su sorpresa al mantener esta conversación, comenzaba a estar un poco paranoica y llegó a pensar que todo era una estrategia para descubrir quien era realmente.

Renata era una mujer muy inteligente, no le resultaría tan difícil descubrir la verdad si, tan solo, investigase un poco para saber quién era el nuevo propietario del periódico. Pero su actitud, le demostraba que ni tan siquiera se le pasaba por la cabeza, pensar que ella era en verdad, su jefa.

—¿Yo?

—No querías una oportunidad para hacer un artículo de verdad... pues la cena de los premios a los empresarios del año es la oportunidad que esperabas.

—¿En calidad de qué?

—En calidad de la nueva redactora del periódico.

—Creo que debería ir alguien más experimentado... alguien a quien los invitados conozcan...

—Yo no voy a poder ir... así que espero que consigas un artículo decente.

Su negación de asistir a la cena de los premios a los empresarios del año, le daba la oportunidad de idear un plan para acudir a la cena, hacer el artículo y no ser descubierta. Era un reto que debía pensar cada paso a dar, no debía tener fisuras si quería continuar con su plan.

Victoria se separó lentamente de sus labios, se fijó en su propio reflejo en el mar azul que existía en sus ojos. Eran unos ojos bonitos y brillantes, pero también resultaban ser tempestuosos de vez en cuando. Se alejó un poco más para disfrutar de una imagen completa, su psique grabaría a fuego en su mente cada detalle.

—¿Qué? — preguntó Renata después de unos segundos en silencio.

—Tienes... — la rodeó por la cintura con sus brazos — tienes un brillito... — musitó en tono burlón.

Renata respondió con una tierna sonrisa y la besó de nuevo.

—Tú eres la culpable... me tienes loca.

Victoria ladeó la cabeza, intentaba comprender lo que acababa de suceder, ¿cómo debía actuar? La opción más realista era dejarse llevar y confesar como se sentía ella también, pero esa declaración tenía un lado envenenado. Renata no sabía quién era en realidad.

—¿Debo salir cabizbaja? — decidió cambiar de tema y alejarse de la sinceridad si debía continuar mintiendo.

—¿Tan mal beso? — preguntó Renata sonriendo.

—No... — susurró sobre sus labios y la besó para despejar sus dudas — pero llevas toda la mañana gritando a la gente de esta redacción — señaló hacia fuera — seguro que piensan que ahora me estás echando la bronca.

Renata la estrechó con más fuerza contra su cuerpo.

—Entonces... — la besó — creo... — otro beso — que sí... — un beso más — sal con un gesto serio... — la besó con más fuerza y metió sus manos por debajo de su blusa hasta localizar sus pechos y estrujarlos entre sus dedos — a ver si puedes... — sonrió sobre sus labios.

Victoria se separó como pudo de sus brazos, sus ojos se clavaron en los suyos y no desvió su mirada ni por un segundo. Sonrió mientras se colocaba la blusa de nuevo por dentro de la falda, carraspeó sin dejar de sonreír y terminó de arreglarse la falda para eliminar cualquier evidencia de lo que había sucedido en ese despacho en horario laboral. Y todo, bajo la atenta mirada de Renata.

—¿Me has dado el artículo de los premios a los empresarios, por lo que acaba de suceder?

—En parte, sí... — Renata ensanchó su sonrisa — no, solo te estoy molestando... has demostrado tener mucho potencial... — dejó las manos sobre sus caderas y la besó de nuevo.

—Ya... — respondió sonriendo — ¿Tú no vas a ir?

—Bueno... — dio un paso atrás — pues pensaba que quizá...

Victoria suspiró y no dejó que terminase su frase.

—¿No te fías de que pueda hacer un buen artículo?

Renata miró al suelo y sonrió, pensó varias veces las palabras que debería pronunciar, no quería que se malinterpretase sus intenciones sobre aquel ofrecimiento.

—Creo que...

Dos golpes fuertes en la puerta, no le permitieron continuar. Se dio media vuelta y antes de que pudiese responder, la puerta se abrió y uno de los reporteros entró sin percibir lo que había sucedido. De hecho, ni tan siquiera se percató de la presencia de Victoria.

—Aquí tienes las fotos que estábamos esperando sobre el concejal Rivera... — el reportero dejó caer las fotografías sobre su mesa — creo que tienen potencial, pero tenemos que hablarlo con el departamento jurídico antes de publicar...

—Andrés... — Renata lo miró fijamente mientras el chico continuaba pasando las fotos — ¡Andrés! — al fin el chico levantó la mirada — estoy con otra cosa ahora... lo hablamos luego.

El reportero miró fijamente a Renata como si estuviese gestionando sus palabras, luego desvió su mirada hasta Victoria y fue, en ese preciso momento, cuándo se percató de su presencia.

—¡Oh! — comenzó a recoger las fotos con gestos muy rápidos — perdón, perdón... vuelvo más tarde — salió de allí con la misma prisa con la que había entrado.

—Pobre chico... — musitó Victoria al verlo salir despavorido del despacho.

—Pobre de mí, que me he quedado sin mi beso — reclamó Renata sujetando a Victoria por la cintura.

—Yo he pasado una noche horrible... pero me has hecho sentirme bien... — Victoria volvió a rodear el cuello de Renata con sus brazos — necesitaba a una amiga...

—¡¡Vaya!! — sonrió — ¿Ahora somos amigas?

—¿No crees que todo va muy rápido?

—Podemos ir más lento — la besó con intensidad — me gusta ir lento... tú marcas el ritmo.

—Redactora jefa... — Victoria sonrió con picardía — está usted muy complaciente...

—Te dije que te haría saber si mis sentimientos por ti cambiaban... — la volvió a besar — y han cambiado.

—Bueno, que puedo decir... — dejó un beso en la punta de su nariz — me echaste un pulso y me gusto aceptar el reto.

—Yo solo quería ver cómo te rendías ante mis súplicas y tranquilizar así a mi corazón... pero me ignoraste durante mucho tiempo... y yo como loca inventándome avances válidos para conquistarte.

—La constancia tiene su recompensa.

Ambas se fundieron en un apasionado beso, que dio paso a un sinfín de caricias frustradas que no podían terminar con su objetivo, porque a ninguna de las dos se les olvidaba dónde se encontraban. Renata hizo un sobreesfuerzo para retener sus impulsos más primitivos y no dar rienda suelta a un sentimiento lleno de pasión y deseo. Se limitó a imitar los movimientos de Victoria, asegurándose que no se propasaba, el objetivo era conseguir hacerla suya costase lo que costase, pero tampoco a cualquier precio.

Renata estaba frente a la pizarra intentando ordenar los artículos sobre política y, así, dar una información completa y coordinada. Los redactores daban ideas intentando encontrar la mejor fórmula, Renata se quedaba pensativa de vez en cuando, para luego volver a borrar lo que acababa de escribir. La competencia había subido dos puntos en popularidad y ella debía encontrar la fórmula para recuperar su puesto en el ranking de los cinco periódicos más populares del país y el mejor de la ciudad. Su cabeza trabajaba a mil revoluciones, pero cuando su mirada se desviaba hacia donde estaba Victoria, su mente se quedaba en blanco. Victoria estaba sentada detrás de todos sus compañeros, hoy llevaba una camisa tan escotada que rozaba casi la indecencia y una falda vaquera que insinuaba con mucha intención una demanda urgente. Sin darse cuenta, se quedó fija mirando sus piernas con detenimiento y Victoria fue espectadora de la oscuridad que comenzaba a brillar en sus ojos, así que, con ningún tipo de disimulo, se descruzó las piernas, las abrió intencionadamente y volvió a cruzarlas, siendo Renata la única testigo de ese gesto. Tragó saliva mientras su mente proyectaba una y otra vez el movimiento de sus piernas, no podía continuar en esas condiciones.

—¡Vale, chicos! — dejó el rotulador y borró la pizarra — estamos todos muy saturados y no me gusta ninguna de las ideas... — se remangó las mangas de su camisa y continuó — un descanso de una hora, a ver si venimos con ideas más refrescantes... — señaló a Victoria — y tú, a mi despacho — ordenó — no has dado ni una idea.

El resto de redactores miraron a Victoria, proyectando una mezcla de sorpresa y compasión, sabían que a la becaria le iba a caer una buena.

Victoria no dijo nada, ni tan siquiera hizo algún gesto de desagrado, simplemente, se bajó de la mesa donde estaba sentada y caminó hacia el despacho de Renata. Ella suspiró al ver como movía descaradamente sus caderas de camino a su propio despacho, descubrió ahí, que abrir provocativamente las piernas delante de todos los redactores, solo era un aperitivo de lo que le esperaba.

—No creo que mis ideas sirvan para...

Victoria no pudo terminar la frase, Renata se apresuró a seguir sus pasos hasta el despacho, cerró la puerta y se lanzó a devorar su boca con ansias. Tras unos minutos en plena batalla entre sus bocas, se separaron por falta de aire, la tensión que existía entre ellas, era casi violenta.

—Me da igual la publicación... — pasó un dedo por el borde de su escote — desde que has llegado esta mañana... — dejó un beso en su clavícula — solo he podido pensar en tu piel...

Victoria sonrió con demasiada picardía y con un dedo levantó su barbilla para volver a besarla con vehemencia. Renata la sujetó con delicadeza y la sentó sobre su mesa, se colocó entre sus piernas con una destreza admirable y deslizó sus manos acariciando sus muslos con una fuerza contenida.

—Me vas a volver loca... — musitó entre gemidos.

—Y tú a mí... — respondió Victoria mordiendo el labio inferior de Renata.

—No sé cuánto tiempo voy a soportarlo...

Renata mordió la sensible piel de su cuello, provocando que Victoria se estremeciese contra su cuerpo. Apoyó las manos detrás de ella dándole así más acceso a su piel, sus manos se atrevieron a colarse por la parte interna de sus piernas y comenzaron a recorrer sus muslos cuidadosamente. Poco a poco se acercaba más a su sexo y Victoria jadeaba entre beso y beso, adivinando lo que se avecinaba. Ella comenzó a desabrochar la camisa de Renata botón a botón, necesitaba sentir su piel, tocarla, recorrer cada rincón de su cuerpo. El beso comenzó a ser más intenso, las caricias cada vez quemaban más y el ritmo de sus latidos se descontrolaba. Victoria abrió sus piernas invitando a Renata a adentrarse en su centro que demandaba atención, pero dos

fuertes golpes en la puerta, detuvo su intención.

—¿Sí?! — gritó Renata llena de frustración.

—Hemos encontrado la manera de hacer una edición renovada — dijo un redactor tras la puerta.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! — susurró Renata sobre la piel de Victoria maldiciendo la interrupción — dame quince minutos y voy.

—De acuerdo.

—¿Quince minutos? — Victoria comenzó a reír fuerte — eso es mucho tiempo... tú no sueles hacer esperar tanto...

—Créeme, necesito más de quince minutos para calmar lo que has provocado.

—Pues suerte la tuya... — dejó un beso húmedo sobre sus labios — yo no creo que sea capaz de calmar mi cuerpo en todo el día...

Renata salió del despacho luciendo su mejor sonrisa, cada vez le gustaban más sus encuentros clandestinos con Victoria. Sin embargo, ella caminó directa hacia la sala de descanso, necesitaba urgentemente calmar el huracán que amenazaba con arrasar su interior. Sonrió tímida al recordar los besos con Renata, pero antes de cruzar la puerta que daba a la sala, escuchó algo que llamó su atención.

—Está siendo muy descarado... — dijo una de las redactoras.

—¿De verdad crees que se intenta ligar a la nueva becaria? — preguntó un chico de la redacción.

—Se pasan el día en el interior de su despacho cerrado a cal y canto... — soltó varias carcajadas — a saber lo que le está obligando a hacer por un puesto en el periódico...

Victoria fue testigo de cómo los mismos compañeros de la redacción se habían dado cuenta de sus reuniones privadas en el despacho. Retrocedió sus pasos y buscó con la mirada a Renata, una vez que la localizó, giró sobre sus talones y caminó en busca de su objetivo.

—Renata... — se colocó detrás de ella — perdona... ¿Tienes un minuto?

—Pues ahora me pillas ocupada... — ni tan siquiera levantó la mirada del diseño que le estaba enseñando uno de los redactores.

—Es importante... — susurró.

—¿Más importante que localizar al niño pijo nuevo dueño del periódico? — se incorporó y la miró a los ojos — necesito localizar con urgencia al nuevo dueño, por fin hemos encontrado como renovar la edición para hacerla más llamativa y me jode tener que pedir su permiso para hacerlo.

—Bueno... si no hace acto de presencia, tú eres la jefa... — Victoria se encogió de hombros — toma las decisiones que consideres... — tenía que quitarle de la cabeza, la idea de buscar al dueño del periódico, por lo menos hasta que ella encontrase el momento adecuado para contarle la verdad.

—Me gusta tu forma de pensar — le dedicó una sonrisa y disimuladamente le entregó una nota — lo siento, pero debo terminar esto... — sonrió de medio lado — no puedo hacerte caso ahora.

Renata volvió a centrarse en el diseño que había creado el redactor y le dio la espalda a Victoria, ella entendió que era una manera poco sutil de ignorar lo que quería decirle. Resopló y se fue hasta su mesa, miró de reojo al resto de compañeros de la redacción esperando descubrir algún gesto que le revelase que las habían descubierto, pero cada uno estaba centrado en su trabajo. Desvió su atención a la pantalla de su ordenador y, en ese momento, se acordó de la nota que le había dado Renata.

*Cena en mi casa esta noche,
allí podemos hablar de todo lo que quieras, o no.*

Si bien era una nota bastante concisa, sus palabras eran un derroche de intenciones. Victoria enarboló su mejor sonrisa y se guardó la nota en el bolsillo de su pantalón.

CAPÍTULO 8

Si te concentras en los problemas,
verás solo problemas.

Si te concentras en la solución,
verás oportunidades.

Renata abrió la puerta sin importarle que todavía llevaba puesto el delantal.

—Me ha encantado recibir tu invitación para hacerme la cena... — dijo Victoria plantada en su puerta luciendo su mejor sonrisa.

Renata sonrió en respuesta y se echó a un lado para dejarla pasar. Había cocinado durante casi tres horas y se prometió a sí misma, que cenarían y tendrían una conversación cordial, pero al ver contonearse sus caderas de aquella forma tan sugerente cuando pasó por su lado, su mente

la traicionó y su cuerpo volvió a revivir lo vivido en su despacho unas horas antes. Victoria dejó caer su bolso en el sofá y giró sobre sus talones.

—Has cocinado de verdad...

—Soy una caja de sorpresas... — se acercó a ella y la besó — no te he saludado como es debido.

Ambas se fundieron en un beso lleno de intenciones. Beso al que enseguida se le unieron las manos, sus cuerpos todavía vacilaban por el deseo que había despertado la reunión privada en su despacho. Renata descendió por su cuello lentamente dejando besos húmedos mientras sus manos, con gran destreza, se iban deshaciendo de cada botón de su camisa. Una vez llegó al último, tiró de la prenda dejando al descubierto la piel de sus hombros, no se resistió y mordió su piel dejando una leve marca. Sonrió al escuchar un leve gemido y continuó paseando sus labios por todo su cuerpo. Victoria deslizó sus manos por el interior de su camiseta, recorriendo su espalda con delicadeza y coló sus dedos por la cintura de goma de su pantalón descubriendo la suavidad de la piel que escondía la prenda. Ambas combatían por dominar la situación, pero Renata arrastró a Victoria hacia el pasillo, esquivaron varios muebles con bastante destreza. Victoria se resistió a propósito para provocar a Renata, y lo consiguió. Ella utilizó toda la fuerza que su cordura comprometida era capaz de ofrecerle y la acorraló contra la puerta de su habitación. Sonrió sobre sus labios sintiéndose victoriosa. La condujo hasta colocarse junto a la cama, Renata giró suavemente a Victoria para que le diese la espalda y comenzó a besar su piel descendiendo intencionadamente, pero cuando llegó a su cintura, se arrodilló para sorpresa de Victoria que continuaba atenta a sus movimientos. Bajó su falda hasta dejarla sobre el suelo y en su descenso, dejó un mordisco en una de sus nalgas, ante un gesto así, Victoria se precipitó sobre la cama apoyando sus manos para no dejarse caer por completo. Renata vio la oportunidad para continuar vacilando en sus caricias y en sus besos recorriendo toda su espalda, pero Victoria no estaba segura de cuánto tiempo más podría soportar que no la tocara donde más lo necesitaba.

—¿Qué sucede? — susurró Renata sobre su nuca al descubrir un leve temblor que recorrió todo su cuerpo.

—Lo sabes perfectamente... — respondió Victoria entre jadeos mientras sentía como sus dedos comenzaban a recorrer su sexo desde detrás.

—No creas... — sonrió sobre su espalda — no soy tan lista...

—Fóllame — soltó entre dientes y con rabia contenida.

Renata sonrió con arrogancia, había conseguido llevar a Victoria hasta el límite que ella deseaba. La empujó suavemente permitiendo que se tumbase por completo sobre el colchón y se colocó sobre ella, sus besos continuaron recorriendo su piel y sus manos reconocían cada rincón de su cuerpo. Coló una de sus manos por debajo de su cuerpo y buscó urgentemente su sexo, vaciló un poco, pero enseguida encontró el punto clave para llevar a Victoria hasta la cima. Ella hizo un sobreesfuerzo y, con Renata sobre su espalda, consiguió darse la vuelta para invertir las posiciones. Se colocó sobre ella y comenzó a besarla salvajemente, ignoró el deseo que demandaba su sexo, primero quería disfrutar de la calma y el sosiego que le brindaba el momento. Renata se aferró a su espalda y la presionó tanto contra su cuerpo, que era capaz de sentir sus latidos golpeando en su pecho. Retiró lentamente el mechón de pelo que caía sobre su frente, la miró fijamente a los ojos y la hizo sentirse débil por primera vez en su vida. Algo en su interior se aceleró cuando fue capaz de reconocerse reflejada en su mirada tan azulada como un océano, no se podía creer la suerte que estaba teniendo. La besó con intensidad y Renata aprovechó esa debilidad para volver a colocarse encima, lo hizo con tanta rapidez, que a Victoria solo le quedó obedecer ante tanta energía. Sus manos se engarzaron en una batalla por recorrer

sus cuerpos, sus alientos se mezclaban y sus jadeos se convirtieron en la banda sonora del momento. Renata introdujo sus dedos en el interior de Victoria sin previo aviso y su cuerpo se estremeció, escondió la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro para comenzar un vaivén de movimientos que llevarían a Victoria al clímax. Las manos de Victoria no encontraban consuelo cuando sintió como su cuerpo comenzaba a convulsionar, intentó aferrarse a las sábanas, pero no funcionó, lo intentó también con el cabezal de la cama, pero tampoco sentía la seguridad que necesitaba, así que se aferró al cuerpo de Renata y se dejó llevar hasta que sintió como se precipitaba por el abismo cuando su esperado orgasmo llegó.

Esa noche cargaron varias veces hasta que sus cuerpos cayeron exhaustos de tanto éxtasis. Victoria sonreía complacida, jamás había llegado al clímax tantas veces seguidas, la mano de Renata acariciaba su pelo suavemente y se mantenía con los ojos cerrados. No lo pudo resistir más y se inclinó para besar sus labios.

—Aunque me joda reconocerlo... — musitó Renata entre risas — necesito dormir para recuperar fuerzas...

—Estoy exhausta... — reconoció Victoria — solo quería agradecerte tantos orgasmos...

Renata ensanchó su sonrisa y abrió un ojo para poder mirarla.

—Eres una diosa...

—Pues esta diosa... — se acomodó y apoyó la cabeza sobre su pecho — necesita dormir un poco... mañana debo cumplir con mi trabajo, te recuerdo que tengo a Cruella de Vil como jefa...

Ambas rompieron a reír y se dejaron mecer en los brazos de Morfeo. Tanta actividad había hecho mella en sus cuerpos, no les importó dejar de lado la cena que, con tanto cariño, Renata había preparado durante la tarde. Resultó que su primera vez fue romántica, lenta y pasional. Muy pasional.

Los rayos de luz aparecieron más pronto de lo esperado, Renata parpadeó varias veces y sus ojos comenzaron a acostumbrarse a la luz poco a poco. Giró la cabeza lentamente y observó como Victoria continuaba durmiendo a su lado con un semblante casi inocente. Su mente comenzó a proyectar recuerdos de todo lo sucedido la noche anterior y pensó que no era una mujer tan inocente, fue sensual, provocativa y muy atrevida. Se recolocó para poder mirarla más de cerca y disfrutar de una imagen así, pero de pronto, su teléfono comenzó a sonar.

—Apágalo... — musitó Victoria entre jadeos.

—Voy... — se dio media vuelta, pero al ver el nombre que aparecía se quedó inmóvil — oh... oh...

—¿Qué sucede? — abrió los ojos.
—Es Sara.
—¿Y qué quiere a estas horas? — se quejó como si fuese una niña pequeña.
—¿A estas horas? — sonrió de medio lado — es casi media mañana...
—¡¡¿Qué?!! — se levantó como si tuviese un resorte — ¡Mierda! Llego tarde...
Renata rompió a reír a carcajadas al ver su reacción.
—Bueno... — besó su sien — no creo que tu jefa vaya a echarte la bronca hoy... — Victoria hizo una mueca infantil — pero debes irte...
—¡¡¿Qué?!! — se cruzó de brazos — ¿Por qué?
—Sara me ha escrito... — hizo una mueca — está viniendo hacia mi casa.
—¿En serio me tengo que ir?
—Si se entera de que tengo algo con la becaria del periódico... — el rubor comenzó a subir por el rostro de Victoria, pero supo controlarlo antes de ser descubierta — ¿Cuánto tiempo crees que se descubrirá lo nuestro?
—Prefiero salir desnuda a abrirle la puerta... — respondió con un tono desafiante.
—Esto es serio — suplicó Renata — no serías capaz... ¿Verdad?
—¿Por qué le tienes tanto miedo?
—No es miedo... — besó sus labios — solo intento protegerte... — volvió a besarla — créeme, conozco este mundo y lo último que quiero es que te hagan daño — se levantó de la cama y buscó su ropa.
—Puede ser que este truquito de mujer empoderada que pretende proteger a tus ligues... — señaló a Renata con su dedo acusador — puede que te funcione para llevarte a las chicas a la cama... pero conmigo no te va a funcionar.
—Victoria... — Renata comenzó a vestirse — ya estás en mi cama — sonrió.
—Ya sabes a lo que me refiero — respondió con un tono altivo.
—Necesito que te vayas — suplicó una vez más.
—¿No puedes estar hablando en serio?
—Cariño... — Renata sujetó a Victoria por los brazos y la miró a los ojos — si yo te parezco una tirana... no te imaginas como es Sara... — la besó en los labios.
—Me voy... — respondió sin bajar el tono — pero porque yo quiero.
—Gracias — Renata ensanchó su sonrisa y acompañó su despedida con algún puchero infantil.

Paola sujetó la mano de Victoria con fuerza y se deslizó entre la gente hasta llegar a los ascensores, se notaba que era media mañana, la entrada del edificio estaba llena de gente subiendo y bajando de los ascensores. Para Paola era demasiado importante lo que, su amiga debía contarle, así que ni tan siquiera esperó su turno, cuando el ascensor abrió las puertas, se coló entre la gente y se apresuró a apretar el botón, consiguiendo ser las únicas en el cubículo.

Toda su intención era estar a solas con Victoria.

—Vamos Victoria... — Paola se apoyó en una de las paredes del ascensor y animó a su amiga para hablar — cuéntame qué te pasa.

Ella escondió la cabeza entre sus manos y negó en un intento desesperado por ordenar sus pensamientos.

—No sé qué hacer... — miró a su amiga fijamente — tengo una relación de amistad pseudo-sexual con Renata... — resopló — pienso en ella a todas horas y solo quiero estar cerca de ella...

—Pues si empiezas a sentir cosas... — sonrió y dio un paso para estrechar a su amiga entre sus brazos — ya sabes lo que tienes que hacer.

—Lo sé, mi mente está dividida entre mi conciencia y mi placer.

—Y de momento, gana el placer — las dos rompieron a reír a carcajadas.

Victoria continuaba concentrada en el artículo que llevaba toda la mañana intentando corregir, pero su mente no estaba por la labor, así que empezaba una y otra vez a leer el mismo párrafo. Miró hacia la puerta del despacho de Renata y al verla abierta y sin luz, agradeció que se encontrase en una comida de negocios. El simple hecho de imaginarse cruzarse con ella por la redacción, alteraba sus nervios. Debía contarle la verdad, pero para hacerlo, debía encontrar el valor suficiente. Volvió toda su atención al artículo y cada vez que leía una frase, se le escapaba un suspiro.

—Tenemos que hablar — la voz de Renata tras ella, le dio un susto de tal calibre, que casi se cayó de la silla.

Victoria la miró y en su mirada descifró un brillo diferente.

—No puedes romper conmigo... — musitó de forma divertida — todavía no hemos empezado a salir.

Su intención era romper la tensión que se había creado de repente entre ellas, pero Renata continuaba sin reír y le hizo un gesto para que la siguiese hasta el almacén.

—Entra — ordenó Renata cuando abrió la puerta y se echó a un lado para dejarla pasar primero.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer... — musitó de forma cómica mientras entraba y Renata cerraba la puerta tras ella.

El ruido que hizo, provocó una sonrisa pícara en ella, no le hizo falta darse la vuelta para reconocer que había cerrado la puerta con pestillo.

—Bésame — ordenó todavía apoyada en la puerta.

—No dejes nunca de decirme lo que tengo que hacer — musitó Victoria mientras se acercaba a ella con decisión.

Se fundieron en un beso lleno de necesidad, no había competencia para descubrir quién guiaba a sus instintos más primitivos hasta el éxito. Sencillamente, necesitaban sentirse una a la otra. La intensidad de sus deseos fue aumentando y sus manos comenzaron a recorrer sus cuerpos, ya no era un territorio por descubrir, así que sus manos se movían con soltura y destreza. Renata tomó la iniciativa y comenzó a desabrochar cada botón de su blusa, dejando al descubierto la ropa interior de encaje que lucía Victoria.

—Hay que apreciar las pequeñas cosas de la vida... — musitó al observar que los ojos de Renata se concentraron en sus pechos.

—Y por eso... — levantó la mirada y la fijó en los verdes ojos de Victoria — a pesar de tu estatura... — sonrió — te aprecio.

Ambas rompieron a reír a carcajadas, Renata dejó un tierno beso sobre la punta de su nariz sin dejar de sonreír, pero Victoria tenía una sed incontrolable de sus labios, así que se lanzó a devorar su boca. Renata intentó dominar la situación y la empujó suavemente hacia la pared contraria, sin dejar de besarla. Sus manos recorrieron su cuello, besó la parte descubierta de su espalda, deslizó con mucha delicadeza la blusa por sus brazos, dejando al descubierto toda su espalda, los labios de Renata continuaban besando cada línea marcada de su cuerpo. Victoria sentía como cada uno de sus músculos se relajaba al suave paso de sus labios. Cerró los ojos y gimió ante un tacto tan sublime.

—Tienes una piel deliciosa... — susurró sin separar sus labios de su piel.

—Joder... qué romántica te pone el alcohol... — dijo sin abrir los ojos, simplemente, continuaba disfrutando de sus caricias.

—¿Y si te digo que no he bebido ni una gota?

Victoria abrió los ojos de golpe, se dio media vuelta y buscó sus ojos azules, cuando los encontró, descubrió un azul oscurecido por el deseo. Se lanzó a devorar con vehemencia su boca. La delicadeza al tratar su cuerpo y el talante cariñoso de Renata la estaban volviendo loca. No dejó de acariciar su piel que desprendía un calor adictivo, estaba hambrienta por la necesidad de devorar todo su cuerpo. Sus manos tomaron protagonismo y comenzaron a deslizar su ropa interior hasta deshacerse de ella. Sus labios imaginaron una senda a través de todo su cuerpo, dando atención a cada rincón que lo demandaba, quemando la piel al paso de sus besos. Su boca acabó el recorrido en su sexo, convirtiéndose en la protagonista para saciar su deseo. La mente de Victoria comenzó a barajar un amplio abanico de ideas indecentes y provocativas. Sin reconocer de dónde sacó la fuerza, invirtió las posiciones cuando sintió como todo su interior comenzaba a contraerse, empujándola al abismo del éxtasis. A diferencia de los gestos de Renata, los movimientos de Victoria eran débiles y torpes, así que se dejó guiar por las manos expertas de su amante, convirtiendo su ritmo en lento y pausado, en caricias y toques intensos. Cuando la confianza se adueñó de sus manos, comenzó a vacilar en sus gestos, provocando gemidos cargados de pasión que se escapan de la garganta de Renata sin que fuese capaz de retenerlos. Victoria se sintió poderosa al descubrir cómo se erizaba la piel de su cuerpo bajo sus caricias.

—No me provoques... — acunó su cara entre sus manos — no juegues así... — la besó con violencia.

—¿O qué? — musitó Victoria sin desistir en sus provocaciones.

—Me volverás loca — respondió arqueando su cuerpo con una voz ahogada y temblorosa.

—Entonces... — mordió su labio inferior — dejemos las provocaciones... — lamió su cuello — y vayamos a la acción — lamió uno de sus pechos.

—Sí... — gimió — por favor...

Lo último que escuchó fue el compás de su corazón, eran unos latidos fuertes y descompasados, sus sentidos comenzaban a nublarse, las manos de Victoria continuaban sin descanso haciendo estragos recorriendo todo su cuerpo. La sujetó con fuerza y la atrajo hacia ella para darle un beso apasionado mientras su propia esencia continuaba inundando su boca. Renata se perdió en los fuertes latidos y se centró en no llegar, todavía, al esperado orgasmo. Esto no podía terminar aún, tenía varias peticiones y exigencias por cumplir. Victoria no entendió la emoción que produjo su negación a caer por el precipicio, resultaba ser un sentimiento inexplicable, sin embargo, Renata estaba disfrutando contradiciendo a sus peticiones. Se movía con destreza recorriendo toda su piel, conquistando cada rincón, dejando su propia huella personal. Atrajo el cuerpo de Victoria hacia el suyo cuanto más era posible, sin dejar espacio

posible entre ellas. Sus manos ansiosas recorrían su cuerpo, sus labios devoraban la suave piel de su cuello, rememorando su sabor. Se estremeció cuando sintió como una ola de placer se apoderó de ella, cuando Renata la empujó a un bucle de sensaciones arrebatadoras con su nombre perdiéndose en un susurro entre sus labios. Sus agitadas respiraciones se mezclaron. La opresión de su pecho desapareció, sus latidos ensordecían sus pensamientos, sus gemidos estaban siendo un estímulo suficiente para llevarla hasta la cúspide. Movi6 su cabeza de una forma casi desenfundada, era como si quisiera escapar de esa sensaci6n placentera. Sus ojos verdes esmeralda se perdieron en la profundidad del azul de los ojos de Renata mientras los movimientos de sus caderas eran precisos y sus cuerpos temblaban. Llegaron al orgasmo al mismo tiempo, sus movimientos comenzaron a ralentizarse y sus labios eran intensos, pero perdieron la violencia que desprendían al principio de su encuentro.

Renata sonri6 disimuladamente al descubrir a Victoria plantada en medio del enorme sal6n, se encontraba a escasos metros de ella. No podía apartar la mirada del vestido que lucía, que result6 ser una aut6ntica sorpresa. Aquella tela se adaptaba a sus curvas con naturalidad, tenía una abertura lateral que dejaba al descubierto su pierna izquierda a cada paso que daba. Estaba siendo una tortura tenerla tan cerca y no poder besarla. Su mente comenz6 a proyectar imágenes de Victoria desnuda bajo sus manos, se aferr6 a la copa que sostenía con fuerza, sentía que, si ejercía más fuerza, el cristal de su copa se fracturaría entre sus dedos. Renata respir6 profundo varias veces, no desvi6 su mirada, ignor6 todo lo que existía a su alrededor, su prop6sito era grabar a fuego aquella imagen en su memoria. Nunca imagin6 conocer a una mujer como Victoria y mucho menos, imagin6 enamorarse de la becaria de su peri6dico. Desde el primer día, cuando sus ojos se cruzaron, algo en su interior comenz6 a vibrar cada vez que la tenía cerca. Victoria era una mujer preciosa, segura de sí misma, muy responsable con su trabajo y, sobre todo, tenía un humor negro, que le fascinaba. Renata no se imaginaba hasta donde era capaz de llegar aquel humor.

Victoria le hizo un gesto con la cabeza para salir de allí y hablar en privado las dos solas apartadas de todos los invitados, pero Renata rechaz6 su invitaci6n negando disimuladamente con la cabeza. Victoria sintió como sus ojos se humedecían ante la impotencia de no convencer a Renata, respir6 varias veces seguidas en un intento fallido por calmar sus nervios. Tan solo hacia

media hora, justo cuando dio su nombre en la entrada como invitada, que le informaron que era una de las galardonadas de la noche. Apretó la mandíbula y su mente trabajaba a mil revoluciones, necesitaba hablar con ella, así que, no le quedó más remedio que ir a buscarla personalmente. Cuando Renata la descubrió acercándose, hizo una mueca que llamó la atención de Victoria, pero no fue suficiente para detener sus pasos.

—Disculpen... — se dirigió a los hombres que estaban junto a ella — Renata, ¿podemos hablar un momento?

—No... — le hizo varios gestos que Victoria no entendió — lo siento, pero ahora estoy ocupada...

—Es importante... — susurró acercándose más a ella.

—Por muy importante que sea... — musitó con los dientes apretados — no es momento, ni lugar... — la cogió del brazo con más brusquedad de la esperada — mañana hablamos — y la separó de ella.

Victoria la miró fijamente, Renata clavó sus ojos con una tonalidad que desprendía dureza. Ella al descubrir que no iba a conseguir su objetivo, bufó y se alejó de allí. Necesitaba contarle la verdad, debía hablar con ella a como diese lugar. Se alejó hasta colocarse en un lugar desde donde continuaba observando a Renata, tenía que pensar en alguna estrategia para estar a solas con ella. De repente, se apagaron las luces del salón y se encendieron las fuertes luces del escenario, la gala dio comienzo y su cuenta atrás, comenzó a avanzar muy deprisa. Victoria observó a su alrededor, todos estaban atentos a las palabras del presentador con una copa en la mano, así que cogió una copa y se arriesgó a hacer el último intento. Realmente estaba desesperada.

—Renata, por favor... — susurró tras ella.

—No te lo volveré a repetir — musitó sin ni tan siquiera darse la vuelta.

—Las becarias cada vez se creen con más derechos... — dijo el hombre junto a Renata — no saben cuál es su lugar — dijo mientras la miraba de arriba abajo.

Para su sorpresa, Victoria recibió una mirada inquisidora por parte de Renata y no una defensa frente a ese hombre, como hubiese esperado en otra ocasión. Fue suficiente para ella y se rindió, a pesar de que su cabeza trabajaba a mil revoluciones, se le acababa el tiempo y las opciones. El presentador continuaba anunciando galardonados y su respiración aumentaba a cada nombre que pronunciaba. Su mirada seguía puesta en la mujer a pocos metros de ella, en alguna ocasión, descubrió a Renata mirándola también, pero por más gestos que le hiciese, solo recibía negativas.

—Vale, vamos allá... — susurró para ella misma cuando decidió volver a intentarlo.

Victoria se encaminó hacia Renata decidida a revelar toda la verdad, pero cuando dio el segundo paso, su nombre se oyó por todos los altavoces de la sala.

—¡¡¡Demos un gran aplauso para la nueva empresaria revelación del año, Victoria Salvatierra!!!

Todos los allí presentes, comenzaron a aplaudir a la nueva galardonada este año. Un gran cañón de luz, iluminó a Victoria que desvió sus pasos para subir al escenario luciendo su mejor sonrisa. Sin embargo, su mirada, recorrió toda la sala en busca de la única persona que realmente le interesaba. Y la encontró. Renata se encontraba completamente paralizada en medio del gran salón, sorprendida al descubrir que, la becaria a quien le había estado dando órdenes durante varias semanas, resultaba que era, nada más y nada menos, que su verdadera jefa. De pronto, su corazón comenzó a acelerarse cuando su mente comenzó a recordar como el cuerpo desnudo de Victoria temblaba bajo sus caricias. Su respiración comenzó a agitarse al recordar las veces que

le había gritado, su mente estaba trabajando a mil revoluciones intentando descubrir las consecuencias que podía tener todo lo sucedido. Acababa de descubrir que la persona con la que se había estado acostando en secreto durante las últimas semanas, pero que, en público, se pasaba las horas dándole órdenes para demostrar su poder en el periódico, era la dueña del periódico. Una noticia que provocaba un caos imposible de gestionar.

Renata salió de la sala sin despedirse de los comensales con los que había compartido mesa durante toda la noche. Sus ojos comenzaron a anegarse de lágrimas, un bombardeo violento de imágenes con Victoria comenzó a colapsar su mente. Recorrió aquel pasillo con la máxima rapidez que le permitían los tacones de los zapatos italianos que llevaba puestos esa noche.

—¡¡Renata!! ¡¡Renata!! — Victoria apareció por una de las puertas laterales y corrió detrás de ella — espera por favor...

La voz de Victoria a su espalda suplicando que se detuviese, hizo que su corazón se saltase algún latido y cuando sintió que su voz tembló al rogarle, una vez más que se detuviese, no fue capaz de seguir caminando así que detuvo sus pasos, pero no encontró la valentía de enfrentarla, así que no se dio la vuelta.

—Renata... por favor... no te vayas, tenemos que hablar — Victoria se acercó, pero se quedó a una distancia prudencial.

—¿Ibas a decírmelo alguna vez? — musitó con los dientes apretados.

—Vamos a algún sitio por favor... necesito contártelo todo... — dio un par de pasos más.

—Nunca podré volver a confiar en ti... — giró sobre sus talones y se dio media vuelta para mirarla fijamente a los ojos — mañana tendrás mi carta de renuncia en tu mesa a primera hora. Adiós Victoria — sentenció Renata y continuó su camino sin darse la vuelta de nuevo.

Se alejó de allí dejando a Victoria completamente destrozada. Ella se tuvo que apoyar en la pared para poder mantener el equilibrio, ver como Renata se alejaba así de ella, rompió algo en su interior.

CAPÍTULO 9

Sentí que me miraba con amor,
un amor que seguramente inventé yo.

Las puertas del ascensor se abrieron, tuvo la sensación de que las luces de la redacción, esa mañana brillaban más de lo habitual. Victoria salió del ascensor cabizbaja, no es que sintiese vergüenza, pero la forma en que se reveló su auténtica identidad, no fue como ella pretendía

hacerlo. La redacción se quedó en silencio ante su presencia, ella mantuvo su cabeza alta y los redactores desviaban sus miradas, se centraban en las pantallas de los ordenadores cuando Victoria pasaba por su lado, ella pudo confirmar así, que todos sabían su verdadera identidad. Fingió su sonrisa mientras escuchaba como susurraban a su paso, pero no volvió a bajar la cabeza, a partir de ahora debía mantener su posición. Ya era la dueña, lejos quedaba ser la becaria del periódico. Caminó hasta el que iba a ser su despacho a partir de ahora, se encontraba enfrente del de Renata, pero a pesar de la poca distancia que existía, sentía que había varios kilómetros. Lanzó sus cosas encima del sofá que estaba en una de las esquinas del despacho, caminó hasta su escritorio y se dejó caer sobre su gran silla. Enterró la cabeza entre sus manos y se mordió el labio inferior como un método desesperado para detener las lágrimas que amenazaban salir. Todavía ser sorprendía de que fuese capaz de fabricar más lágrimas después de pasarse la noche llorando. Dos fuertes golpes a la puerta, interrumpió su momento.

—Adelante — musitó.

Levantó la cabeza y vio como Renata entraba en su oficina y se aseguraba de dejar la puerta abierta. Ese simple gesto, ya marcó sus intenciones. Su semblante era serio, Victoria jamás la había visto así, respiró profundo adivinando lo que le esperaba. Ella caminó sin decir palabra hasta plantarse frente a su nueva jefa y lanzó un sobre al escritorio que las separaba.

—Mi carta de renuncia — la miró fijamente y se cruzó de brazos.

—Esto no es necesario — empujó el sobre — deberíamos hablar primero...

—Para que me cuentes cualquier historia de niña rica... — taconeó nerviosa — no gracias.

—Te lo pido por favor...

—Señorita Salvatierra, solo le pido que me deje terminar la edición de hoy, luego me iré y podrá dirigir su periódico como mejor considere.

A pesar de que su cabeza era un avispero, Victoria consiguió ordenar algunas de sus ideas, levantó la cabeza y clavó su mirada más inquisidora en aquellos ojos azules.

—Renata, tenemos que hablar... — se puso de pie mostrando, por primera vez, su autoridad — siéntate — ordenó firmemente.

Renata no bajó la mirada, fue un duelo de titanes por descubrir quién sería la primera en ceder, pero después de valorar todas sus opciones, cedió ante la orden de Victoria y no porque resultaba ser su jefa, sino porque era incapaz de negarle nada a aquellos ojos verdes.

—Tú dirás — dijo de mala gana mientras se sentaba.

—Antes de nada, quiero disculparme, no era así como quería que te enterases... — Renata sonrió irónicamente — pero ahora no puedo cambiar las cosas, así que me gustaría contarte como sucedieron las cosas... — se levantó y cerró la puerta — Renata... jamás he buscado que las cosas se compliquen un poco...

—¿Un poco? — comenzó a reír fuerte — estoy segura de que he sido la comidilla de todas tus ricas amigas a la hora del *brunch*.

—¿Por qué sientes tanto odio hacia la gente rica? — entrecerró los ojos sorprendida por su animadversión a la gente con dinero o bien posicionada.

Victoria se apoyó en su mesa y se quedó de frente a Renata, pretendía tener una buena perspectiva durante una conversación tan importante como la que pretendía mantener.

—Porque vais por la vida pensando que podéis hacer lo que os plazca... y no valoráis el esfuerzo de la gente que madruga todos los días para luchar por sus sueños...

—Te recuerdo... — la señaló con su dedo acusador — que mientras he sido la becaria del periódico, he llegado cada día antes que tú a la redacción — Renata se cruzó de brazos y ladeó la cabeza — además ¿esa es la imagen que tienes sobre mí?

—La imagen que yo tenga sobre ti, ya no tiene importancia.

—Claro que la tiene — Victoria se recolocó y se acercó a ella con prudencia — esconder las cosas importantes no tiene ningún sentido... — musitó con una sonrisa encantadora.

Su intención era rebajar el nivel de intensidad que se había implantado entre ellas. Victoria, por su parte, necesitaba mantener esa conversación en un ambiente amable y afable. Después de todo lo que había pasado entre ellas, quería mostrarle su verdad y descubrirle lo equivocada que estaba.

—Tampoco lo tiene retrasar las cosas inevitables — respondió Renata con la mirada encendida.

Victoria se acercó un poco más hasta colocarse frente a ella y se inclinó apoyándose en la silla

—Tienes razón — susurró a escasos milímetros de sus labios.

—Esto es acoso laboral — Renata se inclinó hacia atrás, pero se encontró con la resistencia del respaldo de la silla, así que no consiguió su objetivo.

—¿Acoso laboral? — Victoria se incorporó de golpe y se cruzó de brazos — ¿y qué era cuándo me follabas en el almacén mientras era tu becaria?

—Un terrible error que jamás tuvo que pasar.

Los ojos de Victoria se humedecieron al reconocer el brillo de ira que destelló en su mirada mientras pronunciaba cada una de esas palabras. Alzó la cabeza y respiró mientras se centraba en un punto invisible en el techo, se tragó el nudo que se había formado en su garganta y se armó de valor. Volvió a mirarla fijamente y se alejó de ella, se colocó de nuevo detrás de su escritorio y antes de volver a hablar, respiró varias veces para calmar sus nervios.

—Muy bien, entonces... — Victoria apretó los labios antes de poder continuar — ¿Dime cómo solucionamos esto?

—Acepta mi renuncia.

Renata se levantó y salió de su despacho sin mediar palabra alguna. El ímpetu con la que cerró la puerta, fue el adiós que nunca pronunció.

—Puedes decirlo... — dijo Victoria con gesto apenado.

—No quiero... — su sonrisa era comprensiva — pero... te lo advertí — se encogió de hombros.

—Lo sé...

Victoria escondió la cabeza entre sus manos, estaba lejos de encontrar una solución para arreglar las cosas con Renata. Sabía que no había sido la mejor manera de decirle la verdad, pero todos sus intentos para contarle quién era de verdad, fracasaron.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Hablar con ella, búscala... — Paola se acercó a su amiga y acarició sus brazos — todavía recuerdo lo grande que era tu sonrisa la mañana que llegaste después de acostarte con ella por primera vez...

—Pero ahora solo quiere que acepte su renuncia... — agachó la mirada — no quiere saber nada de mí... no responde mis llamadas... mis mensajes...

—Jorge, el reportero de deportes, me ha preguntado qué había pasado con ella... — estrechó su mano — me ha dicho que la ha visto bebiendo en el local de la calle Santa María...

Victoria levantó la mirada y encontró comprensión en la mirada de su amiga. Quizá esa era la fuerza que necesitaba para ir en su busca.

—¿Me acompañas? — musitó con los ojos anegados de lágrimas.

Paola asintió y dejó un beso en la mejilla de su amiga. Ella se levantó y estrechó a su amiga entre sus brazos, Paola siempre resultaba ser el remanso de paz en sus peores tormentas.

Renata continuaba sentada en el mismo taburete junto a la barra desde que había llegado, el camarero la observaba de vez en cuando, preocupado por su estado. Ella se tambaleaba levemente cada vez que levantaba el brazo para alcanzar el siguiente vasito de tequila. A estas alturas de la noche, frente a ella, había más vasos vacíos que llenos, dando pie a un estado de embriaguez avanzado. Apoyó los dos codos sobre la barra y escondió la cabeza entre sus manos, su cabeza daba vueltas de forma casi violenta.

—Renata... — Sara se sentó junto a ella — creo que has bebido suficiente.

Sara alejó los vasitos llenos de tequila y los puso fuera de su alcance.

—Sara...

Renata musitó su nombre y sonrió de medio lado, estiró la mano con intención de acariciarle la cara, pero antes de poder alcanzar su piel, una mano intervino y detuvo su intención.

—Renata... — Victoria se colocó entre ella y Sara — creo que has terminado aquí... — tiró suavemente de su mano y la bajó del taburete — vámonos.

—No hace falta... — Sara se puso de pie e intentó acercarse a Renata — ya nos íbamos... juntas — dijo mirando fijamente a los ojos a Victoria.

—Eso no va a pasar — respondió con un tono neutro — Renata, vamos.

Victoria consiguió sostenerla de pie y rodeó su cintura con su brazo para darle estabilidad y que pudiese caminar.

—¿Quién te crees para llevártela? — Sara estaba visiblemente molesta.

Victoria ignoró a Sara que continuaba molesta por su actitud, intentó avanzar para continuar con la batalla, pero Paola le impidió pasar. Así que se resignó a observar como Victoria se llevaba a Renata del local sin que ella se lo pudiese impedir.

Tras unos minutos en coche, llegaron a casa de Victoria y la maniobra para salir del coche, resultó más complicada de lo esperado. Renata estaba cada vez más ebria y a Victoria le costaba sostenerla en pie, a duras penas consiguió llegar hasta el sofá. Victoria no había pensado bien en la fuerza que debía ejercer para acostarla y cayó sobre ella. Sus bocas se quedaron a una distancia tan corta, que sus alientos se mezclaban. Los ojos de Renata se oscurecieron y sus manos viajaron hasta colarse por debajo de la camisa de Victoria, acarició su suave piel y una

sonrisa se abrió paso entre sus labios. Ella se quedó estática, la tentación era demasiado caprichosa, pero no era el mejor momento para dejar libres a sus instintos más primarios. Apoyó sus brazos en el sofá e intentó incorporarse para alejarse de la tentación de besar sus labios, pero las manos de Renata sobre su cintura, hicieron la fuerza suficiente para impedir su propósito. Se miraron a los ojos y disfrutaron del silencio que las envolvía, el deseo que desprendían sus miradas era intenso, el más intenso que habían vivido en sus vidas. Renata inclinó la cabeza lo suficiente para alcanzar sus labios, Victoria se mantuvo en la misma posición y esperó el tacto suave de sus labios. Era un beso delicado, pero cargado de sentimientos. Empezó siendo un beso inocente, pero a cada segundo que pasaba, su deseo se hacía más presente, sus jadeos eran cada vez más fuertes y sus manos comenzaban a tener más confianza. Renata se atrevió a subir hasta el broche de su ropa interior y dejar libre sus pechos que, aunque bajo de la tela, había sido capaz de distinguir la excitación en sus pezones con antelación. Victoria continuaba apoyada en sus brazos para no dejar todo su peso sobre su cuerpo, pero poco a poco iba perdiendo fuerza y cuando sintió como una de sus manos, acunó uno de sus pechos, su fuerza se desvaneció y cayó sobre su cuerpo sin dejar de besarla. Lentamente, se desprendían de cada prenda que yacía en el suelo para ser testigo de un acto inocente, pero muy deseado. Sus manos comenzaron a recorrer su cuerpo casi de forma desesperada, conocía su piel de memoria y recordaba los puntos clave para provocar los gemidos que tanto la excitaban. Renata apretó con fuerza las nalgas de Victoria y sus caderas demandaron atención con urgencia. Ella entendió ese gesto como el permiso para avanzar, intercambió las posturas con un giro rápido y fue directa a devorar sus pechos, deseaba hacerlo desde que descubrió sus pezones erectos por debajo de su camisa. Victoria echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de las atenciones que Renata estaba concediendo a su cuerpo lleno de deseo y necesidad. Tras todas esas atenciones, su mano se coló hasta llegar a su centro y deleitarse con la humedad que le pertenecía. Sus dedos comenzaron a recorrer cada pliegue, gozando de cada jadeo que provocaba su tacto. Victoria no podía evitar retorcerse bajo su cuerpo, la estaba llevando a la cima demasiado pronto. Renata continuó con su tortura hasta que su propio cuerpo le suplicó culminar. Comenzó a moverse enérgicamente, los jadeos de Victoria aumentaron dos tonos y, tras unos minutos intensos, el deseado orgasmo llegó para las dos. Renata cayó agotada sobre su cuerpo y Victoria tardó tres segundos más en caer en los brazos de Morfeo.

Los primeros rayos de luz entraban sin piedad por la ventana, Renata se removió y parpadeó varias veces hasta acostumbrarse a la intensidad de la luz. Miró su cuerpo desnudo sobre un enorme sofá de color antracita, observó a su alrededor y no reconoció el lugar. Frunció el ceño y sacudió su cabeza suavemente, el dolor que tenía bloqueaba sus pensamientos, echó la mirada a su lado y descubrió el cuerpo desnudo de Victoria.

—¡¡¡Mierda!!! ¡¡¡Mierda!!! ¡¡¡Mierda!!! — susurró.

Se golpeó mentalmente varias veces al deducir lo que había sucedido esa noche entre ellas. Volver a acostarse con Victoria, después de descubrir que era la verdadera dueña del periódico, era un grandísimo error. Se levantó con sumo cuidado y fue recogiendo su ropa del suelo, prenda a prenda, intentando hacer el mínimo ruido para no despertar a Victoria. Tras comprobar que no quedaba rastro suyo en la estancia y que Victoria continuaba inmersa en su dulce sueño, huyó de allí sin mirar atrás.

El timbre sonó con insistencia y a pesar de que valoró la idea de no abrir y hacer como si no estuviese en casa, la curiosidad por saber de quién se trataba, pesaba más.

—Te busqué antes de la gala para hablar contigo y contártelo todo, pero me rechazaste... — comenzó a decir Victoria nada más abrió la puerta — te avergonzabas de que tus grandes colegas de la profesión, te viesen con una simple becaria, cuando te vi salir de allí... corrí para contártelo todo y explicarte que me diste la oportunidad de aprender cómo funcionaba este negocio desde abajo... — cogió aire para poder continuar — He podido saber cuáles son los problemas reales de toda la plantilla y poder subsanarlos para crear un ambiente laboral productivo y amable, pero resulta que te plantas en mi despacho con tu carta de renuncia, sin escucharme ni tan siquiera, porque no eres capaz de reconocer lo que realmente sucede entre nosotras — entró en su casa tan decidida que no le dio opción a Renata para impedírselo — te mentí Renata — dijo cuando llegó hasta el salón — ese fue mi gran error... no decirte quién era desde el primer momento, pero después de todo lo que he vivido contigo... no me arrepiento... — una lágrima traicionera se precipitó por su mejilla — te estoy muy agradecida por mostrarme las entrañas de esta profesión... — caminó dando vueltas por el salón mientras que Renata continuaba plantada a un par de metros de ella, simplemente, observándola — pero no voy a permitir que me menosprecies, con dinero o sin él, sigo siendo la misma que tiembla bajo tus caricias... porque para mí — su labio inferior tembló — todo ha sido muy real.

Renata continuaba plantada en la misma posición, no se había movido lo más mínimo, toda su atención se centró en gestionar cada una de las palabras que Victoria pronunció desde que abrió la puerta de su casa y ver como sus ojos se anegaban de lágrimas, anuló todos sus sentidos.

—Si te quieres ir, perfecto... después de todo... — otra lágrima se precipitó por su rostro — no te voy a retener — detuvo sus pasos y la miró fijamente — puedes largarte cuando quieras... — cogió aire — pero, a partir de ahora, todo lo que tengas que solucionar, hazlo con recursos humanos, yo no quiero ver cómo te vas...

—No creo que pueda hacerlo... — musitó Renata que continuaba en la misma posición y cabizbaja.

—¿Hablar con recursos humanos? — preguntó sorprendida.

—Irme... — levantó la cabeza y miró a Victoria que continuaba plantada en medio de su salón — no quiero irme del periódico... y tampoco alejarme de ti... — su rostro comenzó a mostrar una cascada de lágrimas imposibles de controlar.

Victoria caminó hacia ella con cautela, sujetó sus manos y las entrelazó con las suyas.

—¿Qué sucede Renata?

—La otra noche... en la gala de los premios... — se limpió con el dorso de la mano, las lágrimas que continuaban cayendo por su rostro — cuando te ignoré antes de la cena, no fue por qué me avergonzase de ti, no quería que los peces gordos de la profesión, pensasen que te habías liado conmigo para ascender y se hiciesen una imagen equivocada de ti... siempre he pensado que podrías llegar lejos... — una sonrisa llena de melancolía se coló entre sus labios — ahora veo que tampoco estaba tan equivocada...

—¿Me protegiste? — susurró Victoria y apretó su mano.

—Eso no es lo peor... — rompió a llorar de nuevo — cuando te vi subir al escenario con aquel vestido negro... me sentí orgullosa... y entonces... — se tapó la cara con las dos manos.

—Renata, tranquila... — susurró y le quitó las manos de la cara — ¿y entonces qué?

—Me di cuenta... — Victoria la miró con curiosidad, Renata giró la cabeza y la miró fijamente — me di cuenta de que me había enamorado de ti.

Victoria abrió los ojos sorprendida por su confesión, su corazón se saltó varios latidos y su

respiración desapareció súbitamente. Su mente trabajaba a mil revoluciones, intentando gestionar de la mejor manera una revelación de esa magnitud. El azul de sus ojos, eran de un color más intenso, el color rojo que había provocado sus lágrimas, le daba más protagonismo al azul. Sus lágrimas continuaban cayendo sin piedad y cuando Victoria reconoció el miedo bailando en su mirada, un impulso nació de su interior más salvaje. Se lanzó a devorar sus labios, el ímpetu fue tan intenso, que Renata cayó sentada sobre el sofá y ella se sentó a horcajadas sobre su regazo. Acunó su cara entre sus manos y con el dedo pulgar, limpió los restos de lágrimas que todavía se precipitaban por sus mejillas.

—¿Puedo confiar en ti?

—Me gustaría pensar que si — musitó Victoria muy cerca de sus labios.

—Porque ya he pasado por mentiras... y me han hecho mucho daño — otra lágrima rodó por su mejilla.

—¿Y qué necesitas? — susurró y rozó la punta de la nariz con la suya.

—¿Esto es real? — sonrió tiernamente — ¿Tú eres real?

Victoria la abrazó rodeando su cuello con los brazos y la acercó a su cuerpo todo lo que pudo.

—Es real... muy real.

Unió sus labios con una delicadeza casi vertiginosa, con un nivel de intimidad que ninguna de las dos había experimentado antes. Tras unos segundos del beso más intenso de sus vidas, se separaron por la falta de aire, Victoria apoyó la frente sobre la suya y sonrió a escasos milímetros de sus labios.

—Esto significa que puedo romper tu carta de dimisión... ¿Verdad?

—Pues... — Renata desvió su mirada por un instante — ahora con más razón debería irme del periódico...

—¡¡¿Qué?!! ¡¡¿Por qué?!! — se separó para poder mirarla a los ojos — ¡¡No!!

—Eres mi jefa.

—¿Y?

—Pues que soy la redactora jefa de tu periódico.

—¡¡Exacto!! — Victoria la besó — eres la redactora jefa desde mucho antes de que yo apareciese, no veo el favoritismo.

—Este mundo es muy cruel y la reputación de cada uno, es lo más importante. Si piensan que tengo algún tipo de favoritismo porque me acuesto con la dueña, nadie de la profesión, me respetará.

—¿Y quieres irte?

—No, no quiero irme... pero... — Victoria puso su dedo en sus labios y no le permitió continuar.

—No hace falta que hagamos público nada... — Renata ladeó la cabeza — de momento — aclaró en medio de una sonrisa — llevemos esto en secreto y veamos cómo van sucediendo las cosas...

—¿Vamos a seguir enrollándonos en el almacén?

—No hará falta — la volvió a besar — pienso llamarte a mi despacho para pedirte explicaciones una vez al día como mínimo...

—Me parece bien.

Estuvieron varios minutos fundidas en un apasionado beso. Victoria sintió como la mano de Renata apartaba suavemente el pelo de su cuello y sus dedos descendieron por su espalda hasta encontrar la cremallera de su vestido para ir bajándola lentamente. La sujetó con fuerza y la obligó a darse la vuelta, sus besos descendían por la piel que la cremallera iba dejando libre.

Victoria sintió como un escalofrío recorrió su columna vertebral al recibir cada beso húmedo y cálido, se estremeció pensando en lo que estaba por llegar. Las manos de Renata deslizaron la fina prenda por sus hombros y dejó al descubierto su torso, una vez que la tela cayó sobre su cintura, sus manos tenían un objetivo claro, acunaron sus pechos y los acarició tiernamente. Victoria echó la cabeza atrás y jadeó sin poder controlar su deseo al sentir como sus manos se adueñaban de sus pechos mientras sus labios continuaban conquistando cada centímetro de piel sobre su espalda. Al fin, su vestido se precipitó sobre el suelo y ella se dio media vuelta casi por instinto, Renata aprovechó ese gesto para mirarla de arriba abajo y, contra todo pronóstico, Victoria no se sintió insegura.

—No eres consciente de lo sexy que eres — musitó Renata mientras se desprendía de su ropa lentamente.

—Créeme que lo sé... — dijo con una sonrisa llena de arrogancia y ardiendo en picardía.

Victoria comenzó a recostarse sobre el sofá de una manera tan provocativa, que Renata siguió sus movimientos empujada por un instinto tan primitivo, que no era consciente de sus actos. Al mismo tiempo que avanzaba sobre el sofá, lo hacía sobre su cuerpo como si fuese un felino agazapado. Estaba siendo tan sensual que no pudo resistirse a ir besando su piel a medida que avanzaba. No le importó encontrarse con la ropa interior de encaje que Victoria lucía con orgullo, su propósito era hacerla suya cuantas veces tuviese ocasión. Su conciencia se encontraba tan saturada, que dejó de pensar en alguna razón coherente, así que solo se dejó guiar por su instinto. Renata la miró fijamente a los ojos y, en aquella profunda oscuridad, Victoria descubrió sus deseos. Deslizó su mano entre sus cuerpos hasta encontrar su centro, gimió al descubrir la excitación de la que era dueña. Ambas se movían con facilidad, se conocían a la perfección y no hacían falta más indicaciones que mirarse fijamente a los ojos. Estaba siendo un acto sincero, lleno de los sentimientos que habían retenido en su interior durante mucho tiempo. Todo el deseo, toda la ternura, incluso todos los miedos, estaban siendo liberados en cada caricia. Sus labios se buscaron de nuevo, se besaron con urgencia, como si una necesidad que anidaba en ellas, estuviese manejando sus cuerpos. Cada una intentaba demostrarle a la otra, el nivel de deseo que sentían. Renata deslizó sus manos por debajo del cuerpo de Victoria y la estrechó contra su cuerpo como si pudiesen fundirse en un solo ser. A cada minuto que pasaban besándose y acariciándose, cada contacto era casi más violento que el anterior, revelando una fuerza que nunca antes habían sentido. Victoria intentó moverse bajo su cuerpo, pero Renata se lo impidió, sujetó sus manos por encima de su cabeza y se lanzó a devorar sus pechos, a Victoria no le quedaba más remedio que arquear la espalda y disfrutar de tantas atenciones. De pronto, Renata susurró varias frases demasiado eróticas para pasar desapercibidas, Victoria comenzó a jadear más fuerte y ella, al ver el efecto, continuó con un lenguaje más subido de tono del que estaban acostumbradas. Renata soltó sus manos y deslizó sus dedos con destreza recorriendo todo el contorno de su cuerpo, hasta llegar a la goma de su ropa interior. Victoria podía sentir la suavidad con la que deslizaba la prenda a lo largo de sus piernas y comenzó a desesperarse.

—Joder... — jadeó — ¡Fóllame ya! — exigió.

—¿Eso es lo que quieres? — preguntó Renata con más tranquilidad de la que aparentaba.

—Sabes lo que quiero... — volvió a jadear y a arquear la espalda cuando sintió sus manos recorriendo sus piernas — te necesito ya...

—Dímelo bien... — pidió mientras sus dedos, se movía alrededor de su sexo.

Victoria levantó la cabeza y la miró fijamente a los ojos.

—Si no haces que me corra... — su tono no vaciló — creo que voy a explotar.

Renata sonrió satisfecha, tenía a Victoria a su merced, pero la situación era tan provocativa,

que quería disfrutarla un poco más, así que, no podía darle tan fácilmente lo que demandaba.

—Así que... — paseó su lengua cerca de su ombligo — un lenguaje sucio... te pone muy caliente...

—¿Y podrás vivir con eso? — volvió a levantar la cabeza esperando su respuesta.

Victoria esperó paciente de nuevo a su respuesta, quizá un miedo irracional a su propuesta, podía cambiar el rumbo de la situación. Renata se lanzó a besarla con violencia y esa fue la única forma que encontró para demostrarle lo cómoda que estaba con sus palabras. Sus manos no perdieron el tiempo y continuaron recorriendo cada rincón del cuerpo desnudo que yacía bajo el suyo. Victoria no pudo contenerse más y pronunció su nombre varias veces entre gemidos. La excitación de Renata aumento exponencialmente al sentir su aliento caliente mientras pronunciaba su nombre, deslizó su mano hasta encontrar el sexo de Victoria y entrar en ella. Comenzó a moverse muy lentamente, pero sus embestidas eran rudas y profundas, llevando a Victoria a un punto donde se sentía en el borde del abismo. El ritmo que mantenía con sus movimientos, la estaba volviendo tan loca, que no podía dejar de jadear. Sujetó con fuerza a Renata y la volvió a atraer hasta su boca, la besó con desesperación y desorden, indicándole que aumentase el ritmo y la llevase, por fin, a un clímax demasiado deseado. Pero Renata no lo hizo.

—Por favor... — susurró entre besos.

Su petición destilando súplica, sí funcionó. Renata comenzó a moverse más deprisa y Victoria cerró los ojos para disfrutar de cada uno de sus movimientos. Sentirla sobre ella haciendo estragos en su cuerpo, provocó que su respiración se acelerase y se volviese más pesada. Y cuando se sintió al borde del abismo, Renata se recolocó y hundió la cabeza entre sus piernas sin mover la mano del mismo lugar. Victoria gimió alto, sonó tan desesperada, que para Renata fue un reto mantenerla en ese punto, el mayor tiempo posible. Victoria desvió su mirada y se topó con los ojos azules y oscurecidos por el deseo, resultó ser un momento tan excitante como íntimo, al mismo tiempo. Su cuerpo comenzó a dar pequeñas sacudidas, su interior convulsionaba anunciando que el orgasmo se aproximaba y tras varias embestidas, sintió como su cuerpo explotó. Su visión se volvió oscura durante unos segundos y cuando volvió a recuperar la vista, descubrió a Renata sonriendo orgullosa por lo que acababa de conseguir. Trepó por su cuerpo y besó con calma sus labios, Victoria todavía continuaba intentando recuperar un ritmo normal en su respiración.

—Así que... — musitó cerca de sus labios — me llamarás a tu despacho varias veces al día...

—Sí... — respondió entre jadeos — no creo que quiera hacer otra cosa a partir de ahora...

—¿Te refieres a esto? — señaló sus cuerpos desnudos sobre la cama.

—Sí.

—Pensaba que hablabas de esas peticiones subidas de tono que no van con el cargo de dueña del tercer mejor periódico del país...

—Esas peticiones... — Victoria sujetó con fuerza a Renata e intercambió las posiciones — son las peticiones que tu amante te exige... — la besó con fuerza — y espero que estés a la altura... — pasó su dedo alrededor de su pecho — o tu trabajo se verá perjudicado...

—No me puedes chantajear de esta manera... — respondió con una sonrisa ardiendo en picardía.

—Puedo... — se colocó a horcajadas sin dejar de mirarla fijamente — tu primer trabajo será satisfacer todos mis deseos... la redacción puede esperar...

—Dios mío... — rompió a reír a carcajadas — he despertado a un monstruo...

El resto del día lo pasaron entre la cama, cocinar y algún arrumaco en el sofá. Renata hacía tiempo que había dejado de ser intimidante, para pasar a ser la mujer más cariñosa del planeta. Las dos consiguieron relajarse y disfrutar de su compañía. Tuvieron conversaciones casuales, algunas sobre el trabajo y otras sobre sus vidas pasadas, pero de vez en cuando se colaba alguna broma que hacía estallar sus risas.

—Al final no resultó tan horrible, ¿no? — preguntó Renata recogiendo los platos de la mesa.

—Esta cena confirma mi teoría de que nadie debe dejarse llevar por la primera impresión.

Renata buscó su mirada cómplice y se mordió el labio inferior, ambas sonrieron y, sin pronunciar palabra alguna, se lo dijeron todo.

—¿Qué fue lo primero que pensaste de mí? — preguntó Victoria.

—¿El día que te confundí con la becaria o cuándo supe quién eras? — Renata apartó el mechón de pelo que le tapaba casi media cara para poder mirarla fijamente mientras mantenían la conversación.

—Cuando me viste por primera vez — respondió con una sonrisa pícaro.

La mente de Renata retrocedió en el tiempo a unas semanas atrás, siendo capaz de recordar ese día como si tan solo hubiese pasado unos minutos antes. Una enorme sonrisa se coló entre sus labios que contagió a Victoria y ella ensanchó su sonrisa.

—Pensé que tenías los ojos más bonitos que había visto nunca... y cuando te vi caminar por el pasillo... — se quedó callada un segundo — y vi como movías las caderas... sabía que serías un mal necesario en mi vida...

—¿Y confirmaste que era un error en tu vida cuándo descubriste quién era realmente?

—No — Victoria ladeó la cabeza y la miró confundida — cuando te vi subir al escenario para recibir ese premio, supe que ya era tarde... lo que confirmé era que me había enamorado de ti.

—Ven... — susurró acercándose a ella — bésame — le pidió eliminando la poca distancia que existía entre ellas.

—Te quiero — susurró Renata sobre sus labios.

—Y yo — respondió rodeando con sus brazos su cuello para volver a besarla.

Completamente exhaustas por un día lleno de encuentros casi salvajes, Renata reposó la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos para descansar un poco. El único sonido que llegaba a sus oídos, era la suave melodía de sus latidos, que cada vez era más pausada y, sin poder remediarlo, el sueño se apoderó de ellas y se quedaron dormidas sobre el sofá.

—Cariño... — susurró Renata — tenemos que prepararnos para ir a trabajar...

—No quiero... — se removió y se aferró todavía más a su cuerpo — soy la jefa... y te ordeno que hoy nos los cojamos de fiesta...

—Llevamos casi dos días encerradas en mi casa.

—¿Y no crees que es una tortura maravillosa? — besó su cabeza y la abrazó con más fuerza.

—Créeme... sí lo creo... — besó su pecho desnudo — pero es lunes y tenemos que dirigir un periódico.

—Está bien... — cedió de mala gana y se levantó con un solo movimiento enérgico.

—Espera... espera... — sujetó su mano y la atrajo hasta su cuerpo desnudo — no quiero que te enfades...

—No puedo enfadarme contigo si continúas desnuda... — la besó en los labios con vehemencia.

—Lo recordaré cuando me llames a tu despacho para echarme la bronca... — le devolvió el beso y sujetándola por la cintura, la condujo hasta la ducha para poder llegar a tiempo a la redacción.

Pasó poco más de una hora cuando Victoria salió del baño arreglándose la camisa que Renata le había prestado. Ella ya estaba vestida con un pantalón negro de pinzas y una blusa escotada, estaba sentada en un banco junto a la cama, colocándose unos zapatos de tacón.

—Estás guapísima... — dijo cuando levantó la vista y vio a Victoria.

—Esos tacones... — se mordió el labio — te hacen unas piernas irresistibles...

Victoria caminó hacia ella como un felino a punto de atrapar a su presa, Renata tragó saliva con dificultad sabiendo lo que se avecinaba. Esa mirada oscurecida, solo podía significar que hoy llegarían tarde a la redacción. Se sentó a horcajadas sobre ella y la besó con demasiada sensualidad para pasar desapercibida.

CAPÍTULO 10

Cuanto menos te importe,
más feliz serás.

Varios de los redactores se reunieron con Renata junto a la pizarra, debían debatir como publicar las fotos del concejal Rivera y el empresario narcotraficante dándose la mano en un

callejón a escondidas. Aunque las fotos no confirmaban nada, dejaban muchas dudas sobre sus tratos y su legalidad en los negocios.

—No podemos publicar las fotos sin más... — dijo uno de los redactores.

—Sería genial conseguir una entrevista con el concejal... — sugirió otro.

—Desde que publicamos las fotos de su encuentro en el restaurante... — Renata se tocó la barbilla — no quiere saber nada de nosotros... — volvió a mirar las fotos detenidamente — además, intenta demandarnos por cualquier cosa... aprovechando su posición.

—Qué cabrón — musitó una de las redactoras.

—Muy cabrón, pero tiene a nuestro departamento jurídico muy entretenido.

—Renata — la voz de Victoria llamó la atención de todos los presentes que se giraron sorprendidos por su tono — ¿qué piensas hacer con esas fotos?

—Publicarlas — sentenció segura.

—Creo que ya hablamos sobre eso — dio dos pasos más acercándose a ella.

—No puedo permitir que la competencia se adelante con esta noticia...

—Lo que no te puedes permitir... son más demandas — elevó su voz un tono más.

Renata clavó su mirada en los verdes ojos de Victoria desprendiendo una rivalidad demasiado tensa para pasar desapercibida por los presentes. Ambas guardaron silencio durante unos segundos muy incómodos, era tanta la tensión en el ambiente, que ninguno de los redactores se atrevió a intervenir.

—De acuerdo... — soltó todo el aire que contenía en sus pulmones — esperaré un par de días para publicar las fotos — Renata acabó resignándose.

—Gracias.

Victoria se fue de allí moviendo sus caderas de manera muy intencionada, a pesar de ser un gesto sencillo, fue lo primero que se le ocurrió para rebajar la tensión entre ellas de una forma disimulada. Ella nunca se había sentido así con una mujer, era una atracción desmedida, un deseo puro y primitivo y anhelaba su cuerpo profundamente, pero también era algo más. Al principio tuvo problemas para admitirlo por sí misma, pero Renata reconoció que había algo más, mucho más.

—Renata... — Victoria llamó su atención mientras ella continuaba corrigiendo la portada de la edición — necesito que vengas a mi despacho, tenemos que hablar.

Renata levantó la vista y observó su gesto, había algo de súplica en su mirada y no pudo negarse.

—¿Es urgente? — se incorporó colocándose a la misma altura que ella — o ¿puedo terminar de revisar esto?

Victoria miró los documentos que le estaba enseñando Andrés, eran dos portadas diferentes y Renata debía elegir cuál saldría en la edición.

—Puedes terminarlo... — cruzó los brazos sobre su pecho — luego necesito que vengas a mi despacho... intenta no tardar.

—Muy bien... — Renata volvió toda su atención a los documentos de las posibles portadas — dame unos minutos.

Victoria giró sobre sus talones y caminó en dirección a su despacho.

—Tienes diez minutos — musitó sin darse la vuelta cuando dio, tan solo, dos pasos.

Renata sonrió disimuladamente cuando descubrió el movimiento hipnótico de sus caderas.

Victoria estaba centrada en varios de los artículos que los redactores le habían pasado para su

supervisión. De pronto, dos golpes en su puerta, aceleraron los latidos de su corazón.

—¡Adelante!

—¿Para qué me necesitas? — preguntó Renata mientras entraba en su despacho.

Victoria no respondió, se limitó a sonreír mientras observaba como Renata caminaba con decisión hacia su mesa. Sin embargo, no cerró la puerta, así que ella fue quien tomó la decisión, se levantó y cruzó el despacho para cerrar la puerta, asegurándose de pasar el pestillo. Toda su intención se centraba en disponer de la intimidad que necesitaba para llevar a cabo su plan. Renata, sin moverse de su sitio, tuvo que hacer un sobreesfuerzo para no dejar escapar la sonrisa que amenazaba con salir de entre sus labios.

—Llegadas a este punto... — se apoyó sobre la puerta — sabrás que te necesito para muchas cosas...

Renata se sentó sobre el borde del escritorio de Victoria y observó cómo se acercaba a ella con movimientos demasiados sensuales para pasar desapercibidos.

—¿Por qué me has gritado frente al resto de los redactores? — se cruzó de brazos.

—Porque puedo — dijo con una sonrisa mientras continuaba avanzando hacia ella.

—¿Por qué me has desautorizado con la publicación?

—Ah no... — ensanchó su sonrisa — en eso sí tenía razón... — terminó susurrando muy cerca de ella.

Sus cuerpos estaban tan cerca que eran capaces de sentir el calor que desprendían. Renata tragó saliva con dificultad, tenerla tan cerca era toda una provocación. Victoria se percató del leve temblor de sus manos, así que sonrió al descubrir que sus intenciones estaban teniendo el efecto esperado.

—¿Pero entonces...? — Victoria colocó su dedo en los labios y la obligó a mantener silencio.

—Voy a contar hasta tres... — fue desabrochando uno a uno los botones de su camisa — después... por cada pregunta que me hagas... volveré a abrocharme un botón... uno, dos, tres...

—¿Esta es tu forma de disculparte? — Victoria se abrochó el primer botón.

—¿Funciona? — susurró a pocos milímetros de sus labios.

—¿Sigo sin entender tu actitud? — Victoria abrochó el segundo botón y cuando colocó los dedos dispuestos para abrochar el tercer botón, Renata sujetó sus manos e impidió que continuase — sí, funciona.

Victoria sonrió satisfecha, la sujetó por la cintura y la atrajo hasta su cuerpo todo lo que pudo para besarla con violencia. Renata aprovechó que su camisa continuaba desabrochada y sus manos recorrieron con total libertad su espalda. Su mirada se oscureció por el deseo y no pudo resistirse a morder la piel de su hombro desprovisto de tela. Con su propio cuerpo, Victoria la empujó suavemente hasta sentarla por completo sobre la mesa de su escritorio. Su corazón comenzó a saltarse algún latido al descubrir una sensualidad en sus caricias llenas de picardía. Se notaba que estaba disfrutando del momento. De la garganta de Renata, se escapaban balbuceos sin sentido y su mirada derrochaba súplicas llenas de piedad. El propósito de Victoria por darle placer, era casi desesperante. Su sonrisa cerca de su oído, la hizo vibrar y reconoció que era prisionera de su propio deseo. Sus manos se movían con lentitud, pero con determinación recorriendo cada rincón de su cuerpo, llegó hasta la cintura de su pantalón y, con un erotismo del que Renata jamás había disfrutado, comenzó a desabrochar la prenda. Ante tanta provocación, no tuvo más remedio que abrir las piernas y mover un poco las caderas para intentar rebajar tanta tensión.

—¿Ansiosa?

—Sí — jadeo retorciendo su cuerpo bajo las manos de Victoria.

Su fuerte risa rompió el silencio.

—Perfecto... — besó su abdomen — así te quiero tener.

Puso las manos sobre su cadera y la colocó justo en el borde de la mesa. Su boca comenzó a recorrer su abdomen lentamente, pero ante la incomodidad de la nueva posición, Renata se recolocó arqueando la espalada.

—No... — dejó un suave mordisco cerca de su ombligo — vuelve a colocarte como antes... — sus manos las guiaron de nuevo a colocarse sobre el borde.

Sus manos comenzaron a descender decididas hasta encontrar su ropa interior de encaje, con unos movimientos muy hábiles, consiguió que la fina tela no fuese un impedimento para cumplir con su objetivo. Sus dedos hicieron un reconocimiento concienzudo sobre cada pliegue de su sexo.

—Joder... — susurró retorciéndose de placer.

Sus dedos continuaban cumpliendo con su propósito, reconociendo la incipiente humedad como su propio logro. Sus caricias vacilaban ante un desesperado deseo, los gemidos ahogados que se escapaban de su garganta, no era suficiente para calmar su frustración. Sin duda sabía cómo desesperarla.

—Eres increíble... — musitó tan cerca de su piel que era capaz de deleitarse con su aroma.

Victoria se burló tomándose su tiempo, simplemente buscaba desesperarla hasta llevarla al límite del abismo.

—Fóllame... — susurró entre jadeos.

Tiró de su cuerpo con tanta fuerza que casi provocó que ambas se precipitasen al suelo. Victoria sonrió con altanería, sin dudar, se colocó entre sus piernas y su lengua comenzó a hacer el mismo recorrido que anteriormente habían hecho sus dedos. Renata escuchaba desesperada, sonrisas divertidas mientras continuaba haciendo estragos en su sexo, ella comenzó a mover las caderas de manera desesperada.

—Por favor... — susurró — no seas cruel...

Victoria detuvo los movimientos de su lengua y colocó sus dedos dentro de su sexo.

—¿Lo deseas?

Las piernas de Renata temblaron y sintió como su sexo comenzaba a palpar por la necesidad llena de urgencia. Comenzó con el vaivén de sus caderas, desesperada por resolver el deseo que quemaba en su interior. Su respiración se aceleró, sus gemidos se entrecortaban con cada embestida, su desesperación por llegar al clímax, presionaba en su pecho. Su mano libre se aferró a su cadera y acompañó cada vaivén para profundizar cada movimiento. El aire se volvió denso, sus jadeos desesperados, se mezclaban con las palabras obscenas que salían de la garganta de Victoria. Cualquiera de la redacción, sería capaz de darse cuenta de lo que sucedía dentro del despacho de la nueva dueña, solo debía prestar un poco de atención, pero ellas confiaban en que todos estaban atentos a la edición de la tarde. Sus movimientos repetitivos intensificaron el placer y un sonoro gemido se escapó entre sus labios.

—Sshhh... — Victoria le tapó la boca con su mano — no querrás que entre alguien...

—Maldita sea...

Renata se aferró con sus manos al borde de la mesa cuando sintió como su interior se contraía anunciando el esperado orgasmo. De pronto, ralentizó los movimientos para poder colocarse a su lado tumbada.

—Tócame... — gimió en su oído.

Renata no necesitó que insistiese más, coló su mano entre sus piernas y fue directa a su sexo, sonrió al descubrir una humedad más exagerada que otras veces.

—Mmmm — gimió al sentir sus dedos recorriendo su sexo — por favor... no pares...

La voz de Renata, se entrecortó en cada palabra, revelando que estaba al borde del orgasmo también. El interior de Victoria, comenzó a contraerse y unos ligeros temblores, recorrieron su cuerpo.

—Más rápido...

Renata era capaz de cumplir con sus peticiones, a pesar de estar a punto de desfallecer de tanto placer. Victoria cumplió con su objetivo y sintió como sus dedos quedaba capturados en el interior de Renata. Ambas jadearon el nombre de la otra cuando sus cuerpos se estremecieron al llegar al clímax. Victoria cayó sobre el cuerpo tembloroso de Renata y sus bocas se buscaron para terminar en un apasionado, pero calmado beso.

—¿Qué sucede? — preguntó Victoria mientras terminaba de colocar su camisa por dentro de la cintura del pantalón.

Renata se quedó plantada entre su escritorio y la puerta.

—No creo que pueda salir ahí fuera... — se dio media vuelta luciendo su encantadora sonrisa — fingiendo que hemos discutido después de lo que acabamos de hacer...

—Pues no finjas — musitó con un tono neutro que desconcentró a Renata por completo.

—¿Qué? — dio dos pasos y se acercó a ella — ¿Quieres hacerlo público?

Victoria se encogió de hombros y rodeó su cintura con sus manos, la atrajo hasta su cuerpo sintiendo como se rozaban por completo.

—Llevamos así, casi cuatro meses... — besó sus labios — y aunque no me quejo de nuestros encuentros en la redacción... — ambas sonrieron — también me apetece salir a cenar por ahí contigo... estoy cansada de esconderme.

—¿Sabes lo qué eso significa?

—¿Qué es lo peor que puede pasar?

—Que me toque irme del periódico.

—¡¡¿Por qué?!! — Victoria dio un paso atrás y cruzó los brazos sobre el pecho visiblemente molesta — cuando yo compré el periódico, tú ya eras la jefa... — la señaló — no ha habido favoritismo...

—Pero lo puede haber a partir de ahora... — respondió con cautela y bajó la mirada, después de lo que había sucedido con ella, tan solo unos minutos antes, lo último que le apetecía era acabar enfadadas.

Victoria la observó detenidamente y descubrió un brillo de derrota en su mirada, bajó los brazos y sacó todo el aire que contenía sus pulmones. Esta vez, no se dejó dominar por las ganas y supo gestionar bien ser capaz de ponerse en su lugar.

—Pues hay que buscar una solución... — volvió a estrecharla entre sus brazos — quiero presumir de ti... — confesó luciendo una enorme sonrisa.

Renata levantó la mirada y sonrió de medio lado, a ella también le apetecía gritarle al mundo que estaban juntas.

—Deja de imaginarme desnuda... — musitó Victoria fijando su mirada en aquellos ojos azules — esa sonrisa no me gusta... — se mordió el labio inferior de manera muy coqueta.

—No tengo que imaginármelo... — ensanchó su sonrisa descubriendo su reflejo en su verde mirada — te he visto desnuda... — besó sus labios con demasiada picardía.

Paola entró en el ascensor y presionó el botón que la llevaría hasta la redacción del periódico, pero antes de que las puertas se cerrasen por completo, una mano las detuvo y se volvieron a abrir.

—Buenos días — Renata entró en el ascensor visiblemente apurada.

—Buenos días — respondió Paola con su mejor sonrisa.

Renata presionó el botón y miró, sin disimular lo más mínimo, a Paola de arriba abajo. Lucía un traje chaqueta de tres piezas de color azul marino, se notaba el buen corte, pues esa tela italiana se adaptaba a la perfección a cada una de sus curvas.

—Será mejor para mi ego... — sonrió de medio lado — que hoy no me ponga a tu lado.

—¿Estás coqueteando conmigo? — dijo con un tono neutro y haciendo un sobreesfuerzo para retener la sonrisa que amenazaba con escaparse entre sus labios.

—Intentaba hacer un cumplido... — respondió con resignación.

Paola ensanchó su sonrisa y calmó los nervios de Renata. Para ella, Paola siempre había sido una figura dentro del periódico a quién respetar, era directa y nunca se escapaba de sus responsabilidades y, además de todo eso, había sido durante mucho tiempo, la única persona con poder suficiente para terminar con su trabajo en el periódico.

—A Victoria le gustas mucho... — dijo Paola de repente — no recuerdo haberla visto así nunca... resulta que no eres ese témpano de hielo que lo tiene todo calculado.

—Estoy harta de que la gente piense que lo tengo todo controlado y que ni siento ni padezco... — Renata sonaba sincera — nadie viene a ofrecerme un hombro cuando me derrumbo...

—Espero no haber hecho nada, durante todo este tiempo, para que te sientas así.

—No... no he querido decir... — negó con la cabeza sin dejar de sonreír — me gusta trabajar contigo.

Las puertas del ascensor se abrieron, pero ninguna de las dos hizo intención de salir de él.

—Renata, entiendo qué estás pasando por muchas cosas ahora... — se retiró el pelo de la cara y lo colocó detrás de su oreja — y quiero que sepas que, a pesar de ser la mejor amiga de Victoria, puedes contar conmigo si necesitas desahogarte en algún momento... — los ojos de Renata se anegaron de lágrimas, Paola se conmovió y la estrechó entre sus brazos.

—No suelo estar acostumbrada a que me abracen.

—Si no me apartas... — la estrechó con más fuerza — siempre te abrazaré.

—Gracias... — musitó — eres la única persona aquí que no me mira con miedo.

—¿Debería ponerme celosa?

La voz de Victoria las sorprendió. Renata salió del abrazo apresurada y dio un paso atrás, mientras que Paola se quedó en el mismo sitio y, simplemente, sonrió.

—Nosotras... no... no...

Renata tartamudeaba, incapaz de formar una frase coherente, gesto que resultó gracioso para Paola y tierno para Victoria.

—Debo decirte que Paola ronca — dijo Victoria con un tono jocoso.

—¡¡Oye!! — le dio un golpe en el brazo — yo no ronco — se defendió y ambas rompieron a reír fuerte.

—Vamos... — le hizo un gesto con la cabeza a Renata — tenemos una reunión con el concejal Rivera que viene hecho una furia por las malditas fotos.

Renata asintió y siguió los pasos de Victoria hasta la sala de juntas. Aprovechó el corto trayecto para analizar a la mujer de la que se había enamorado. Era sofisticada, crítica y calmada al mismo tiempo, pero con una personalidad audaz, sus expresiones faciales la delataban la

mayor parte del tiempo, le resultaba casi imposible esconder lo que pensaba en realidad. Llegaron a la puerta de la sala de juntas, pero cuando tiró del pomo y abrió la puerta, dio media vuelta la miró fijamente, le sonrió con ligera sutileza y Renata descubrió ahí, que estaba completamente perdida por esa mujer.

—Buenos días, señor Rivera... — Victoria saludó cordialmente y se sentó en la silla que había justo frente a él — perdón por hacerle esperar.

—Tranquila señorita Salvatierra... — sonrió condescendiente — estoy acostumbrado al trato de este periódico hacia mi persona.

—Este periódico no ha publicado nada que no sea cierto — intervino Renata.

—Este periódico solo publica noticias sensacionalistas que buscan el morbo para intentar vender algún ejemplar más...

El concejal Rivera y Renata se enzarzaron en una batalla de reproches, su abogado y Victoria, parecían simples espectadores.

—Por favor... — el abogado del concejal se levantó e intentó calmar el ambiente — hemos venido a negociar una solución.

—¿Negociar una solución? — preguntó Victoria — ¿Para qué?

—Hay que ver como se publica una rectificación sobre el artículo dónde acusan a mi cliente de negocios fraudulentos.

—No lo acusamos... — Renata que continuaba de pie junto a Victoria, se apoyó con ambos brazos sobre la mesa — solo informamos de la reunión privada que tuvo su cliente con un empresario de dudosa reputación.

—Ese artículo destruye mi carrera política — se defendió el concejal Rivera.

—No creo que sea por el artículo... — musitó Renata entre dientes.

—Señorita Salvatierra... — el concejal Rivera llamó su atención con un tono altanero — usted es nueva en este mundillo de hipócritas y sensacionalistas... — dejó caer la carpeta de la demanda delante de ella con malas formas — no me gustaría que aprendiese a fuerza de golpes, cómo funciona este mundo.

Renata se adelantó y lo señaló con el dedo acusador.

—¿Se atreve a amenazarla delante de su propio abogado?

El concejal Rivera sonrió lleno de soberbia y no respondió a las provocaciones de Renata. Su mirada continuaba centrada en la mujer que tenía frente a él, a final de cuentas, era Victoria quien tenía la última palabra sobre su propio periódico.

—Bien... — el abogado del concejal se levantó — esperamos respuesta por parte de sus abogados, nosotros nos marchamos ya.

El concejal Rivera se levantó sin perder la sonrisa y, tras su abogado, salió de la sala con aires de grandeza. Renata los siguió con la mirada y cuando la puerta se cerró, dejándolas a solas en la sala de reuniones, apretó la mandíbula y gruñó. Los perdió de vista al final del pasillo, se dio media vuelta y descubrió a Victoria leyendo la demanda una y otra vez. La terquedad de Renata por conseguir que el periódico sea el primero del país y ganar a la competencia en cada publicación, había llevado a su periódico a una situación bastante comprometida y complicada.

—Victoria... — se colocó junto a ella — tienes que tener cuidado, ese tío es peligroso.

—¿Más qué tú? — respondió cerrando la carpeta de golpe y mirándola fijamente.

—¿Qué quieres decir? — preguntó sorprendida.

—Te avisé... — le lanzó la carpeta a las manos — si publicabas las fotos, tendríamos problemas... — se levantó de la silla — y ahora tenemos un problema gordo con esta demanda.

Sin permitir que Renata replicase lo más mínimo, salió de la sala dejándola con la palabra en

la boca.

—¡¡Mierda!! — exclamó cuando fue consciente de la situación.

Después de unos minutos barajando todas sus opciones, Renata salió de la sala de reuniones y se fue en busca de Victoria, debía usar todos sus recursos para suavizar las cosas entre ellas. Apresuró sus pasos por el pasillo, pero cuando llegó a la sala de redacción, descubrió a Victoria entrando en el ascensor con su bolso colgado de su hombro. Quizá sería mejor dejarla a solas un rato, luego intentaría contactar con ella para arreglar las cosas.

CAPÍTULO 11

Prefiero salvar nuestra relación
las veces que hagan falta,
a empezar una nueva
con alguien que jamás amaré como te amo a ti.

—¡Paola!
—¡¡Joder!! — se le cayó al suelo los papeles que tenía en las manos — qué susto... — se dio media vuelta y descubrió a Renata en la puerta de su despacho — ¿no sabes llamar a la puerta?!
—Perdona... — entró y cerró la puerta — pero estoy buscando a Victoria... es importante.

—Pues como puedes ver... — señaló alrededor de ellas — aquí no está.

—No la encuentro... no está en la redacción... — miró al suelo incapaz de soportar su mirada inquisidora — necesito disculparme con ella.

—¿Qué has hecho? — se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—Dejarme llevar por mi ambición... — levantó la cabeza y Paola descubrió un brillo de súplica en su mirada azul — la he llamado varias veces y no me responde...

—Deja que la llame yo — Paola marcó su número varias veces — qué raro... no contesta.

—Esto empieza a preocuparme...

Paola le propuso a Renata ir a buscarla a los lugares más habituales, se organizaron para que cada una recorriese una zona diferente y mientras caminaban por las calles, marcaban una y otra vez su número sin tener respuesta. Renata volvió a las calles cercanas del periódico, buscaba en cada cafetería y en cada bar, pero nada, no había rastro de Victoria. Tras unas horas recorriendo los lugares a los que había ido con ella, Paola también volvió al periódico.

—¿Nada?

—Nada... — respondió Paola — es muy extraño...

—Vayamos a su casa... — propuso Renata.

Consiguieron entrar al edificio y llegar hasta la puerta de su propia casa, pero tampoco obtenían respuesta a su insistencia.

—Creo que ha llegado la hora de llamar a todos los hospitales de la ciudad — propuso Renata con la voz entrecortada.

Volvieron a la redacción y caminaron juntas hasta el despacho de Paola, comenzaron a llamar uno por uno a todos los hospitales y estaciones de policía de la ciudad. No había rastro. Nadie coincidía con la descripción de Victoria y los policías debían esperar cuarenta y ocho horas para darla por desaparecida. Pero nada tenía sentido. Era extraño. Victoria había desaparecido sin dejar huella, sin comunicarse con nadie y sin hablar con ellas.

—Paola... — Renata escondió la cabeza entre sus manos — algo le ha tenido que pasar...

—No sé qué más podemos hacer... — ella dibujaba cosas incoherentes en la agenda mientras pensaba en el siguiente paso.

Dos suaves golpes interrumpieron sus pensamientos.

—Renata... — uno de los redactores entró en el despacho de Paola — acaban de traer este sobre para ti.

—¿Qué es? — preguntó desde la silla dónde se encontraba sentada desde hacía casi dos horas.

—No lo sé... — el chico zarandeo el sobre — no pensaba que podía abrirlo.

—Y no puedes — se lo arrebató de las manos y volvió a su silla.

El redactor se fue del despacho, devolviéndoles la intimidad en la que llevaban sumergidas desde hacía un buen rato para intentar encontrar a Victoria y saber qué había pasado con ella.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! — se tapó la boca con las dos manos.

—¿Qué sucede? — preguntó Paola preocupada al ver su reacción.

Renata le lanzó el contenido del sobre frente a ella, Paola cogió la carta entre sus manos y la leyó con cautela. Su rostro iba mostrando el horror que sentía al leer cada palabra.

*Retrataros de la noticia sobre el concejal Rivera
y nada de policía o sufrirá.*

—Lo voy a matar — musitó con los dientes apretados y sus ojos comenzaron a oscurecerse por la ira.

—Renata... — la sujetó por el brazo — vamos a hacer las cosas bien, hay mucho en juego.

—¡¡JODER!! ¡¡JODER!! — Renata comenzó a caminar dando vueltas sin sentido por el despacho — Paola esto parece una puta película de Hollywood... ¿Cómo se hacen las cosas bien en estos casos?!

Paola no podía dejar de llorar, era una situación tan surrealista que no se lo podía creer, habían secuestrado a su mejor amiga por la publicación de un artículo sobre un concejal del ayuntamiento y un empresario corrupto. Parecía el argumento de una película de Tarantino. Renata, por su parte, no era capaz de quedarse quieta ni un segundo, sus pies recorrían el despacho de Paola sin sentido. Los nervios se apoderaron de ella.

—Renata... — Paola llamó su atención después de pensarlo mucho — tenemos que hablar con la policía.

—¡No! — respondió sin detener sus pasos.

—¡¡Renata!! — se puso de pie — ¡¡¿Y qué quieres hacer?!!

Renata detuvo sus pasos y la miró fijamente en silencio, su mente debía trabajar rápido para encontrar una solución.

—Lo primero... — se acercó a ella — escribir un artículo retractándome sobre el concejal Rivera... — caminó hacia la puerta.

—¡Renata, espera! — la detuvo antes de que fuese capaz de salir de su despacho — eso tampoco podemos hacerlo...

—¿Cómo qué no? — retrocedió sus pasos — me retracto de lo que hemos publicado y ellos liberaran a Victoria...

—¿Y luego?

—Luego hago una edición especial describiendo el tipo de basura que son...

—¡¡Renata!! — comenzó a hacer aspavientos con los brazos — si haces eso, nadie estaremos a salvo nunca... — se acercó a ella — debemos informar a la policía... — la sujetó por los brazos — ellos tienen el poder de terminar con esto.

—Nos han amenazado con hacerle daño vamos a la policía.

Paola comenzó a recoger sus cosas, parecía que ignoraba a Renata con sus ideas descabelladas.

—Haz lo que quieras... — la miró a los ojos — yo voy a hacer las cosas bien... creo que hay mucho en juego para creerte un superhéroe.

Renata se quedó en silencio, gestionando todas las opciones. Hiciesen lo que hiciesen, ninguna de las opciones les aseguraba el bienestar de Victoria. Observó como Paola pasó por su lado sin inmutarse y salió de su despacho decidida a ir a la comisaria de policía.

—No me lo puedo creer... — musitó Paola cuando entró en el ascensor y descubrió a Renata detrás de ella — no vas a imponer tus ideas imprudentes, para vivir al límite como están todos acostumbrados...

—Esas ideas imprudentes... — Renata entró al ascensor y se colocó a su lado — nos han llevado a esta situación... — una lágrima recorrió su rostro casi pasando desapercibida — quiero hacer las cosas bien.

Paola sonrió satisfecha, había sido capaz de convencerla para hacer las cosas bien.

Llegaron a la comisaria y a Renata le costó salir del coche, a pesar de saber que estaban haciendo lo correcto, le daba miedo que hubiese represalias en contra de Victoria. Consiguieron que el propio comisario las recibiese, a fin de cuentas, el apellido de Victoria no era cualquiera. Paola fue capaz de relatar todo lo sucedido sin que las lágrimas que anidaban en sus ojos castaños, se precipitasen por su rostro. Renata se mantuvo en silencio, aunque sus nervios eran

tan visibles que revelaban su verdadero estado. El propio comisario comenzó a hacer algunas llamadas para poder organizar un dispositivo para su búsqueda. Tras unos minutos, entró una chica y un chico vestidos con vaqueros, eran policías, pero no llevaban uniformes.

—Buenas tardes — saludó la joven chica — soy la agente Zúñiga y él es mi compañero, el agente Márquez, ¿serían tan amables de acompañarnos a la sala de reuniones?

Renata y Paola se miraron en silencio, esperaban profesionalidad por parte de la policía, pero este secretismo, las mantenía en alerta.

—¿Cuándo tuvieron la reunión con el concejal Rivera y su abogado? — preguntó el agente Márquez.

—A primera hora de la mañana — respondió Renata.

—¿Cuál es la relación que les une?

—¿Cómo que la relación que nos une?! — preguntó Renata subiendo varios tonos.

—Quiero que me entienda... — el agente Márquez levantó las manos en señal de paz — debemos saber toda la información posible para saber por dónde empezar...

—Lo entendemos... — Paola intervino para rebajar la tensión — discúlpenos, pero estamos muy nerviosas...

—De momento... — la agente Zúñiga abrió una carpeta que había sobre la mesa — lo que sabemos es que hace casi ocho horas que la señorita Salvatierra ha desaparecido...

—La tiene ese hijo de puta de Rivera — exclamó Renata.

—Es una posibilidad, pero nosotros apostamos por Mendoza... — continuaba explicando Zúñiga — no creo que la posición en la que se encuentra Rivera, sea capaz de mancharse las manos... — cerró la carpeta — tenemos un agente infiltrado en la organización de Mendoza, nos comunicaremos con él y a ver si es capaz de darnos alguna pista por dónde empezar.

—¿Y ya está?! — Renata se levantó de la silla visiblemente alterada.

—Debemos esperar — musitó el agente Márquez con un tono neutro — si levantamos sospechas, es posible que intenten deshacerse de la señorita Salvatierra.

—Renata... — Paola la sujetó por el brazo — por favor...

Renata buscó la mirada de Paola y en ella encontró un brillo lleno de súplica, le resultaba imposible continuar batallando. Con ella no.

—Les aconsejamos que esperen en casa de Victoria... — la agente Zúñiga las acompañará hasta la salida — si es capaz de librarse de esos vándalos, acudirá allí.

—De acuerdo... — Paola asintió — por favor, manténganos al corriente de los avances...

—Tranquila señorita... — le mostró una sonrisa tranquilizadora — estoy segura de que pronto tendremos noticias.

Paola entró en casa de Victoria y sus lágrimas continuaban cayendo por su rostro. El camino de la comisaria hasta la vivienda de su amiga resultó ser una tortura, su mente proyectaba finales catastróficos. Caminó hasta llegar al salón, dejó sus cosas sobre la mesa y se dejó caer sobre el sofá, pero se dio cuenta de que Renata no la seguía. Echó la mirada atrás y descubrió a Renata plantada en la entrada temblando.

—Renata... ¿Qué sucede? — caminó con cautela hacia ella.

—Todo esto es culpa mía...

Renata rompió a llorar y sus piernas no fueron capaces de sostenerla, cayó al suelo completamente derrumbada. Paola intentó consolarla sin éxito, a los pocos segundos, ya era un mar de lágrimas. Renata estuvo tirada en el suelo de la entrada casi dos horas, Paola se sentó a su lado y ambas lloraron todo lo que sus cuerpos le permitieron desahogarse.

—Paola... — musitó entre lágrimas — si le pasa algo a Victoria, no me lo podré perdonar...

—Yo tampoco te lo perdonaría — sentenció.

Paola preparó una ensalada fría para cenar y consiguió que Renata comiese algo, pero ninguna de las dos fue capaz de dormir. Se colocó junto al gran ventanal y observó la ciudad, era capaz de distinguir alguno de los edificios más emblemáticos de la ciudad en la oscuridad. Sus ojos se volvieron a humedecer cuando se imaginó a Victoria secuestrada en algún sitio oscuro y húmedo. Se golpeó varias mentalmente, si pudiese retroceder en el tiempo, lo haría sin dudarlo y no volvería a permitir que su ambición la cegase de la misma manera.

Los rayos del sol asomándose por detrás de los edificios, entraban por la ventana iluminando el salón. Renata observó detenidamente cada detalle que decoraba la estancia, la última vez que estuvo, no fue capaz de apreciar el buen gusto que tenía Victoria. Su mente la traicionó y comenzó a proyectar imágenes de ellas dos juntas, sus ojos volvieron a humedecerse y comenzó a llorar de nuevo. Estaba muy confundida, su mente era un avispero, llevaba toda la noche trabajando a mil revoluciones. Sujetó su teléfono con fuerza y volvió a marcar el número de Victoria, pero recordó que no había contestado todas las veces anteriores y tampoco lo iba a hacer ahora. Lanzó el teléfono contra el sofá y comenzó a musitar varios improperios, la impotencia que sentía al no poder hacer nada, la frustraba. Comenzó a caminar por todo el salón dando vueltas como si fuese un animal enjaulado, tenía que pensar como encontrar a Victoria o se volvería loca.

—La han encontrado — dijo Paola de repente.

—¿Cómo?! — saltó del sofá al escuchar a Paola.

—Acaba de llamar la policía... — Paola corría por el pasillo colocándose los zapatos — el agente Márquez me ha dicho que han encontrado el lugar donde la tienen retenida.

—Entonces vamos — dijo Renata recogiendo sus cosas.

—¡¡No!! — Paola la detuvo antes de abrir la puerta — de ninguna manera — le señaló con el dedo acusador — la policía nos ha dado órdenes muy específicas.

—No me importa — respondió Renata girando el picaporte.

—Renata que nos conocemos, nada de heroísmos, vamos a dejar que la policía haga su trabajo.

—¡¡Qué sí!! — abrió la puerta — ¡¡¿Vamos?!!

—Esto es exactamente lo que no me gusta de ti — la miró fijamente — vas por la vida como si las normas no se aplicasen a ti... — se acercó a ella — te crees por encima de la ley... — la golpeó con el dedo en su pecho — si le pasa algo a mi amiga, te juro que no tendrás dónde esconderte.

—Lo sé — respondió Renata mirando al suelo.

Salieron corriendo del edificio donde se encontraba la casa de Victoria, tenían tanta energía que nadie podría decir que se habían pasado la noche en vela. Renata iba en silencio, sabía que debía hacer las cosas bien o quien pagaría las consecuencias sería Victoria. La agente Zúñiga, le aseguró a Paola que el agente infiltrado había dado con el lugar exacto donde retenían a Victoria. Llegaron al lugar y Renata se sorprendió.

—¿Lo conoce? — le preguntó el agente Márquez al ver su cara.

—Es el restaurante donde descubrimos la relación que mantenía Rivera con Mendoza... — se tapó la boca — no puede ser...

—Llevamos varios meses detrás de los negocios turbios de Mendoza — confesó la agente Zúñiga — pero con este secuestro, podremos conectar al concejal con Mendoza.

—¿Victoria está ahí dentro? — preguntó Paola con cautela, le daba miedo hacerse falsas esperanzas.

—En el almacén del restaurante... — aclaró el agente Márquez — nos lo ha confirmado nuestro agente.

—Bien, ¿y ahora que hacemos? — preguntó Renata.

—Ustedes nada — respondió Márquez — nosotros vamos a esperar a los refuerzos y entraremos.

—¿Esperar? — Renata dio un paso al frente — pero si sabemos que está ahí, ¡¡hay que entrar ya!!

—¡¡No!! — Paola la sujetó del brazo y la obligó a retroceder — vamos a hacer lo que nos dicen, ellos son los profesionales.

Renata se cruzó de brazos y gruñó varias veces, a pesar de que era lo que debía hacer, se sentía impotente sin poder entrar a buscar a Victoria.

Tan solo pasaron diez minutos cuando varios coches de policía rodearon el restaurante de manera sorpresiva. Zúñiga y Márquez continuaban dando órdenes a varios agentes de policía para llevar a cabo el operativo que llevaban toda la noche planeando. Paola y Renata se mantuvieron en la línea detrás de los coches de policía, era una línea segura, pero Renata no dejaba de moverse, los nervios se apoderaron de su cuerpo. De repente, varios agentes vestidos de negro y encapuchados, entraron al restaurante y comenzaron a escucharse tiros, vidrios rompiéndose y varios gritos. Paola se aferró entre los brazos de Renata incapaz de mirar lo que estaba sucediendo, ambas rompieron a llorar. La idea de imaginarse a Victoria herida o algo peor, las horrorizaba tanto que su piel se erizaba. Ninguna era capaz de encontrar consuelo. Dos de los agentes vestidos de negro, salieron protegiendo con su cuerpo a una persona, Renata levantó la cabeza y reconoció a Victoria entre aquellos agentes. Soltó a Paola de golpe y salió corriendo en su encuentro, sus pies se movían tan deprisa que, ni tan siquiera pensó en la distancia que debía recorrer. Cuando se encontraron a mitad camino, Renata estrechó a Victoria entre sus brazos con tanta fuerza que remugó antes de que fuese capaz de hacerle daño. Acunó su cara entre sus manos y la besó como nunca antes lo había hecho.

—Renata... — susurró Victoria cuando se separaron por la falta de aire — nos están haciendo fotos...

—Me da igual... — volvió a besar sus labios — te quiero... y quiero gritarlo al mundo entero.

FIN.